

SUMARIO

Editorial

Llamados a una vida teologal - P. José María Recondo.

Elementos para elaborar un programa para la Formación Integral y Permanente del clero joven - P. Cristián Precht Bañados

Reaviva el don que Dios ha puesto en ti

La segunda llamada - Pbro. Hernán David

A partir de los cuarenta - Pbro. Carlos Fernando Barrientos

Sacerdotes en transición: Formación permanente y cambios de destino

Tema sacerdotes en la CEA durante los últimos 15 años

La dimensión misionera del presbítero diocesano - Pbro. Juan Colzani

La experiencia de conversión en el corazón de nuestro ministerio –
J. Francois Berjonneau

Testigo de la esperanza en las puertas del Tercer Milenio - Pbro. Lucio Gera

Recensiones

Comunicado de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Argentina

EDITORIAL

En los últimos años se ha avanzado mucho en definir el valor y la importancia de la formación permanente de los presbíteros. Desde la aparición de la Exhortación apostólica “Pastores dabo vobis”, y en particular el capítulo VI, se viene ahondando en el porqué y el para qué de su necesidad. Se ha estudiado y definido su lugar desde la reflexión teológica, la integralidad de sus dimensiones, la necesaria adaptación a las distintas edades o etapas de la vida del presbítero, etc.

Pero el mayor desafío sigue estando en las mediaciones pedagógicas para que esto se concrete en forma práctica. La búsqueda es grande: cursos, retiros, acompañamiento personal, equipos diocesanos de animación, vida fraterna, publicaciones, acciones pastorales, semanas de clero y otras tantas formas que, en múltiples experiencias, reflejan el deseo y la necesidad de encontrar las herramientas adecuadas para canalizar las riquezas de la formación permanente.

Por eso, ha sido un regalo de Dios, para la Iglesia en Argentina, la realización y culminación del primer curso prolongado (tres meses) de formación permanente realizado en Villa Allende – Córdoba, con la participación de 21 sacerdotes de distintas diócesis del país. Este “curso sabático” cuyo lema fue “Reaviva el don que Dios ha puesto en ti” (2 Tim 1, 6), fue organizado por el Secretariado para la Formación Permanente de los Presbíteros, organismo de la Comisión Episcopal de Ministerios en el área sacerdotal.

Fue un intento logrado de ayudar a los presbíteros a renovar su sacerdocio teniendo en cuenta las cuatro dimensiones de la formación permanente: intelectual, espiritual, humano-afectiva y pastoral. Si bien toda primera experiencia requiere ajustes para futuros cambios, la evaluación general fue muy positiva para todos los participantes.

El “medio” utilizado, que consistió en tres meses fuera de las tareas pastorales habituales, con intensa vida fraterna y comunitaria, con clases cuya metodología incluía la participación personal y grupal, con lectura personal, con actividades pastorales y espacios prolongados de oración, pareció adecuado para que la experiencia fuera integral y no apuntara a “juntar nuevas fuerzas para gastar al regreso” sino a plantearse el propio ministerio desde la vida teologal en la vocación específica de clero diocesano.

A partir de este acontecimiento en la Iglesia en Argentina es que dedicamos este número de Pastores a la reflexión en la búsqueda de caminos concretos para la formación permanente. Y esto en el marco de nuestra vocación de hombres llamados a vivir la vida teologal y ser enviados a la misión, en la caridad pastoral.

Por eso comenzamos con un artículo del Padre José María Recondo, de la diócesis de Morón, donde plantea cómo los presbíteros vivimos la fe, la esperanza y la caridad, conforme a nuestra vocación específica. Nos ayuda a pensar el sacerdocio desde la vida teologal, o la vida teologal desde el sacerdocio. Esta reflexión la ponemos como marco para ubicar el objetivo de la formación permanente: el llamado a la vida teologal.

Compartimos después distintas búsquedas, experiencias y reflexiones que muestran el camino arduo, pero lleno de riqueza, de la formación permanente para responder a ese llamado.

Primero un artículo del Padre Cristián Precht Bañados, del Arzobispado de Santiago de Chile, que ofrece elementos para concretar un itinerario de acompañamiento en la etapa del clero joven.

Después, ubicándonos en la mediana edad, una crónica del curso prolongado realizado en Villa Allende y testimonios de sacerdotes que participaron.

Presentamos también, un capítulo del “Plan básico para la Formación Permanente de los Sacerdotes”, de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos, sobre el desafío que implica para la vida de los presbíteros los cambios de destino y cómo esto reclama un acompañamiento y discernimiento para responder con madurez humana y equilibrio afectivo.

Finalmente publicamos el Informe que fue preparado por la Comisión Episcopal de Ministerios (CEMIN) para ser utilizado, entre otros, como material de trabajo durante el desarrollo del tema “Presbíteros” que realizaron los obispos en la 82° Asamblea Plenaria (noviembre de 2001).

Con esto mostramos el amplio abanico de posibilidades y concreciones de la formación permanente en distintas etapas de la vida sacerdotal y humana, atendiendo a todas sus dimensiones. La riqueza de esta variedad es un compromiso a seguir buscando las instancias adecuadas para que esta se concrete en estructuras y servicios.

El llamado a la vida teologal que la formación permanente debe atender y acompañar, culmina en el envío evangelizador, en la misión. Por eso el artículo del teólogo Juan Colzani, de Milán – Italia, que apunta a descubrir cómo hay en el presbítero una dimensión misionera que, más allá de la pastoral encomendada a cada uno en una parroquia o ámbito, se extiende a “todos los pueblos” (Mt 28, 19), a la misión “ad gentes”. Y esto como expresión de una particular respuesta a atender las necesidades de “todas las iglesias”. La disponibilidad misionera, como expresión de la caridad pastoral, es propio de la vida sacerdotal y a ella debe ayudar también el acompañamiento de la formación permanente.

Todo esto, ubicado en el mundo en el que vivimos y en la cultura actual, plantea desafíos a los cuales se debe responder tanto en la formación como en el desarrollo mismo de la vida sacerdotal. Por eso publicamos un artículo del P. Jean Francois Berjonneau, Diócesis de Evreux – Francia, en el cual expresa la necesidad, para el presbítero de hoy, de una conversión en el modo de vivir el presbiterio, teniendo en cuenta los cambios sociales y eclesiales que se suceden.

Terminamos con un testimonio del P. Lucio Gera, de la diócesis de Buenos Aires, sobre la figura sacerdotal del Cardenal Pironio. Para la formación permanente necesitamos del recuerdo y la historia de quienes nos precedieron siendo “testigos del amor de Dios” en

su vida sacerdotal. La semblanza que el Padre Gera escribe, que fue preparada para el Seminario sobre el Cardenal Pironio realizado en Buenos Aires en el mes de abril pasado, pone de manifiesto su “vida teologal” sobre todo en su carisma especial por vivir y animar en la Esperanza.

Continuando con la reflexión iniciada en el número pasado sobre nuestra realidad nacional presentamos el último documento de los Obispos reunidos en Comisión Permanente.

De esta manera Pastores quiere hacer su aporte para que el camino de la formación permanente siga avanzando en la Iglesia en Argentina, desde la reflexión y la búsqueda de los medios adecuados para acompañar la vida de los presbíteros. Aquellos que somos “llamados, para ser enviados”.

Que Jesús Buen Pastor, nos guíe en este camino.

ESPIRITUALIDAD LLAMADOS A UNA VIDA TEOLOGAL

*P. José María Recondo¹
Diócesis de Morón*

*“Ustedes han manifestado su fe con obras, su amor con fatigas,
y su esperanza en nuestro Señor Jesucristo con una firme constancia.” (1 Tes. 1,3)*

Habiéndonos invitado Juan Pablo II a ahondar en el sentido de las virtudes teologales durante el trienio preparatorio al Tercer Milenio, más de una vez me pregunté sobre la manera como nosotros, los presbíteros, vivimos la fe, la esperanza y la caridad, conforme a nuestra vocación específica. Se trataba para mí, de este modo, de pensar el sacerdocio desde la vida teologal, o la vida teologal desde el sacerdocio. Y en más de una oportunidad me planteé si no damos demasiado fácilmente por su-puesto que existe ya en nosotros una vida teologal suficientemente madura. ¿Cuántas de las crisis sacerdotales de los últimos tiempos –de causas, por cierto, bien complejas- no han tenido que ver también con un deterioro de la fe, con un desfallecimiento de la esperanza, con una seria inmadurez de la caridad? No sólo las deserciones de algunos sino también el desencanto de otros o el agotamiento de muchos, tienen a menudo origen en el debilitamiento de la experiencia teologal como rectora de la propia vida².

Encontré particularmente iluminadoras, en este sentido, algunas declaraciones realizadas por Clodovis Boff en relación con el fenómeno de los frecuentes y a veces repentinos abandonos de la vida consagrada. Y considero su análisis perfectamente aplicable a lo que se ha visto también en la vida sacerdotal. Comienza interrogándose:

“¿Por qué los jóvenes hacen profesión y se ordenan, y al poco tiempo entran en crisis y salen? Peor: ¿Por qué hacen la profesión solemne y al poco tiempo se retiran? Peor todavía: ¿Por qué deciden consagrarse con un compromiso que tiene la forma canónica y litúrgica de lo definitivo, sin garantías subjetivas de «asegurar» un compromiso perpetuo? [...] ¿No será que nuestra formación es una construcción mal hecha? ¿Construida con materiales falsos, sin consistencia, sobre fundamentos que ceden?”³.

Y aplica a la vida consagrada lo que Pablo refiere a la Iglesia:

“«En cuanto al fundamento, ninguno puede poner un fundamento diverso de aquel que ya está puesto, que es Cristo el Señor» (1 Co 3, 11). ¿No lo sabemos y no estamos todos de acuerdo con esto? Ciertamente. Pero no parece que sea algo de verdad efectivo en la formación.

“No me digáis que no hay necesidad de repetirlo, que todos estamos de acuerdo, que es una verdad elemental y que hay que darla por descontado. ¡No, señor!

“No se puede dar por descontada, vista la tendencia «natural» de cerrarnos a Cristo y a los valores evangélicos. Las cosas más esenciales de la fe no se pueden dar por adquiridas una vez por todas como pacífica posesión. Estos valores los debemos conquistar y reconquistar día a día al «mundo» y al «pecado». Es necesario volver a afirmar que el fundamento y el centro de la vida religiosa es una relación teologal y no eclesial, pastoral, social. Estos aspectos forman parte ciertamente de la vida religiosa pero son cosas que vienen después.

La vida religiosa está anclada en Cristo el Señor y nada más. La consagración se hace directamente a Dios y a ninguno más [...] ¿Qué significa esto en concreto? Sencillamente, espiritualidad.

Espiritualidad como cultura de la fe, de la relación con Dios. Sin ésta no se va lejos. Se cae a la primera crisis que se tiene, y si no sucede a la primera, sucederá a la segunda o a la tercera. Si no se funda aquí, el compromiso religioso se desfonda, sin duda”⁴.

Se impone, entonces, y particularmente en estos tiempos, formar para una vida teologal en el ejercicio del ministerio presbiteral, no dándola rápidamente por supuesta como fruto de la vocación bautismal que ya traen nuestros jóvenes al ingresar al Seminario sino buscando fortalecer sus raíces, ahondar sus cimientos, pues sólo así se estará edificando sobre roca. Todo lo demás –si descuidamos esto- es construir sobre arena. Y habrá que atender igualmente al cultivo y desarrollo de esta dimensión durante la formación presbiteral permanente, pues la personalidad espiritual del sacerdote no se configura y consolida, en último término, por lo que hace, ni tampoco –como se pretendía en otros tiempos- por un conjunto de prácticas de piedad, sino más bien por cómo vive lo que vive, y desde dónde, a partir de qué (o, más bien, de Quién) define su vida. Sólo de este modo llegaremos los pastores a ser testigos de una vida teologal, sin lo cual, a mi entender, no podremos estar a la altura de nuestra vocación ni responder a lo que el pueblo de Dios espera y necesita de nosotros.

1.- La vida teologal

1.1.- La vida teologal es fruto de una relación. Ella sería inexplicable en el hombre sin la presencia de un Dios que le hablara (dándole a su vez el oído), le hiciera una promesa (dándole la confianza con que acogerla y el deseo de su consumación), y le amara (dándole un corazón capaz de reciprocidad⁵). Lo teologal es recepción y reflejo de ese Dios que busca al hombre y, sin dejar de ser Misterio, amándole se le revela. Y que, al mismo tiempo, pone en el corazón del hombre el deseo de ir a su encuentro y la capacidad de entrar en diálogo amoroso con Él. El hombre está destinado al encuentro con Dios porque Dios mismo lo llama (y lo busca) para ese encuentro durante toda su vida terrena. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él⁶. Y en la experiencia teologal Dios toma solo toda la iniciativa. De este modo, “el rostro de Dios, vuelto hacia el hombre, aparece como el horizonte que hace comprender la realidad humana en su alborear, en su desarrollo y en su muerte como un camino hacia el Padre”⁷. Por eso “la desgracia del hombre que sofoca la dimensión teologal de su ser, al comienzo de la revelación se presenta más bien como una teología de la historia: toda existencia humana, incluso terrena, es destruida si no está anclada al Señor. En los últimos libros del Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento prevalece la interpretación escatológica de la ruina del hombre «necio» que se cierra a Dios”⁸.

1.2.- Lo teologal, siendo una dimensión de la vida cristiana, no es sólo eso. Está llamada a orientar toda la vida del cristiano, a teñirla en su totalidad. Y si bien el orden de la realidad humana terrena conserva siempre su legítima autonomía, incluso ella adquiere un sentido nuevo y original a partir de la orientación teologal de la existencia humana.

1.3.- Para poder definirnos propiamente como cristianos, nuestra vida teologal ha de preceder y sustentar nuestra vida moral. Cuando es en cambio ésta última la que de hecho se constituye en raíz y principio de nuestro proceder, habría que decir, siguiendo el refrán popular, que “hemos puesto el carro delante del caballo”. Y, sobre todo, que hemos edificado nuestra vida cristiana sobre arena: puesto que, de ser así, nuestra vida no se definiría ya por lo que Dios nos dice -acogido y discernido en la fe-, por la confianza en lo que Dios puede -recibida en la esperanza- y por la alegría de ser incondicionalmente amados por un Dios que nos busca y nos hace capaces de amar como Él -en la caridad-, sino que estaría determinada por lo que uno piensa, por lo que uno puede, y por lo que uno quiere (o, meramente, siente). Y la vida evangélica es de otro orden. Esto no iría más allá de una vida humanamente correcta, quizá incluso virtuosa, pero no evangélica. Para ello es necesario que nuestra vida esté regida por lo teologal. Vale decir, que nuestras opciones estén hechas en la fe, sostenidas por la esperanza, y vividas en la caridad.

2.- Llamados a una vida teologal

2.1.- Nuestra vocación al ministerio nace unida a una profunda experiencia teologal de encuentro y contacto con Dios. Experiencia -diríamos mística- de que Dios es el Absoluto y de que todo nuestro ser y nuestra vida tienen una referencia última a Él. No se trata tanto de una certeza de índole racional, como de una experiencia de atracción profunda, radical, casi irresistible, hacia Dios. Con una bella imagen, Régamey señala que la vocación determina la orientación de una vida, “como un fuerte viento dominante que inclina en su sentido toda la vegetación de un paisaje”⁹. En esos momentos Dios penetra e inunda toda nuestra afectividad. Aún en la oscuridad de la fe, se recibe una certeza indefinible, inefable, por la que Dios es todo. Esta experiencia está en el origen de la vocación a la vida sacerdotal e impulsa a la persona a seguirla. Experiencia de alegría creciente, de paz profunda, de la que brotan la fuerza para ponerse en total disponibilidad frente al querer de Dios, y la confianza que permite ir más allá de todos los temores que en esos momentos nos asaltan. Algo que, en el fondo, es don de Dios, y que puede y debe ser cultivado luego por el trato con Él en la oración, en la contemplación, en la búsqueda de encuentro íntimo con el Señor. Allí vemos experimentalmente que a nosotros, como a sus primeros discípulos, Jesús nos llamó “para que estuviéramos con él” y, desde esta experiencia fundante, “enviarnos a predicar...” (cf. Mc 3, 14) y a ser sus testigos (cf. Hch 1, 22).

2.2.- Como vivimos en una cultura secularizada en la que ante todo se valoran las acciones y la eficacia, no será raro que ciertas vocaciones surjan unidas a un interés preponderante por la actividad ministerial. Pero será fatal si esos candidatos quedan detenidos en esta motivación. El acompañamiento previo al ingreso y la posterior formación en el Seminario deberán llevarlos al núcleo teologal que es el único capaz de provocar una radical disponibilidad ante Dios para la entrega de ellos mismos en forma definitiva, involucrando y comprometiendo enteramente su afectividad.

“Lo normal es que aquel que ha creído percibir la llamada vocacional haya vivido la experiencia de un deseo de Dios, más o menos intenso, más o menos implícito. También es normal que, a lo largo del período de formación, en el que va discerniendo la autenticidad de su vocación al sacerdocio ministerial, el deseo de Dios se vaya personalizando y haciendo cada vez más intenso, profundo, gozoso y plenificante”¹⁰.

Pero puede tener lugar, sin embargo, el proceso inverso:

“Puede suceder que, por distintas causas: debilidad e inmadurez del mismo deseo de Dios, o por diversos factores ambientales, presentes incluso en la misma comunidad formativa, el deseo de Dios se vaya paulatinamente «debilitando», o se vaya reduciendo a «pequeños deseos», muy por debajo del alto vuelo de un gran deseo de Dios; pequeños deseos que siguen diciendo referencia a Dios, pero tan lejana y diluida, que han llevado al candidato al sacerdocio a una especie de «instalación» espiritual, donde ya no se da la tensión propia de un creciente progreso hacia Dios. Incluso, puede llegar a encontrarse enredado por una situación vivida como una «dispersión» de deseos, sin que el deseo de Dios unifique y reoriente el complejo mundo de sus deseos. Puede darse también el «extravía» del verdadero deseo de Dios, por haberse salido del camino a través de un estilo de vida que lo contradice; supuestamente se desea a Dios por el camino de Jesús, pero sin seguir su mismo estilo de vida; se desea el evangelio, pero sin tomar en serio sus consecuencias concretándolas en la vida”¹¹.

¡Cuántas veces vemos que la adhesión al evangelio pasa por la cabeza pero no define (no “mide”) la vida del corazón, entendiendo éste último como “centro del hombre”, el centro del cual nace toda la conducta humana!¹² De aquí que el revestimiento quizá no desentone, pero no sea lo teologal lo que gobierne la vida. Uno puede así adherir con la cabeza a los valores pero acabar viviendo a partir de sus necesidades. Fácilmente puede ir uno desplazando el centro en el que se juega la propia vida, incluso casi sin advertirlo mientras sucede. ¡Cuántos remedos de vida evangélica tienen lugar cuando diversas formas de moralismo acaban dando el norte a la existencia de muchos! De aquí las cabezas estrechas (en lugar de la apertura a la luz que siempre da una fe madura), los espíritus miedosos (en lugar de la confianza y el arrojo evangélico que son avivados por la esperanza), los corazones endurecidos (en lugar de esa vulnerabilidad que acompaña siempre la caridad). De aquí los moralismos ideológicos (integristas o progresistas), que suelen ir asociados a un regusto amargo y a un talante agresivo, tan alejados de lo que es haber recibido una buena noticia. Y más allá de la forma que los moralismos adopten, siempre será en ellos más importante lo que uno hace que lo que Dios hace. Es una buena manera de identificarlos. De aquí también esas formas burguesas e instaladas de vivir el ministerio, que hablan de no haber encontrado el tesoro –o de haberlo malvendido-, y por eso tan contradictorias con la naturaleza de nuestra vocación.

Sabemos asimismo de corrientes espirituales en la vida de la Iglesia, de tono más bien moralista, que proponen y controlan el cumplimiento de un conjunto de prácticas de piedad (identificando pobremente con ello la espiritualidad), y acaban sin generar una tensión hacia el ideal evangélico sino la sola preocupación –no raras veces escrupulosa- de vivir en función de lo permitido. Vale recordar en este sentido que, “cuando una persona o grupo humano busca lo mínimo o ético, ignorando el ideal evangélico de «ser perfecto como el Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48), su moralidad será siempre precaria. Los que no guían su comportamiento moral «según el Espíritu», suelen terminar comportándose «según la carne» (Rm 8,5ss)”¹³.

No perdamos de vista, por lo demás, que la falta de centralidad de lo teologal en nuestra vida suele estar también en el origen de la dificultad que experimentamos para vivir unificados, y de la consecuente fragmentación y dispersión que tantas veces padecemos.

2.3.- Es esa experiencia-base de orden teologal a la que nos referíamos más arriba la que nos permite sobrellevar las crisis, las dudas y las oscuridades del camino. Es desde ella que superamos las infidelidades, los desánimos, la soledad de ciertos momentos de cruz, por la certeza que nos confiere de ser amados por Dios y sostenidos o rescatados por Él: “Yo estaré siempre con ustedes...” (Mt 28, 20). Es el tener cimentada la vida sobre este núcleo teologal lo que permite vivir, si es preciso, en la oscuridad –sin el brillo de las obras-, sin ser quizá reconocidos en lo que son nuestros talentos o realizaciones: “Quien a Dios tiene, nada le falta”. Es allí donde se mide la temperatura de nuestro seguimiento de Cristo, y no por la eficacia o el éxito de nuestros emprendimientos¹⁴.

2.4.- En una conferencia a propósito de la clausura del Concilio Vaticano II, Karl Rahner expresaba de manera cristalina y audaz el lugar central y prevalente que ha de tener siempre la vida teologal en la construcción del Reino:

“Todo lo eclesiástico, es decir, todo lo institucional, todo lo jurídico, todo lo sacramental, toda palabra, toda actividad en la Iglesia y, por consiguiente, también toda reforma de lo eclesiástico es en último término y en última intención (supuesto que se entienda como es debido y no se convierta en un ídolo) puro servicio, mera disponibilidad para algo muy distinto, algo muy sencillo y precisamente por ello, increíblemente difícil y consolador a la vez: para la fe, la esperanza, y la caridad en el corazón de todos los hombres. [...] En efecto, el concilio y todo el inmenso y necesario trabajo posconciliar de reforma no son sino servicio y preparación. Este servicio no apunta en definitiva a la afirmación de la Iglesia en el futuro, sino que, en el concilio y después del concilio, tiene por meta la verdadera infinitud del hombre y ante todo el verdadero advenimiento del Reino de Dios; lo que persigue sencillamente es fe, esperanza, caridad. Frente a esta cosa tan sencilla e infinita a la vez, que desde el comienzo de la historia vive en el corazón del hombre y es a su vez el sentido mismo de toda la historia y el contenido de su rendimiento y de la eternidad, frente a esto, decimos, es absolutamente secundario todo lo que ha tenido lugar en el concilio y lo que de él resulte. “Toda teología, aun la más sutil, todo dogma, todo derecho canónico, toda adaptación y toda repulsa por parte de la Iglesia, toda institución, todo ministerio, con todos sus poderes, toda sagrada liturgia y toda animosa misión, no tiene sino este único fin: la fe, la esperanza, la caridad, el amor de Dios y de los hombres”¹⁵.

3.- Testigos de una vida teologal

3.1.- El sacerdote ha de poder presentar –siempre en vaso de barro- el testimonio de una vida que busca ser evangélica desde un sustento y una motivación teologales. Aunque parezca una obviedad, es preciso insistir en que la caridad pastoral no tiene origen en el orden moral sino en el teologal. Porque, de hecho, no siempre se la entiende ni se la vive así. Esto significa que ella no se define por lo que hacemos sino por lo que llevamos de Dios -puesto por Él- en el corazón. Involucra luego, ciertamente, un conjunto de actitudes morales y de acciones concretas, pero éstas no son sino fruto de esa peculiar forma de la caridad a la que está llamado el pastor. Por eso, sin haber hecho una experiencia de Dios que nos permita sabernos amados por Él (con un saber que esté más allá de lo meramente conceptual; es decir, que tiene que ver más con el sabor que con el saber...), no tendremos en nuestra entrega suficiente gratuidad. Es propio del que tiene, poder dar sin necesitar

devolución; es propio del que carece o adolece, estar pendiente de recibir: el saber que Alguien se hace cargo de nosotros es lo que posibilita que nos hagamos cargo de otros dejando de ocuparnos de nosotros mismos. La vida pastoral, que sabemos ofrece la última determinación a nuestra identidad vocacional, es sin embargo un valor fundado y no fundante –como lo es, en cambio, nuestra relación con Jesús, el Pastor-. Y esto queda bien de manifiesto en las palabras del Señor a Pedro: “¿Me amas? Apacienta mis ovejas” (cf. Jn 21, 15-17). La mayor garantía que tienen las ovejas de ser amadas y apacentadas como corresponde, es que amemos a Jesús. Sólo un fundamento teologal puede dar consistencia a nuestra donación pastoral.

3.2.- Otro tanto podemos afirmar respecto del radicalismo evangélico al que estamos llamados en nuestra existencia sacerdotal: sólo tendrá raíces genuinamente evangélicas y podrá ser bien vivido por el presbítero, si la experiencia teologal está a la base del mismo. Esto significará una búsqueda de pobreza que sería para él mismo inexplicable sin haberse encontrado previamente con el Tesoro; un deseo de fidelidad al celibato que –no obstante las luchas- se hace posible e incluso gozoso a partir de la experiencia de un corazón donado a Alguien; una voluntad de obediencia que nace de la confianza de saberse bajo la mirada de Dios, y del deseo de poner la vida en sus manos. En definitiva, se trata de irradiar que esta búsqueda de radicalidad evangélica no podrá sostenerse ni vivirse con alegría si no tiene origen (y sigue nutriéndose) en una intensa vida teologal. Ningún relato ideológico hará posible vivir bien –sin acritud ni resentimiento- la pobreza personal y la opción por los pobres¹⁶; ninguna razón de índole funcional podrá justificar y sostener –sin sentimiento de mutilación- una vida célibe¹⁷; ningún argumento de conveniencia institucional podrá hacernos perseverar en la obediencia –sin llenar de violencia nuestro corazón-, cuando la noche cerrada conspire contra nuestra disponibilidad. Sólo la hondura de la vida teologal llevará a que estos consejos evangélicos nos agranden el corazón en lugar de endurecernoslo –cosa nada infrecuente en quienes perseveran en ellos por mero moralismo-, nos hagan más alegres y no más sombríos. “Vengan a mí, los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré...” (Mt 11, 28).

3.3.- No es raro que se atribuya el vuelo bajo de algunas vidas sacerdotales a una simple falta de coraje o de generosidad en la entrega, sin reparar quizá en el avance de una creciente inconsistencia teologal, que lleva en nosotros a un desplazamiento de las motivaciones iniciales de la vocación por otras que consienten en dejarnos a mitad de camino. Muchas veces se omite preguntar qué se hizo de aquella experiencia fundante de encuentro con Dios en la que tuvo lugar el llamado, que posibilitó que en aquel momento estuviéramos dispuestos a ir tan lejos como el Señor dispusiera, sin cálculos ni resguardos, y que el tiempo fue quizá desdibujando de la memoria afectiva hasta hacerla parecer menos real que todos esos espejismos de plenitud (o bienestar) que fueron desplazándola. ¿Qué se hizo de aquel surco abierto a la palabra, para que ésta cayera cada vez con más frecuencia en terreno pedregoso o entre espinos, cuando no al borde del camino?

3.4.- También es verdad, afortunadamente, que junto a esto hay muchas vidas sacerdotales que no fueron encogidas por el paso del tiempo. Vidas transfiguradas por un deseo del Reino que fue purificado por la esperanza en la oración oscura, en el dolor compartido, en la creyente celebración de la eucaristía, a la vez que iba siendo robustecido por el servicio gratuito. Vidas que supieron también de vacilaciones, de lágrimas y de indignación frente a

una realidad marcada por el pecado, pero que volvieron una y otra vez desde la noche a saberse bajo la mirada del Padre y a re-posar en Él, para desde allí seguir caminando sostenidos por una confiada esperanza. Vidas que en medio del abatimiento volvieron a abrirse a la palabra, pudiendo reconocer, como los discípulos de Emaús, el paso del Señor crucificado y resucitado. Los formadores estamos llamados a ser ante los jóvenes que hoy se preparan al sacerdocio testigos de este estilo presbiteral que echa sus raíces en la experiencia de Dios, si queremos poder hablarles de ello con autoridad antes que con retórica. Porque todo parece indicar –como señalaba recientemente el abad general de los trapenses- que la cultura occidental “marcada por lo postmoderno, está sedienta de misterio y harta de ideologismos, moralismos, dogmatismos y ritualismos”¹⁸.

3.5.- En un mundo crecientemente secularizado en el que va desapareciendo, si no la referencia a Dios, al menos su gravitación sobre la vida concreta de las personas y de las sociedades -como lo prueba el tipo de influjo que ejercen los medios de comunicación social en el orden cultural-, sólo el creyente que esté fuertemente arraigado en una experiencia teologal de Dios podrá resistir la presión social adversa, muchas veces sorda y sutil, de sectores increyentes, agnósticos e indiferentes: “La experiencia espiritual es hoy imprescindible para acceder o sostener la fe, en un mundo sin aquellos apoyos ni arropamientos sociológicos que en otros tiempos llegaban hasta «sustituir» la decisión creyente. [...] De aquí que Karl Rahner afirmase que] «sin la experiencia religiosa interior de Dios ningún hombre puede permanecer siendo cristiano a la larga bajo la presión del actual ambiente secularizado». Ningún hombre; tampoco el sacerdote. «Todo ello supone, concluía Rahner, que el sacerdote ha de hacer esa experiencia personal e íntima de Dios, sin la cual queda reducido a mero profesional de un culto mágico, que celebra los ritos de manera no creíble». El pensamiento de K. Rahner confirma nuestra convicción de que si el cristiano que ha recibido el sacerdocio ministerial no vive una profunda experiencia de Dios, apenas significará nada entre los hombres, ni nada tendrá que hacer como mensajero de la Buena Nueva de Jesús [...]. Nunca un sacerdote mediocre, mucho menos en el futuro, podrá presentarse como un verdadero sacerdote, ni formando parte del grupo de esos «nuevos evangelizadores» que hoy necesita la Iglesia de cara a la nueva evangelización del siglo XXI, «los sacerdotes que se comprometen a vivir su sacerdocio como camino específico hacia la santidad» (PDV, 82)”¹⁹

3.6.- Todo esto ha de interpelarnos como formadores, no sólo para revisar los caminos pedagógicos que empleamos sino, antes bien, para interrogarnos sobre nuestro propio testimonio, pues “el sacerdote –decía el padre Hurtado- no puede descansar en una perfección aparente. Su herencia es una perpetua «inquietud de Dios», el no poder sentirse nunca maduro. Lleva incurablemente una tendencia hacia lo alto, el impulso a lo perfecto”²⁰. La santidad personal de los cristianos y de los sacerdotes –sostenía Schillebeeckx- debe hacer a los hombres atentos a la voz interior de la gracia, a la cual se debe lo mejor que hay en nosotros. Nuestra vida cristiana debe ser concretamente la manifestación histórica, la figura exterior del llamamiento interior de la gracia en el corazón de los hombres: “Los hombres se encuentran entonces con la presencia de la gracia visible en el mismo camino de su vida; no pueden huir de ella, se ven obligados a tomar posición”²¹. “En nuestro encuentro con los hombres, sea en el plano que fuere, debe aparecer que nosotros somos redimidos. ¿No es ése el gran signo de la Iglesia en el

mundo?"²². ¿No es éste -agregaría yo-, el gran signo que podemos ofrecer a los jóvenes que se preparan para el sacerdocio con hambre de vida evangélica?²³

Porque, en definitiva, como el mismo Rahner nos recuerda, reflexionando sobre el Vaticano II, "si en los próximos decenios se viera la Iglesia mejor regida, si se celebrara la liturgia en forma más bella, si surgiera una teología más sagaz y penetrante, si se creara un derecho más claro, si se lograra mayor influjo social, pero no hubiera más fe, más esperanza y más caridad, todo ello sería en vano"²⁴

NOTAS

¹ Sacerdote de la diócesis de Morón. Este artículo es la adaptación de un trabajo que el autor ha publicado en "Boletín OSLAM" n° 40 (2002) bajo el título El perfil espiritual del formador en el siglo XXI: Testigo de una vida teologal.

² Es cierto que podemos atribuir las deserciones que han tenido lugar en los últimos tiempos a una crisis de orden cultural que afecta todo un conjunto de valores que anteriormente eran tenidos por definitivos y que ahora vemos estimar como provisorios y pasajeros. Pero habría que analizar, igualmente, si no hay causas en la vida de la misma Iglesia -y, más concretamente, en la formación inicial y permanente que se ha ofrecido o dejado de ofrecer- que han tenido alguna influencia en lo que está ahora sucediendo. "Siempre me ha parecido pecar de ligereza reducir las causas del abandono del ministerio a la sola infidelidad personal (la cual, claro está, tampoco hemos de soslayar a la hora de analizar las causas). Sabemos que el fenómeno es sumamente complejo, por lo que hay que evitar caer en análisis apresurados o simplistas, pero me atrevería a decir que, en todos los casos que recuerdo, la crisis no comenzó por la cabeza sino por el corazón (entendiendo aquí por corazón, lo humano-espiritual). Dicho de otro modo, no conozco a nadie que haya estado en crisis en los años 90 y que haya comenzado diciendo tonterías; sí que quizá haya terminado diciéndolas, pero como fruto y desembocadura de una crisis que había comenzado en otro "lugar". Por eso, frente a quienes afirman que el desafío que nos presentan las crisis sacerdotales de los últimos años es ante todo el de formar mejor la cabeza, en la creencia de que doblando la apuesta sobre la formación intelectual esas crisis no se producirán, pienso que los hechos mismos desmienten tanto su diagnóstico como el remedio indicado: los curas que dejaron el ministerio no evidenciaron una insuficiente formación intelectual (a la cual, es preciso reconocer, le brindamos muchísimo tiempo y medios en la formación inicial), sino más bien carencias en el plano de su madurez humano-espiritual (y adrede insisto en no separar estas dimensiones)" (J. M. RECONDO, El desafío de esta hora es formar el corazón, "SEMINARIOS" 46 (2000) 296-297).

³ "Caminos de CONFAR" (1999) n° 21, 53.

⁴ *Ibid.*, 53-54. Y continúa diciendo: "De hecho, cuando alguien "pierde la vocación" que mire si no ha perdido antes la oración. No creo en un religioso que no rece. Y que no me venga a contar que la oración no lo es todo y que puede ser la oración una hipocresía farisaica. Esto no depone en contra de la oración como tal, sino en contra de sus deformaciones. Una oración farisaica no impidió a Jesús ser un gran orante. La oración auténtica se ríe de la falsa oración, diría Pascal. Cuando hablo de espiritualidad entiendo hablar aquí especialmente de oración personal" (p.54).

⁵ "Por cuanto Él allí le da su amor, en el mismo la muestra a amarle como de Él es amada, porque, además de enseñar Dios allí a amar al alma pura y libremente sin intereses, como Él nos ama, la hace amar con la fuerza que Él la ama, transformándola en su amor, como

habemos dicho; en lo cual le da su misma fuerza con que pueda amarle, que es como ponerle el instrumento en las manos y decirle cómo lo ha de hacer, haciéndolo juntamente con ella; lo cual es mostrarle a amar y darle la habilidad para ello" (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 38,4).

⁶ Cf. SAN AGUSTÍN, Quaest. 64, 4.

⁷ M. FLICK-Z. ALSZEGHY, El hombre en la teología, Madrid 1971, 84-85.

⁸ *Ibíd.*, 83-84. "La predicación de la Iglesia elaboró de manera particular la enseñanza asimismo bíblica según la cual nadie es capaz de observar la ley divina y de llevar una vida moral, esto es, ordenada en base a los principios que él estima justos, si no acepta al Dios salvador; por eso es preciso pedir a Dios la observancia de sus mandamientos (Sal 119) y se le deben dar gracias cuando se logra practicar el bien (Rm 7,25)" (*Ibíd.*).

⁹ P.-R. RÉGAMEY, L'exigence de Dieu, París 1969, 114.

¹⁰ J. M. IMIZCOZ BARRIOLA, Experiencia de Dios en la formación sacerdotal, en AA.VV., La formación del sacerdote del tercer milenio, Madrid 2000, 195.

¹¹ *Ibíd.*

¹² Cf. K. RAHNER, Corazón, en AA.VV. Conceptos fundamentales de Teología, Madrid 1979, 248.

¹³ S. GALILEA, Los días de Emaús, Santafé de Bogotá 1993, 150.

¹⁴ Cf. J. B. LIBANIO, Discernimiento vocacional: la experiencia "fundante", "Boletín de Espiritualidad" (México) 5 (1990) n° 21, 6-17.

¹⁵ K. RAHNER, El concilio, nuevo comienzo, Barcelona 1966, 30-31.

¹⁶ Haciendo las necesarias traducciones a la vida del clero diocesano, vale también para nosotros la advertencia de Clodovis Boff: "Que el servicio al pobre y la opción por los pobres son parte integrante de la consagración (diría también del cristianismo) es indudable. Y hacemos todavía muy poco en este campo. Pero sostener que constituye el fundamento de la vida religiosa es un error. Prueba compartir la vida con el pueblo, con el pobre, y verás cuánto es existencialmente "seguro" este compromiso. Veréis que tendrás necesidad de algo más sólido, de una base más fuerte y más profunda para asegurar tu compromiso de consagración y misión. [...] ¿Decir que el pobre no es el eje central de la vida religiosa es ir contra el pueblo oprimido? ¿Disminuye la opción por los pobres? ¡Para nada! Sólo este aspecto salva la opción por los pobres de las ilusiones, de la superficialidad y de la monotonía. No se liberan los pobres con discursos ampulosos y sin la consistencia de la verdad, como ha demostrado la tragedia del socialismo real" (a. c., 56).

¹⁷ "Cuando se siente la frustración de la misión, cuando por ejemplo la gente desilusiona, se puede encontrar un apoyo en la comunidad [religiosa] o al menos una compensación. Del mismo modo cuando se siente la frustración en la comunidad o en la congregación, la tarea pastoral puede ser de ayuda para superar la frustración. Pero cuando se encuentra uno implicado afectivamente y también sexualmente con una mujer, no hay comunidad o pastoral que sostenga. Muchas veces pueden ayudar o deben ayudar pero otras veces aparecen más como obstáculos que hay que superar. Queda sólo una relación que puede garantizar el éxito de la operación: La radicalidad de la relación teologal" (*Ibíd.*, 57).

¹⁸ B. OLIVERA, La cultura y la mística (Conferencia en la Embajada Argentina ante la Santa Sede, 14-3-01), s. I. (pero Roma), s. a. (pero 2001), p. 13.

¹⁹ J. M. IMIZCOZ BARRIOLA, o. c., 151-152 (La cita de Rahner pertenece a Schriften zur Theologie, XIV, 236 ss.).

²⁰ Citado en El padre Hurtado y el sacerdocio (Editorial), "La Revista Católica" 101 (2001), 270.

²¹ E. SCHILLEBEECKX, Cristo, sacramento del encuentro con Dios, Pamplona 1971, 265.

²² *Ibíd.*, 274.

²³ Como el mismo Clodovis Boff se pregunta, referido a los religiosos, pero bien aplicable a la formación sacerdotal: "si formamos hermanos que después de diez años de acompañamiento religioso continúan embebidos del espíritu de este mundo y de este tiempo, ¿no estamos francamente perdiendo el tiempo?" (a. c., 52).

²⁴ El concilio, nuevo comienzo, Barcelona 1966, 31.

ESTUDIO

ELEMENTOS PARA ELABORAR UN PROGRAMA PARA LA FORMACIÓN INTEGRAL Y PERMANENTE DEL CLERO JOVEN

*P. Cristián Precht Bañados
Arzobispado de Santiago de Chile*

En un mundo globalizado en que los jóvenes son cada día más “habitantes del universo”. En un mundo marcado por las comunicaciones en que los jóvenes ven TV cable, eligen sus programas en Video y navegan por las aguas del Internet... En un mundo en que los jóvenes tienen relaciones afectivas y sexuales más promiscuas, en que se vive de lo efímero, de lo desechable, de lo transitorio, con temores muy grandes a los compromisos “para siempre” (de por vida) sea en el matrimonio o en la vida religiosa... En este cambio de época que se prevé como un largo tiempo en movimiento, sin sosiego, en que dejamos la estabilidad serena de la cultura agraria para entrar en el vértigo de la cultura urbana... es muy oportuno preguntarnos por los caminos que hay que recorrer (metodología) para acompañar adecuadamente a los neosacerdotes, o sea aquellos que, independiente de su edad, tienen de uno a cinco años de ordenación presbiteral.

1. Situación de los neopresbíteros: sus fortalezas y debilidades

La nueva generación de sacerdotes tiene indudables fortalezas aunque siempre los mayores diremos que carecen de estructura y que tienen poca tolerancia al sufrimiento. Es verdad. Pero también es verdad que eso mismo dijeron en su tiempo los sacerdotes mayores cuando se referían a nosotros. Lo que ahora sucede es que resuelven de otra manera sus conflictos y algunos lo hacen suspendiendo el ministerio. En Chile, por ejemplo, ha habido 143 ordenados en los últimos 5 años y 56 sacerdotes han dejado el ministerio, lo cual equivale al 40% (aunque no todos entre los neosacerdotes).

Por lo que hemos escuchado los neopresbíteros son generosos y, como buenos hijos de este tiempo, en muchos aspectos pueden dialogar mejor con la cultura vigente, especialmente en el campo de las comunicaciones. Como siempre sucede, ellos se entienden mejor con los más jóvenes, sólo que esto no sirva de pretexto para alejar de las pastorales juveniles a los presbíteros mayores. Los jóvenes necesitan hermanos, pero por sobre todo necesitan padres y hasta abuelos.

Se ve que los neopresbíteros gustan de una liturgia muy rica en signos, más participativa y, en algunas partes, con ciertos aires “carismáticos”. Estas mismas fortalezas los hacen un poco más amigos del protagonismo y, jóvenes al fin, de llamar un poco la atención. Son también generosos para asumir apostolados difíciles e ir a servir a los más pobres.

Como toda generalización ésta mirada tiene también sus excepciones. Los hay que no se acomodan mucho a este mundo y adoptan actitudes rígidas, se refugian detrás de vestiduras clericales y suelen ser autoritarios con los laicos. Los hay también quienes, influidos por el consumismo reinante, quieren juntar muy pronto el dinero para comprarse

un automóvil, además de los electrodomésticos de rigor, y fácilmente buscan un apostolado o una capellanía complementaria, para contar con más dinero.

En general, unos y otros tienden al activismo, no son muy asiduos a la oración, carecen de dirección espiritual y no es raro encontrar a algunos que cultivan poco el estudio y la lectura y, por lo tanto, adolecen de cierta superficialidad. También se observa que el exceso de trabajo los cansa, los agobia y, a veces, los deprime.

Todas estas observaciones están expresadas con preocupación y con cariño. No pretenden juzgar ni encasillar. Al revés, quisieran comprender mejor para dar una mano a estos hermanos más jóvenes, ayudándoles a llevar una vida de más calidad humana y espiritual y a ejercer mejor su ministerio.

Es crucial ayudarles en ese paso, no siempre fácil, de las seguridades del Seminario a la vida, a la intemperie tan propia de la vida diocesana y secular. Por eso, y para comprender mejor sus dificultades, es necesario mirar también la formación del Seminario ya que, cualquier camino de apoyo para los neopresbíteros, comienza con acentuaciones en su formación.

2. Algunas dificultades comunes que encuentran sus raíces en la formación anterior

Consultando a algunos sacerdotes sobre las dificultades más comunes que se manifiestan en los primeros años de ministerio, especialmente aquellas que tienen que ver con carencias en la formación precedente, señalaban:

2.1. La formación en el Seminario apunta primordialmente a la configuración de la identidad sacerdotal de los formandos y es más débil en asumir su configuración humana, psicológica. Esto trae como consecuencia, por ejemplo:

- la sobrevaloración de la actividad como una manera de valorarse a sí mismos;
- lagunas muy serias en el conocimiento de sí mismos, sus fortalezas, debilidades y carencias;
- una importancia excesiva a la opinión de otros sobre sí, en vez de actuar serenamente movidos por las propias convicciones;
- inseguridad personal que se encubre sea con autoritarismo o con retraimiento o poniendo mayor énfasis en el rol que desempeña que en la fuerza de los argumentos.

2.2. La formación pastoral es escasa y poco sistemática. Al ordenarse el sacerdote tiene que asumir muy pronto responsabilidades pastorales que lo sobrepasan por la cantidad de trabajo o por su complejidad. Esto puede traer consigo grandes angustias que normalmente son compensadas: comida, alcohol, evasiones, refugios afectivos.

2.3. La formación de los Seminarios se centra principalmente en el desarrollo de las habilidades intelectuales y muy poco en las habilidades pastorales como, por ejemplo, la capacidad de celebrar, la expresividad, el ejercicio del liderazgo, el trabajo en equipo, la toma de decisiones, la técnica de entrevistas. Cada uno hace lo que puede y como le resulte,

sin un acompañamiento que evalúe y enseñe, teniendo dificultades para conocer y reconocer los errores cometidos y para pedir ayuda y re-entrenarse.

2.4. La formación espiritual presenta algunas carencias. Por una parte, a veces se percibe que no se producen cambios mayores en las tendencias espirituales de los jóvenes en el transcurso del Seminario. Así por ejemplo, quienes provienen de una formación más tradicional continúan, en general, desarrollándose en esa misma línea; así también quienes vienen de ambientes más progresistas. Se constata también que los cambios profundos acontecen cuando se tiene la presencia de un buen maestro espiritual. En todo caso, y es muy positivo, se adquieren prácticas probadas espirituales y litúrgicas que arraigan con mayor o menor fuerza en los formandos. Por otra parte, en general, les es difícil el discernimiento comunitario, descubrir a Dios en la trama de la vida y en la historia de comunidades y personas. Se tiende a poner más énfasis en la pastoral sacramental. Y lo peor, poco se sabe de la espiritualidad propia del sacerdote secular y, por ende, no se cultiva como un objetivo central de la formación espiritual del Seminario.

2.5. La formación afectiva en los Seminarios es muy insuficiente y más bien restrictiva. ¡Para qué decir la formación de la expresión de los afectos y de la asunción de la propia sexualidad! Esta dimensión esencial se vive de manera clandestina, sólo se habla con el Director Espiritual y muchas veces se ocultan los problemas por miedo al qué dirán o a ser expulsados del Seminario, y entonces no se recibe la orientación necesaria en el momento oportuno. Y cuando se comparten inquietudes o problemas suele ser con los amigos más cercanos o con algún presbítero benévolo para que la materia quede en confesión.

2.6. No hay muchas posibilidades para que el neo presbítero pueda acceder a cursos que completen y complementen su formación, ya sea por carencia de recursos, por falta de tiempo disponible, o bien, por hastío de actividades académicas. Es importante continuar la formación en materias como gestión pastoral y específicamente parroquial, pastoral especializada (juventud, familia, obreros, empresariado, etc.) tareas que todos los días tiene que abordar.

3. Algunos caminos sugeridos para la formación permanente e integrada en los primeros años de ministerio

Parece haber consenso en la necesidad de continuar con la formación de los neopresbíteros por lo menos por cinco años. Y al hablar de formación la concebimos más como una “pastoral sacerdotal” que una puesta al día intelectual. Es decir, como un acompañamiento pastoral y personal que se preocupe de “la formación integral y permanente” del neopresbítero, como lo señala el tema de nuestro encuentro. El acompañamiento personal se debe dar de acuerdo a los ritmos fijados entre el Obispo o el Director Espiritual y el neopresbítero. El acompañamiento pastoral puede pensarse en jornadas semestrales de mayor o menor duración según su contenido. Ideal sería la creación de una instancia diocesana, regional o nacional, que se responsabilizara de llevarla a cabo.

En el pasado siempre hubo cursos de “puesta al día”, retiros anuales y, en muchos lugares, conferencias mensuales. Pero, si hay algo que queda claro, es que no hay que seguirle hablando sólo a la cabeza del neopresbítero: importa su corazón y el desarrollo armónico de

sus afectos, importan sus habilidades pastorales, importa su capacidad de ejercer su liderazgo, la capacidad de procesar los logros, los fracasos y los desencantos pastorales, etc.

Así como la Iglesia nunca ha aceptado tener “catequesis terminales” -me refiero a esas en que la gente se prepara, recibe ‘su sacramento’ y se va- jamás ha creído en los “seminarios terminales”, es decir, aquellos en que la persona recibe la ordenación y deja de tener relación con su formación, aunque en la práctica no siempre hayamos sabido implementar esta intuición.

Esto implica reconocer que el Seminario es sólo una etapa de la formación, muy rica por cierto, a la que no se le puede pedir más. Se puede reformar, enriquecer, etc. pero se necesitan otras etapas, como sucede en cualquier otro campo profesional en que, quienes egresan de la Universidad o del Instituto, procuran continuar su formación postulando a diplomados, magíster, maestrías, doctorados... Además, y como ya lo hemos insinuado, pedagógicamente no es recomendable pasar de un régimen protegido –como suele ser el de los Seminarios– a un estilo de vida en descampado donde cada uno hace y vive como puede. Si así se dan las cosas, no habrá que sorprenderse si a corto andar se ven quiebres emocionales o mediocridades instaladas.

En este contexto proponemos:

3.1. Fomentar la espiritualidad apostólica, diocesana y secular

Esto es algo que debe hacerse desde el Seminario. Sin embargo, una vez ordenados, es imperioso conocer, estudiar y practicar esta espiritualidad que se vive en el mundo (secular), desde la Iglesia particular (diocesana), en un presbiterio unido a laicos y otros ministros eclesiales (ministerial), procurando articular la comunión junto al Obispo (comunión) para llevar adelante la tarea evangelizadora (misionera).

El documento de la Conferencia Episcopal del Perú, “Orientaciones para la renovación de la vida y el ministerio de los presbíteros diocesanos” (Lima, 1999) lo expresa muy bien en sus números 22 a 37. A partir de la sacramentalidad del sacerdocio (“el sacerdote es”), éste ejerce su ministerialidad (“es para”), en una diócesis (“es con”) y en la secularidad (“es en”)...

3.2. Tener parroquias de inserción

Es vital elegir con esmero las parroquias de inserción o de “aterriaje” de los recién ordenados. En los neopresbíteros debe haber un cuidado por sus personas antes que por las necesidades pastorales de las diócesis.

Una parroquia de inserción para los primeros años de apostolado supone la presencia de un sacerdote mayor que ojalá sea formador y que, por lo menos, de un buen testimonio de vida sacerdotal, que esté contento con el ministerio y pueda acompañar positivamente al neopresbítero. En lo posible, que sea una parroquia donde viva con uno o dos sacerdotes o con algún seminarista que esté haciendo su año pastoral para que se tenga, desde el comienzo, una experiencia de fraternidad sacerdotal.

El ideal es que el neopresbítero esté, por lo menos, dos o tres años de su iniciación pastoral en la misma Parroquia y que no se trate de parroquias especialmente difíciles y complejas, ni que se les encargue los ministerios que nadie quiere tomar... Lo ideal es comenzar por ministerios más sencillos y gratificantes que sirvan de fuente de estímulo y de aprendizaje.

3.3. Estudiar experiencias pastorales antiguas y actuales

El acompañamiento pastoral supone una cierta cuota de estudio y no sólo la lectura de artículos breves. Es muy positivo estudiar experiencias pastorales antiguas y modernas. Entre las primeras es bueno conocer, por ejemplo, si es que antes no se han estudiado en el Seminario:

- las catequesis mistagógicas de los Padres de la Iglesia (San Cirilo, San Ambrosio, San Agustín);
- algunas familias rituales para comprender mejor de qué se trata la inculturación de la Liturgia y no hacer sólo cambios superficiales ni arbitrarios (Liturgia Ortodoxa, Liturgia mozárabe, Liturgia ambrosiana, etc);
- las experiencias de las misiones jesuitas en Paraguay y en la Chiquitania, en Bolivia (ojalá viajando a ver lo que se ha hecho y lo que se ha restaurado).

Entre las contemporáneas conocer a fondo, por ejemplo:

- las CEBs y las Comunidades Cristianas de Base;
- conocer algunos movimientos eclesiales, apostólicos y de espiritualidad;
- conocer experiencias valiosas de catequesis presacramental (Bautismo, Confirmación Eucaristía);
- trabajos en solidaridad y derechos humanos (Socorro Jurídico en El Salvador, Vicaría de la Solidaridad en Chile);
- experiencias juveniles logradas (Vicaría de la Esperanza Joven y pedagogía del Encuentro Continental de Jóvenes), etc.

3.4. Tutoría pastoral

El Obispo en persona o a través de un Delegado de especial confianza, por ejemplo, su Vicario Pastoral, debería tener una tutoría pastoral para encauzar, apoyar, reflexionar, corregir, animar, los primeros años de apostolado de un sacerdote. Y también para evaluar con él los estilos de vida: desarrollo de los afectos, uso del dinero, sobriedad en la vida, manejo de la autoridad, etc. Cuando el número de neopresbíteros es mayor, como ya lo dijimos, este trabajo debería quedar en manos de una instancia regional o nacional, creada para tal efecto.

Esto supone un trabajo previo, realizado ya en el Seminario, de autoinforme del seminarista al entrar en Teología y al pedir el ministerio, en que le revele al Obispo –de manera confidencial– los rasgos de su historia, de su personalidad, de su espiritualidad, de su vida afectiva, de sus tendencias pastorales, sus fortalezas y debilidades, en todo sentido,

describiendo sin pudor sus talentos así como los lugares donde cree poder servir mejor. Esta carta debiera ser respondida por el Obispo al ordenando, de manera y confidencial, y puede servir de base para esta tutoría (acompañamiento) de los primeros años.

3.5. Talleres de formación específica

Durante los cinco años se puede planificar talleres específicos de formación realizados aunque sea de lunes a viernes para que no exista la excusa de la imposibilidad de ausentarse del trabajo pastoral (problema que no tenemos para salir de vacaciones). Al respecto, proponemos algunas materias:

- conocimiento de experiencias pastorales (Cf 3.3);
- desarrollar el arte de la comunicación personal (uso de la voz, del silencio, del cuerpo, del gesto, en la comunicación), del uso de los medios (desde el micrófono hasta el internet, pasando por el off set o una pequeña imprenta) y de los medios de comunicación social;
- el arte de presidir una asamblea litúrgica;
- dirección espiritual y/o consejería;
- gestión pastoral (ejercicio del liderazgo, uso del tiempo, resolución de conflictos, recursos humanos y materiales, redacción de proyectos, etc);
- pedagogía de la vida en comunidad para aplicar en familia, en comunidades cristianas, y en las propias fraternidades presbiterales;
- ecumenismo y diálogo interreligioso; la presencia de la fe en un mundo multireligioso y pluricultural.

3.6. Continuación de formación afectiva y sexual

Es necesario ofrecer seminarios o talleres de crecimiento en la vida afectiva y conocer mejor la sicología evolutiva de un sacerdote en estas materias, con toda claridad y llamando las cosas por su nombre. Hay que conocer los apegos, los refugios afectivos, las tendencias, las heridas, las amistades positivas, las represiones conscientes e inconscientes y, sobre todo, valorar el evangelio de la afectividad de cada ser humano, sin idealizar ni mirar con desconfianza este don tan precioso que marca decididamente nuestra personalidad. Se deben conocer sin temores los propios comportamientos y saber lo que suele suceder con los años: los primeros años, la crisis de los cuarenta, la entrada en la tercera edad. Es maravilloso aprender a madurar alegremente la opción célibe y a cultivar mejor las amistades sacerdotales, la cercanía con algunas familias, el desarrollo de la paternidad espiritual, la expresión afectiva en la Liturgia, etc.

3.7. Vida comunitaria

No está demás insistir que, desde el Seminario, se debe formar al ordenando para un estilo de vida fraterno, complementario y no competitivo, siendo conscientes de que la imagen de Cristo sacerdote lo da el Obispo unido a todo el presbiterio y no un presbítero en particular.

Esto tiene mucho que ver con la conversión afectiva a la Iglesia Particular y la relación madura con el propio Obispo. Nosotros damos la vida por una Iglesia Particular. El Obispo puede cambiar. Y parte de nuestra espiritualidad es vincularnos maduramente al

Obispo y sabernos, y sentirnos, corresponsables en la misión. Ningún sacerdote es mano de obra barata, ni debe sentir jamás que lo usan para tapar huecos; no somos tampoco burócratas y administradores –que también lo somos– sino hombres del espíritu que crecemos en el desarrollo en comunidad de nuestros talentos. Una de las tareas que definen nuestro ministerio diocesano y secular es la de articular junto al Obispo la comunión de comunidades, movimientos, asociaciones y personas. Esto implica una exigencia para el Obispo que debe relacionarse mejor con su clero, abandonando los aires autoritarios, para convertirse en padre y servidor.

Pero la experiencia comunitaria también tiene que ver con el estilo de vida del presbítero secular. Una cierta escuela, que no puede proceder de buen espíritu, ha extendido la opinión de que los curas seculares viven solos. Eso no es bueno para nadie y con eso tampoco se cumple la voluntad de Dios que quiere que nos salvemos en comunión. Por eso, es altamente recomendable que el neopresbítero tenga una comunidad de vida –y ojalá de trabajo– con otros sacerdotes. Normalmente esto es más fácil con sacerdotes de una edad semejante, con los que se tiene cierta afinidad y se pueden compartir tiempos de oración, de descanso, de reflexión y, hasta idealmente, los propios bienes.

Trabajar por una eclesiología de la comunión implica además trabajar por la ministerialidad de la Iglesia, no sólo por la eventual carencia de sacerdotes, sino movidos por una profunda convicción teológica y eclesial. En esta materia necesitamos estrenarnos para trabajar con laicos, para delegar funciones en servidores y ministros, para compartir la tarea con otros hermanos y ni siquiera pretender tener todas las habilidades que a veces la gente pide –o supone– de sus curas.

3.8. La formación social

La formación social también debe ser cuidada y reflexionada en diversos aspectos. Pensamos, en primer lugar, en esa vida social que responde las continuas invitaciones que recibe un sacerdote para estar presente –o solemnizar con su presencia– bodas, bautizos, inauguraciones, graduaciones, bendiciones de locales. Es importante poner estas presencias al servicio de la misión y no dejarse marear por ellas. Es triste ver la foto repetida del mismo sacerdote en las páginas de la vida social del periódico de más circulación... La gente lo nota y también menea la cabeza.

Pero, donde se requiere una formación más dedicada, es en la participación del sacerdote en el campo político y social, para lo cual también es requerido. En esta dimensión del ministerio hay que ser particularmente honestos para no confundir las opciones personales con las posturas propias del Evangelio. Así como hay que evangelizar lo político y lo social, es necesario que el neopresbítero (y los mayores también) nos dejemos evangelizar por el magisterio de la Iglesia y por la práctica del discernimiento.

Este es un campo especialmente sensible tanto por las repercusiones que tienen nuestras opiniones políticas y nuestras actividades sociales como porque se trata de temas que despiertan las pasiones y, por lo mismo, cuesta mucho ser serenos y no enfrentarnos ni descalificarnos al tratarlos.

En fin, hay otro elemento en lo que hay mucho que aprender y es en nuestro trabajo en favor de los más pobres. No sólo se requiere profundizar y asumir la opción preferencial, sino también conocer los pro y contra de las obras asistenciales en favor de los pobres, la conveniencia y funcionamiento de ciertas fundaciones, etc.

3.9. La misión y la caridad pastoral

A lo largo de la vida presbiteral está siempre presente la pregunta de cómo unificar los “cuatro pilares” de la formación: el intelectual, el afectivo, el espiritual y el pastoral. En un sacerdote secular no cabe sino una respuesta: el eje unificador –la trama de su vida– es la misión o, en otras palabras, la caridad pastoral. Nuestra vida, bendito sea Dios, se confunde con la misión. En palabras del Beato Alberto Hurtado: “oh bendita vida activa, toda ella consagrada a mi Señor, cuyo mismo exceso me hace volverme a El”.

En un sacerdote secular el encuentro con Cristo vivo se experimenta en la misión y ese encuentro se experimenta, a la vez, como un nuevo impulso para volver a la misión. Así la misión contemplada y la contemplación hecha misión definen la vida de un sacerdote secular. Días atrás lo decía el Pastor Philip Potter, ex Secretario General del Consejo Mundial de Iglesias: “el ministerio pastoral se realiza con la Biblia en una mano y con el periódico en la otra. La Biblia sin el periódico pierde relevancia. El periódico sin la Biblia, carece de sentido”. Es una sentencia que ya había escuchado en otros labios y que, en su sencillez, grafica muy bien lo que tratamos de decir.

En el acompañamiento personal y pastoral es importante que el neopresbítero descubra a Cristo presente unificando su vida desde la misión. Cristo está presente cuando acojo, animo y acompaño; cuando anuncio el Evangelio, cuando catequizo su Mensaje, cuando celebro sus Misterios; cuando articulo la comunión, cuando me abro a la solidaridad o cuando simplemente regalo mi tiempo más gratuito para dialogar con quien se acerca o para ejercer mi paternidad en el acompañamiento espiritual.

Lo que da unidad y dinamismo a la misión, lo repetimos, es la caridad pastoral que, en cierto sentido, también podríamos llamar caridad paterna. Es lo que expresa lo más profundo de nuestra vida, lo que llena nuestros vacíos, estimula nuestra creatividad, lo que a veces nos arranca lágrimas de impotencia y sufrimiento, lo que nos lleva a arriesgar la vida en la denuncia y a disfrutarla en tanta gratuidad que diariamente damos y recibimos. En la caridad pastoral se encuentra, pues, el núcleo de la personalidad de un pastor. Ese es el que tenemos que someter a la formación continua, permanente e integral, y a la acción del Espíritu que nos da como un regalo la caridad pastoral.

3.10. La conversión pastoral

Ecclesia in America nos invita a vivir en permanente conversión. Se trata de procurar “una auténtica identificación con el estilo personal de Jesucristo, que nos lleva a la sencillez, a la pobreza, a la cercanía, a la carencia de ventajas, para que como El, sin colocar nuestra confianza en los medios humanos, saquemos, de la fuerza del Espíritu y de la Palabra, toda la eficacia del Evangelio, permaneciendo primariamente abiertos a quienes

están más lejanos y excluidos. Para ser pastores según el corazón de Dios, es indispensable asumir un modo de vivir que nos asemeje a El"... (IA 28.2).

Pero además, nos invita a una "conversión permanente" (IA 28.1) en el contexto jubilar. Con ello apunta a una necesidad vital de la Iglesia cual es la permanente conversión de su vida pastoral. No se refiere, pues, sólo a la conversión personal, sino también a la conversión al Evangelio de nuestras prácticas, de nuestras instituciones –"ecclesia semper reformanda"– de nuestras comunidades.

Un ejercicio muy propio del ministerio secular es el de asumir constantemente las nuevas orientaciones de la Iglesia, expresada en Concilios, Sínodos, Planes Globales, Orientaciones Pastorales, lo que mantiene siempre disponible y vigente el corazón del pastor. Eso contribuye a desapegarlo de las formas conocidas y practicadas, y abrirlo a los "nuevos métodos y a las nuevas expresiones" tan propias de una Nueva Evangelización. Con toda la riqueza que aportan a la Iglesia los movimientos y nuevas comunidades, cuando un presbítero se hace plenamente parte de ellas, pierde un poco de la disponibilidad apostólica más amplia que pide de nosotros el ministerio pastoral y queda excesivamente vinculado a los métodos y los caminos de tal o cual espiritualidad.

Esta conversión permanente, en el caso de los neopresbíteros, se verá muy favorecida teniendo experiencias de retiro con sus pares, que reforzarán "desde dentro" los elementos que se van adquiriendo en los talleres de formación y en el acompañamiento personal.

4. Los tiempos de un proceso de acompañamiento pastoral

Al concluir estas reflexiones, que sólo pretenden ayudar a encontrar los mejores métodos de acompañamiento personal y pastoral a los neopresbíteros, nos permitimos dar algunas sugerencias en cuanto a los tiempos de esta formación:

- Mi experiencia personal me enseña que el paso entre filosofía y teología es un momento clave de la formación. En Chile se practica con buen resultado el tener un retiro de un mes (de curso y en silencio), el hacer el año pastoral, normalmente en una Parroquia, manteniendo un contacto periódico con el Seminario. Es el tiempo en que, en general, se define la vocación y aparecen los desafíos pastorales que no se logran ver en los apostolados de fin de semana. El seminarista aprende como viven los sacerdotes y puede empezar a prepararse para el momento en que a él le toque el relevo. La experiencia dice que, en general, llegan más motivados para el estudio y más preocupados de su preparación espiritual y pastoral;

- Momentos claves, lo sabemos, son los pasos previos a la ordenación desde el Rito de Incorporación entre los candidatos al presbiterado hasta la Ordenación sacerdotal. Antes del Diaconado o de la misma Ordenación, aconsejaría la larga carta de autoconocimiento que presenta el candidato al Obispo y que el Obispo responde personalmente, haciéndose cargo de este "próvido colaborador" que le da el Señor;

- Es ideal que, terminados los estudios teológicos, antes de recibir la Ordenación diaconal, el Obispo discierna el primer apostolado del candidato que ojalá sea en una Parroquia, por su universalidad. Es importante que éste se vaya a vivir a la Parroquia de inserción o “aterizaje” meses antes de su ordenación diaconal. En ella puede recibir el diaconado, con el apoyo de la comunidad. Allí preside su primera Eucaristía y en ella, ojalá en una experiencia de fraternidad presbiteral, vive sus primeros dos o tres años de ministerio. En un mundo tan cambiante es necesaria la estabilidad para poder asumir mejor el vértigo de los cambios;

- En este período –y hasta los cinco años de ordenado- se organizan los estudios y tutorías (Cf. 3.3.), de una manera programada y conocida ojalá desde antes de ordenarse. La forma de organizar estos tiempos, sus contenidos y experiencias eventuales, dependerán de las necesidades de los neopresbíteros y de las posibilidades de cada Iglesia Particular;

- Una pregunta me ha rondado mientras redactaba estas líneas. Todo en la vida tiene su tiempo de madurez: lo tiene el noviazgo, el matrimonio, el primer hijo, los primeros desencuentros, etc. Gracias a Dios y a la sabiduría de la vida no todo se da de zopetón. ¿No será posible también pensarlo en el ministerio presbiteral? Me atrevo, pues, a sugerir que ningún neopresbítero viva solo, por ningún motivo. Me atrevo también a sugerir que ninguno sea nombrado Párroco – salvo error u omisión – antes de haber cumplido estos primeros cinco años de experiencia y acompañamiento. Y, quien tenga talentos para el estudio, que de ninguna manera viaje al extranjero antes de unos dos años de experiencia pastoral. En este último caso, será necesario que el presbítero sea enviado por su Obispo y realice estudios para enriquecer su ministerio pastoral y no sólo sus gustos o aficiones;

- Interesante será estudiar los quinquenios posteriores en que sería bueno tener momentos fuertes de encuentro sacerdotal, por generaciones o edades semejantes, como se realiza por ejemplo, en la Arquidiócesis Guadalajara, donde cada cinco años se pide un mes de reciclaje a cada generación sacerdotal. En esas semanas la diócesis se preocupa de la salud física y espiritual de sus sacerdotes así como de la puesta al día en temas morales, teológicos y pastorales. Con la facilidad de viajar que existe actualmente, sería hermoso poder realizar –en grupo de sacerdotes– una peregrinación a Tierra Santa, a Roma y a otros lugares que contribuyen a nuestra formación, además de proveer cursos más largos de aggiornamento, en el espíritu de la Pastores Dabo Vobis (N. 70-81).

CRONICA

REAVIVA EL DON QUE DIOS HA PUESTO EN TI

*Curso prolongado de Formación Permanente,
Villa Allende - Córdoba. Mayo/Julio de 2002*

En septiembre del año 1998, ya se hablaba, en el Secretariado Nacional para la Formación Permanente del Clero, de este curso “sabático” a realizarse en un futuro no muy lejano. Este Secretariado, compuesto por sacerdotes representantes de las regiones eclesiales del país, tiene como función ser el organismo consultivo y ejecutivo de la subcomisión para la formación permanente de los presbíteros de la CEMIN.

Luego de un primer borrador que se puso a consideración de los obispos se fue avanzando para dar forma a este proyecto. Se buscaba crear en Argentina, un espacio sabático para el clero diocesano. Teniendo en cuenta el estilo de vida ministerial de nuestro clero, se sabía que era imposible hablar de que el sacerdote deje las tareas pastorales por un año, por eso se lo definía como “curso sabático” de una duración más breve.

Esta definición también tenía algún límite: que pareciera que el centro estaría en la actualización intelectual y en un formato “académico”, pero lo que se esperaba era tocar las cuatro dimensiones de la formación permanente por igual (intelectual, espiritual, humana y pastoral), renovar el gusto por la oración, la lectura personal, la reflexión pastoral, todo en un clima de renovación de vida y ministerio, viviendo una experiencia importante de fraternidad sacerdotal. Que no sea un corte con la vida ordinaria, sino un tiempo para recuperar hábitos que las exigencias de la vida ministerial nos hacen perder.

Luego de haber analizado algunos borradores y recibido impresiones de los obispos y consejos presbiterales, es en junio de 2000 donde se empieza a caminar decididamente para concretar esta propuesta. Se reformulan objetivos y se empiezan a barajar nombres de sacerdotes para coordinar y acompañar esta experiencia. En octubre del mismo año se define la fecha de realización y su duración: año 2002 durante tres meses.

En marzo de 2001 ya se contaba con el rector del curso y el director espiritual: Hugo Santiago, de Rafaela, y Daniel Moreno, de Quilmes. Ellos se encargarían de coordinar todas las tareas de esos meses, los expositores de los temas, las salidas pastorales, y en lo previo, las entrevistas con los candidatos.

También se definió el lugar. Sería en la Casa de Retiros de las Hermanas de la Consolación, en Villa Allende, Córdoba. Un lugar apartado y sereno, pero al mismo tiempo cerca de un centro urbano. A sólo 20 km. de la ciudad de Córdoba permitía tener acceso a lugares culturales y de esparcimiento.

Se decidió llamar a esta experiencia “Curso prolongado de formación permanente” y lo que lo definía era la cita bíblica “Reaviva el don que Dios ha puesto en ti” (2 Tim. 1, 6). Definido esto, en la última reunión del Secretariado antes del curso (marzo de 2002), se ubicó el gesto pastoral (visitas a la cárcel, a un hogar de niños, y a un barrio con varias capillas) para profundizar en el tema de la espiritualidad apostólica.

El curso en marcha...

Los sacerdotes comenzaron a llegar domingo 4 de mayo, pero sobre todo el lunes 5, día que comenzaba este encuentro. La casa de las hermanas de la Consolación es un lugar más que adecuado para esta experiencia. Apartado de todo ámbito ciudadano, pero al mismo tiempo cercano a lugares céntricos: a 4 km del centro de Villa Allende y a 20 de Córdoba. A través de las rutas está cerca de lugares lindos e históricos para ir a visitar. En medio de la sierra, con espacios para la oración y el silencio. Las habitaciones eran cómodas, con baño privado y todas con una vista muy linda.

El clima entre los curas fue muy bueno de entrada. Todos estaban con mucha expectativa y con deseos de aprovechar y valorar esta experiencia nueva.

El más joven tenía 35 años y el más grande 52. Aunque el más “anciano” era Miguel Grimaux, de 73, que estaba en la casa de las hermanas viviendo un tiempo sabático y se integró a este grupo. Pasó a ser el “abuelo” de todos. El promedio de edad estaba en torno a los 42/43 años.

Fue muy dolorosa la partida de Walter Marchetti, a las tres semanas, a causa del fallecimiento de su Vicario Parroquial (Pbro. Eduardo Barucco, de 34 años).

El comienzo

Todo comenzó con un día y medio de actividades de integración guiados por la psicóloga social Sandra Martínez. Ayudó a un conocimiento e integración más rápida. Se notaba que todos compartían la necesidad de estar ahí y el compromiso por cuidar y valorar ese espacio de renovación sacerdotal.

Las expectativas con respecto al curso que se compartieron en distintas dinámicas fueron: renovar el don de la vocación, tener un tiempo de descanso lejos de nuestras actividades cotidianas, recuperar el gusto por la lectura, el estudio y la reflexión, dedicar más profundamente tiempos para la oración y el encuentro con Jesús, y tener una experiencia profunda de fraternidad sacerdotal.

El martes a la noche comenzó el retiro de silencio hasta el sábado. Las reflexiones estuvieron a cargo de Raúl Troncoso, que con una gran sencillez y llevado por textos del evangelio, hizo renovar la respuesta al llamado de Jesús de seguirlo. El retiro tenía como título: “la segunda llamada”. Hubo un clima de mucha oración. Fue importante comenzar estos tres meses con un retiro ya que marcaba la intención de los que estaban allí: renovar el encuentro con Jesús.

La vida comunitaria

Al terminar el retiro empezó el desafío de armar y organizar la vida comunitaria. Algunos tenían dudas de “aguantar” tanto tiempo en la convivencia o extrañar la propia comunidad parroquial o sus actividades cotidianas. El horario se organizó de la siguiente manera:

8.00 hs. Laudes
8.30 hs. Desayuno
9.00-12.30 hs. Estudio
13.30-16.00 hs. Descanso
16.00-18.00 hs. Estudio
18.00-19.30 hs. Silencio,
oración, libre
19.30 hs. Eucaristía
20.30 hs. Cena

Las primeras semanas fueron importantes para conocerse entre todos los sacerdotes. Las comidas, en mesas de cinco o seis, permitían el diálogo y el intercambio. Las charlas por la noche y los pequeños grupos de reflexión que los expositores de los temas iban proponiendo. Todo ayudaba para ir descubriendo a los otros y crear un clima de fraternidad.

Fue una ayuda grande los paseos organizados por Córdoba. El primero de ellos se hizo al poco tiempo, el domingo 19 de mayo. Con la ayuda del arquitecto Jorge Bettoli, que hizo de guía. Se visitó la catedral de Córdoba, la Iglesia de las Carmelitas Descalsas, la Iglesia de los Jesuitas y el museo.

Más adelante, el 16 de junio, se visitaron las Estancias jesuíticas de “Santa Catalina” y “San Isidro Labrador” (en Jesús María) y el museo de Colonia Caroya. Y el domingo 14 de julio se visitó la parroquia “Ntra. Sra. Del Carmen” en Carlos Paz, como parte de sus fiestas patronales. Allí el párroco, Daniel Fratín y su Vicario Martín Bastos, organizaron un loco y un paseo por la ciudad, terminando en las sierras, pasando Tanti, admirando un paisaje maravilloso.

Finalmente el lunes 22 de julio todos fueron a Villa Cura Brochero, donde se celebró la Eucaristía y luego de un almuerzo en la parroquia se realizó la evaluación de estos tres meses. Como recuerdo se bendijeron y entregaron unas estolas a cada sacerdote.

Pero además, hubo tiempo para ir al cine varias veces y pasear por la ciudad de Córdoba. Muchos salían a caminar o correr, o a andar en bicicleta por las tardes. Todo esto, unido a la Eucaristía concelebrada diariamente, a los momentos de oración comunitaria, ayudó para que el clima de convivencia sea de amistad y de verdadera fraternidad.

El estudio y “las clases”

También hubo mucha expectativa para comenzar lo que serían las “clases”. Todos esperaban, y así estaba pensado, que no se transformen en algo meramente académico sino que a través de ellas y los temas propuestos, se pudiera reflexionar, dialogar, y leer bibliografía propuesta de modo personal y en grupo.

Los temas estaban divididos en tres dimensiones: en mayo, formación teológica; en junio, formación humana y afectiva; en julio, formación pastoral.

El primer mes se dieron los siguientes temas: “Vivir de cara al Padre”, temas de formación bíblica a cargo del Pbro. Lic. Damián Nannini. “El sacerdocio en los Padres de la Iglesia”, por el padre Roberto Peña OSB, del Monasterio de los Toldos. “La presidencia de la Eucaristía”, a cargo del Padre Miguel Angel D’Annibale donde se trabajó el tema de la “Comunicación en la Liturgia”.

El mes de mayo terminó con los padres jesuitas Diego Fares y Ángel Rossi que hablaron sobre “El discernimiento espiritual”, en la línea de cómo acompañar al pueblo de Dios y el discernimiento personal. Este tema fue como una preparación a los que siguieron, entrando en la dimensión humano-afectiva, y formaron entre los tres una gran unidad.

Así en junio comenzó con el Padre chileno Álvaro González, psicólogo, que trabajó sobre “La vida afectiva del presbítero”. La metodología utilizada, con frecuentes preguntas para responder en pequeños grupos provocó un clima de mucha confianza entre los sacerdotes y de un profundo trabajo interior en cada uno. Trabajar esta dimensión para todos fue una novedad, ya que como herramienta de formación era la primera vez que se recibía. El Padre Horacio Alvarez completó este itinerario iniciado en la semana anterior, trabajando sobre un artículo de Amadeo Cencini “El sacerdote: identidad personal y función pastoral”. Con material de Mons. Uriarte se analizó la vida sacerdotal en sus distintas etapas de maduración e identificación.

Estos tres temas ayudaron a mirar el propio corazón, el modo de vivir el ministerio, la relación entre la afectividad y la tarea pastoral, etc. Fueron tres semanas de trabajo hondo y profundo mirando la propia persona en la cual el sacerdocio se asienta.

La dimensión humana se completó con la presencia de Mons. Arancibia, con una metodología muy interesante y amplia bibliografía, que trabajó la “Vida teológica del sacerdote” y Mons. Franzini que lo hizo sobre “la vida sacerdotal en el magisterio postconciliar”. Temas como la “caridad pastoral”, y el contenido de “Pastores dabo vobis” fueron trabajados en esos días.

En julio se acentuó la dimensión pastoral. El clima era más distendido y se comenzó a notar el cansancio por el tiempo transcurrido. Ya en algunos aparecía el deseo de volver a sus parroquias. Sin embargo, no sin esfuerzos se continuó con lo programado.

La primera semana la Hna. Josefina Llach y luego el P. Eduardo Sheining trabajaron sobre “Iglesia diocesana y planificación pastoral”. Luego fueron los padres Hugo Massimino y Luis Rodríguez, de los Cooperadores Parroquiales, quienes propusieron elementos sobre “El acompañamiento espiritual en una iglesia local”. Parte del equipo de los Talleres para Párrocos, el P. Guillermo Vido y la Psicóloga Social Carola Blaksley presentaron el tema “El párroco, pastoreo y gestión”, dando un perfil del párroco a la luz de la parroquia renovada y elementos de “liderazgo” en la animación pastoral.

Al finalizar esa semana, el día viernes 19 de julio, el Sr. Rodolfo Núñez presentó los objetivos de “Evangelización 2000” para que los sacerdotes hagan una experiencia misionera casa por casa el día siguiente, en los lugares donde se había estado ayudando los fines de semana.

En la última semana, nuevamente Mons. Franzini, guió el trabajo de pensar una continuidad en la formación permanente personal y diocesana. Para esto se acercaron los sacerdotes miembros del Secretariado de Formación Permanente, y su director el padre Gustavo Zanchetta. Se presentaron actividades que se están realizando en el país y en otras diócesis del exterior. Se escucharon aportes y se hizo una breve evaluación de este curso, valorado como espacio adecuado de formación permanente.

Las actividades pastorales

Mientras pasaban las semanas con los temas de formación se realizaron distintos gestos pastorales. Los sábados de mayo se realizaron visitas puntuales y durante junio y julio los sacerdotes eligieron uno de esos lugares pastorales para continuar las visitas hasta el final del curso.

Se visitó la cárcel de Córdoba. Allí su capellán, el padre Hugo Olivo, motivó un encuentro con internos y con ellos compartió su experiencia pastoral.

También se visitó el hogar de niños del Padre Aguilera en Unquillo. Allí son alojados 600 niños y adolescentes ubicados en pequeñas casas, cada una con matrimonios voluntarios que hacen de “papá” y “mamá”.

Y finalmente, la parroquia “Ntra. Sra. de la Visitación y San Alfonso”, a cargo del padre Tomás Pastorino que abarcaba un territorio muy amplio con algunos barrios marginales y carenciados. Organizada en 17 capillas y centros comunitarios. Allí varios sacerdotes continuaron sus visitas, celebrando misas en distintas capillas los sábados por la tarde, viendo enfermos y bendiciendo casas. También aquí se realizó la misión casa por casa en distintas áreas de la parroquia.

La espiritualidad

Además del retiro inicial, varios lunes se dedicaron por entero a la oración. Tanto Hugo Santiago, como Daniel Moreno, en dos grupos, daban pautas para la reflexión personal. Por la tarde se compartía lo rezado y se creaba un espacio de intercambio y diálogo desde la propia vida espiritual de cada sacerdote.

La Eucaristía diaria, celebrada con mucho entusiasmo, con el aporte enriquecedor de quienes sabían tocar guitarra y cantar. La oración comunitaria de Laudes y la exposición del Santísimo durante la semana fueron aprovechados como espacios de encuentro con Jesús. También, a partir de las acciones pastorales, el padre Hugo Santiago, en distintas misas durante la semana, ayudó en la reflexión sobre la espiritualidad apostólica.

Las hermanas de la casa “Ntra. Sra. de la Consolación”

Un párrafo aparte merecen las hermanas de la casa. La Superiora: Madre Huertas, la Madre Isabel y las hnas. Valle, Fátima y Adriana (por poco tiempo hasta un cambio de destino), junto con la cocinera Sra. Mónica, hicieron que la estadía haya sido vivida como un “estar en casa”.

Dispusieron todo con mucha confianza, para la comodidad de la vida comunitaria. Fueron flexibles en los horarios, dispuestas para cambios en lo programado, con las puertas abiertas de la cocina, hasta de la heladera!!!!, siempre con mucha cordialidad y alegría.

Ellas ofrecieron a los sacerdotes en esos tres meses lo que es propio de su carisma: crear un espacio para percibir y recibir el consuelo de Dios.

Conclusión

La evaluación de esta experiencia fue muy buena. Este espacio de tres meses parece adecuado como mediación pedagógica para concretar un ámbito de formación permanente. Todos los sacerdotes se fueron con sus expectativas colmadas y hasta superadas.

Quedan cosas que cambiar para aprovechar mejor esta estructura, tanto en la organización de los temas como en la metodología utilizada. Para algunos faltó un retiro más prolongado en las semanas finales. Es mucho lo que se recibió, y faltó al final el tiempo sereno para decantar todo.

Sin embargo el sólo hecho de dejar por tres meses las habituales tareas pastorales y enriquecerse por todo lo recibido, hicieron que esta experiencia sea muy valorada por todos.

Hubo al final un sentimiento generalizado de acción de gracias a Dios y a todos los que hicieron posible que esta primera experiencia se haya completado, junto con el deseo que se siga repitiendo para que otros sacerdotes del país tenga la oportunidad de renovar su vida sacerdotal.

TESTIMONIO

LA SEGUNDA LLAMADA

*Pbro. Hernán David
Diócesis de Mar del Plata*

Estando de retiro en el Monasterio de Los Toldos, le escuché en la misa al Padre Mamerto Menapace, que había leído en un libro, creo que llamado “Las parábolas al revés”, una que correspondía a la que ese día proponía la liturgia: “El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido en un campo, un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder, y lleno de alegría vende todo lo que tiene y compra el campo..., pero al tiempo aquél hombre comienza de a poco a rematar el tesoro para comprar todo lo que había vendido”...

Creo que en la vida nos suele suceder parecido. En un momento lo hemos entregado todo, pero a veces queremos como recuperar lo entregado, aquello que un día dejamos, vendimos, frente a la opción que Dios nos invitaba a hacer. O tal vez descubrimos que no todo, en realidad, habíamos vendido.

Este Curso de Formación Permanente ha tenido, justamente, como lema la recomendación de Pablo a Timoteo: “Reaviva el don de Dios que está en ti” (2 Tim 1, 6). En general todos los que participamos nos encontramos en lo que suele llamarse existencialmente “la mitad de la vida”. Al comienzo el P. Raúl Troncoso, en el retiro, nos invitó a vivir este tiempo, este momento de la vida, como el espacio en el cual Dios nos hace una “segunda llamada”. Creo que así he vivido y disfrutado este encuentro de tres meses.

La actualización de ciertos temas, y más bien la revisión de la propia vida y del ministerio fue la clave de este espacio compartido. Personalmente, todo lo referido a la espiritualidad propia como clero diocesano, desde la caridad pastoral como la dimensión totalizadora de nuestra vida, hasta el diálogo sobre lo que tiene que ver con nuestra afectividad, sexualidad e integración humana, me han servido de mucho, tal vez porque son ámbitos en los cuales mi formación no puso demasiado el acento y porque temas que siempre requieren una mirada nueva desde cada etapa de la vida.

Siempre he valorado la dimensión fraterna de nuestra vida sacerdotal y, gracias a Dios, tengo espacios lindos donde compartir mi vida con otros curas. Creo que también este es un punto a destacar en estos tres meses: el espacio fraterno, muchas veces profundo en el diálogo de lo que reflexionábamos y compartíamos.

Ha sido bueno el que sea un tiempo importante en cantidad el que se nos propuso. Si bien cuesta estar lejos de nuestra gente y nuestra vida pastoral, el tiempo prolongado me ha ayudado a entrar en serio en la propuesta de reflexión y sobre todo a disfrutar y recuperar el gusto por la oración serena y la lectura.

Como suele pasar cuando nos damos tiempo, la memoria agradecida de mi vida, de la historia de Dios en mí, me ha hecho valorar lo recibido y agradecer, muchas veces en la oración, como también vislumbrar nuevos desafíos a los que el señor me invita.

Quiera Dios que este tiempo privilegiado que me ha regalado se haga fecundo en mi entrega a El, a su gente, a la Iglesia. Valió la pena.

TESTIMONIO

A PARTIR DE LOS CUARENTA

*Pbro. Carlos Fernando Barrientos
Diócesis de San Martín*

Sólo sé que la vida avanza inexorablemente, pero cada día, así como no vuelve, así es de único e irrepetible, de extraordinario y de bello.

Pero sin duda el sacerdocio ministerial, imprime la certeza que cada día es novedad, es impredecible, es nuevas oportunidades de amar, de entrecruzar la fe y la esperanza.

A veces me quedo pensando en qué “pensaba” Dios, -valga- cuando me llamó, cuando confió en mí, cuando la búsqueda se detuvo en mi corazón. Y en esto los santos me enseñan: es la gratitud de su amor, es la maravilla de su mirada y es lo fascinante de su cariño.

¿Qué hacer a partir de los 40?

Mil y una vez me hice esta pregunta, y muchas veces no hubo respuesta y en otras intente balbucear alguna. Aunque frente a esta pregunta me surge otra: ¿qué desea mi corazón, mi ser, para este tiempo?

Desea:

... seguir experimentando la misericordia de Dios en cada caída, en cada pecado, en cada falta de amor.

... que crezca mi fidelidad en “cada momento”, para que cada momento sea único en el amor a Él.

... que el sacerdocio confiado heche raíces en sus manos paternas, que me enseñan a consolar, acariciar, alentar.

... que la cruz del dolor se torne en “chances” de purificación, de conversión, de aceptación.

... que la fe recibida en mi familia e iluminada en mi ministerio, contagie el amor entregado a Jesús.

... que cada fracaso sea un “tiempo lindo” de re-verme en mi interior no perdiendo la alegría.

... que pueda crecer en fraternidad, con los que quiero y con los que “no banco”, para ser universal en mis gestos y en mi sentido de hermandad.

... que cada gozo vivido desde el Evangelio sea contagioso, profundamente alegre y tremendamente renovador.

... que el paso de los años me ayude a “saborear” la presencia divina cada día, en cada palabra, en cada signo.

... que el Evangelio “queme” mis entrañas, y mi boca no cese de anunciar la Buena Noticia, sea donde sea, más allá de las fronteras, o más acá de mi historia.

... que el dolor y los límites personales sean “espacios” de recreación, de serenidad, de oración agradecida y de abandono.

... que mis momentos de desesperanza los noten sólo aquellos que me quieren y que igual sigan caminando conmigo.

... que cada día sea el “regalo esperado” y la “ocasión más buscada” para que Jesús se encuentre conmigo.

... que un día me pregunte si lo amo y yo pueda decir con Pedro: “Tu lo sabes todo... sabes que te quiero”, y vuelva a escuchar “sígueme”.

En fin.... deseo que a partir de los 40 viva en la insondable bondad del Padre, en la cercana amistad del Hijo y en la luminosa presencia del Espíritu Santo. Amén.

Villa Allende. Córdoba. Julio 2002.

FORMACIÓN HUMANA

SACERDOTES EN TRANSICIÓN: FORMACIÓN PERMANENTE Y CAMBIOS DE DESTINO

Este texto está tomado del "Plan básico para la formación permanente de los sacerdotes", realizado por la Conferencia Episcopal de EEUU en agosto de 2001. En una Segunda Parte desarrolla el tema "Formación en edades diferentes". Allí proponen este itinerario: A) Un buen principio: FP en los primeros años del sacerdocio; B) Sacerdotes en transición: FP y cambios de destino; C) Los sacerdotes como párrocos: la FP y el primer servicio como párrocos; D) Sacerdotes de mediana edad: FP después de un cierto número de años de vida presbital; E) Sacerdotes que crecen en sabiduría y gracia: FP y clero mayor. Publicamos aquí el capítulo B) que analiza los desafíos humanos, psicológicos y de Fe que todo cambio ofrece.

INTRODUCCIÓN

Una de las disertaciones más conmovedoras en los Hechos de los Apóstoles es el discurso de despedida en Mileto (Hech. 20, 17-38), donde Pablo se despide de los presbíteros de Efeso. En verdad, dice que debe irse: "Ahora voy a Jerusalén, atado por el Espíritu" (20, 22). Su futuro es incierto, incluso frágil: "Sin saber lo que me sucederá, solamente que en cada ciudad el Espíritu Santo me advierte que me esperan prisiones y pruebas" (20, 22-23). Su fe y sentido de misión lo llevan a través de la transición: "Pero ya no me preocupo por mi vida, con tal de que pueda terminar mi carrera y llevar a cabo la misión que he recibido del Señor Jesús: anunciar la Buena Noticia de la gracia de Dios" (20, 24).

De la experiencia de Pablo está llena la de los sacerdotes que cambian de destino. A menudo, alguna necesidad marca su cambio, quizás una política diocesana de períodos limitados en los destinos. Los presbíteros frecuentemente experimentan incertidumbre sobre "el siguiente paso". Finalmente, así como la partida de Pablo, la experiencia de un cambio de destino contiene significativas posibilidades espirituales y religiosas. El tiempo de cambio ofrece oportunidades formativas, una ocasión en que los sacerdotes pueden abrirse a la acción transformadora de Dios dentro de ellos.

La siguiente sección describirá el acontecimiento de cambiar de destino, seguida por una segunda sección sobre las tareas y desafíos que acompañan el cambio. Una tercera sección explorará los aspectos espirituales de esta experiencia en virtud de los temas de tentación, gracia y discernimiento. Una sección final identificará posibles programas y respuestas a las necesidades formativas de los sacerdotes en transición.

ACONTECIMIENTO

Otras partes de este Plan Básico de Formación Permanente están vinculadas a puntos cronológicos específicos en la vida e itinerario de la fe de los sacerdotes. En el sacerdocio, sin embargo, las transiciones ocurren en cada etapa de la vida. La edad y la experiencia pueden determinar la manera en que se hace frente a la perspectiva y a las dificultades del cambio, pero la dinámica básica sigue siendo la misma.

Toda descripción del acontecimiento de la transición en la vida de los sacerdotes diocesanos debe también tener en cuenta las diversas formas que tal transición puede adoptar: de vicario parroquias a párroco (se habla de esto más adelante); de vicario parroquias en un lugar a vicario parroquial en otro; de párroco en un lugar a párroco en otro; de ministro parroquial a ministro no parroquial, por ejemplo, en educación, atención en salud o administración; de ministro no parroquial a un regreso al ministerio parroquial; del servicio en la diócesis al servicio sacerdotal fuera de la diócesis, por ejemplo, en las fuerzas armadas, las misiones o un préstamo a otra diócesis; y un retorno a la diócesis después de servir fuera de la diócesis. Los cambios de vicario parroquial y párroco son los más comunes, pero los otros completan el cuadro de cambios de destino.

Al describir el acontecimiento de la transición, es importante observar los dos aspectos que conlleva el cambio de destino. En un sentido, el paso de un destino a otro corresponde al sistema de personal o colocación. El cambio de destino es resultado de una decisión administrativa basada en las necesidades de parroquias e instituciones, la misión diocesana y los recursos disponibles de personal. Vistos desde esta perspectiva, los cambios de destino son análogos a los procesos seguidos en empresas, instituciones de educación, gobierno o fuerzas armadas. En el caso de los sacerdotes, sin embargo, se agrega una dimensión.

Además del aspecto administrativo, los cambios de destino de los sacerdotes incluyen también un aspecto formativo, un momento espiritual que marca sus itinerarios de fe. El cambio señala una oportunidad de reexaminar y profundizar la integración de identidad y servicio sacerdotal, de lo que soy y lo que hago por la misión.

En otras palabras, el acontecimiento de la transición para los sacerdotes es, o al menos, puede ser un momento sagrado. Esta perspectiva refleja las muchas historias bíblicas de movimiento y reestablecimiento, por ejemplo, la historia del viaje de Abraham a una nueva tierra, el viaje de liberación de Israel en el Éxodo de Egipto a la Tierra Prometida, el viaje de Jesús a Jerusalén y los viajes misioneros de Pablo. Todos estos viajes son formativos y transformadores.

Los viajes bíblicos de fe y la experiencia de las transiciones de los sacerdotes comparten momentos comunes: partir, trasladarse, comenzar.

Hay un cierre que comprende el despedirse y la partida en sí. Traslarse o estar en movimiento en ambos sentidos es propio de la transición. Finalmente, después de la llegada, la reiniciación en el ministerio y la vida puede empezar.

Los relatos de los viajes bíblicos, así como los relatos de la experiencia de los sacerdotes indican que el cambio es emocionalmente costoso y a menudo doloroso. Al mismo tiempo, puede producir inmensas ganancias y producir una infusión de nueva vida. Es una etapa de oportunidades.

TAREAS Y DIFICULTADES

Las tareas y dificultades de la transición pueden agruparse en torno a los momentos básicos de la transición: partida, traslado, comienzo. Cada momento combina tareas y dificultades que son tanto psicológicas como espirituales.

La tarea psicológica es aceptar y manejar el cambio. La tarea espiritual es responder a la invitación de Dios en el proceso de cambio.

Marcharse paulatinamente

Una partida paulatina es una primera tarea de los sacerdotes en transición. Es una señal de sensibilidad humana el no precipitarse. El discurso de despedida de Jesús en el Evangelio de Juan (Jn 14-17) nos dice que una despedida paulatina puede ser un acontecimiento sagrado.

La despedida paulatina comprende varios pasos. Primero, implica tomarse tiempo para decir adiós, enfrentar a la gente directamente y decir la palabra que marca el cambio en la relación con ella. A menudo, la gente debe tener la seguridad de que habrá todavía un contacto, no como era antes sino de alguna forma distinta. Amigos y colegas de confianza, por ejemplo, necesitan la seguridad de que no van a ser dejados atrás, aunque deba hacerse ajustes en las relaciones. Como la inclinación humana suele ser evitar despedidas penosas, es una tarea y un desafío enfrentar el cambio muy directamente.

Otra tarea a menudo difícil al despedirse es desprenderse de heridas pasadas o tratar de curarlas. Las heridas tienen que ver con asuntos no concluidos, y a menos que se los descarte o resuelva, pueden seguir teniendo un impacto negativo, incluso en una situación nueva. También se producen heridas cuando la partida no es voluntaria, sino sometida a la obediencia. Cada partida contiene su propio llamado a la reconciliación.

Aunque la gratitud puede surgir dentro de uno espontáneamente, expresar gratitud o decir gracias es una tarea y dificultad paulatinas. A través de la gratitud expresada y paulatina, los sacerdotes afirman su experiencia de ministerio sacerdotal, reconocen a las personas que han estado en el centro de su ministerio, y celebran las obras de la gracia de Dios. A la inversa, es importante dejar que la gente exprese su agradecimiento a su sacerdote, de modo que éste pueda saber lo que ha significado para ellos y ellos puedan reconocer lo que Dios ha hecho a través de él.

Finalmente, una gran tarea de despedirse paulatinamente comprende todo lo demás, los adioses, las conexiones, la reconciliación, las gracias, de alguna forma ritualizada. Ello normalmente incluye una misa y una fiesta. Estos no son simplemente acontecimientos pro forma. Para los católicos que valoran la sacramentalidad, la comunidad y la tradición, la ritualización de la partida es un ingrediente esencial que hace la despedida total y completa.

Trasladarse graciosamente

Las tareas y dificultades corresponden no sólo a la despedida sino también al proceso mismo de trasladarse. El gran desafío al trasladarnos es hacerlo con gracia. Ello quiere decir con la gracia de Dios y con un sentido de donación personal. Trasladarse graciosamente empieza con una sensación de paz y evita, a todo costo, un paso apresurado y frenético. Nuestro propio nerviosismo puede acelerar el paso e inducirnos a perder las oportunidades latentes en la experiencia del cambio.

Sólo con paz y calma pueden los presbíteros aprovechar las oportunidades personales, pastorales y espirituales que el cambio ofrece. Por ejemplo, el mismo proceso de trasladarse puede llevar a una revisión o fusión de ministerio y compromiso. En un entorno tranquilo, el cambio puede introducirnos en un profundo sentido de recogimiento, literalmente, de encuentro interior. Puede también invitarnos a reafirmar nuestros compromisos y a una rededicación al ministerio pastoral, a la vez que nos llama a reorganizar la manera en que hacemos las cosas y a una más plena conversión del corazón.

El proceso de trasladarse es un desafío particular para los sacerdotes diocesanos cuya incardinación en una diócesis los define en términos de geografía local y los inclina a una cierta estabilidad. El trasladarse de un destino a otro agudiza el desafío de cultivar un sentido misionero y un servicio social más amplio.

Empezar de nuevo

Al inicio de un nuevo destino se presentan tareas y dificultades obvias. Simplemente el conocer a la gente, familiarizarse con la historia local y palpar la cultura del nuevo lugar y gente son tareas y dificultades o desafíos prácticos, necesarios y bastante obvios. Sin embargo, al empezar de nuevo hay tareas y dificultades que son más sutiles.

La dificultad interior de empezar de nuevo es usar la experiencia pasada: sacarle provecho y emplearla de manera eficaz pero, al mismo tiempo, no verse limitada por ella. En otras palabras, lo ideal es usar la propia experiencia pero no tratar de repetirla, de depender del pasado, sino con gran apertura hacia un nuevo futuro. En el lenguaje espiritual tradicional de dones y virtudes, ello implica el cultivo de la sabiduría y la prudencia, una perspectiva más amplia nacida de la experiencia y un hábito práctico de hacer las cosas de la manera correcta (*recta ratio agibilium*), cultivada también por la experiencia práctica. Otra tarea y desafío interior es la reinversión personal en una nueva situación. La tarea es entregarse a la nueva gente, a un nuevo conjunto de circunstancias y a un nuevo llamado de Dios en la situación.

PREOCUPACIONES ESPIRITUALES: TENTACIONES, GRACIAS, DISCERNIMIENTO

La Biblia nos alerta de las muchas posibilidades espirituales latentes en itinerarios y cambios. Hemos hecho ver ya algunos ejemplos que van desde la marcha de Abraham a una nueva tierra hasta los viajes misioneros de Pablo. Cuando las preocupaciones espirituales están vinculadas íntimamente con nuestra experiencia, podemos estar seguros de que inevitablemente estarán presentes elementos de la tentación, la promesa de la gracia y la invitación al discernimiento. Y lo están.

Tentaciones

El proceso de cambio altera la vida y las pautas del ministerio, las rutinas predecibles y las expectativas ordinarias. Todo sufre una conmoción. Se trata de un periodo maduro para la tentación, la prueba que nos invita a reafirmar nuestros compromisos básicos, que trascienden circunstancias particulares.

El cambio de destino marca una pérdida, y ello a su vez puede causar una pérdida de ánimo, una inclinación al desaliento. La tentación al desaliento puede tener relación con el dejar atrás los logros alcanzados, con la perspectiva de tener que empezar todo de nuevo. O, a la inversa, al final de la labor encomendada se da uno cuenta de cuánto queda por hacer, y hay una persistente sensación de no haber concluido las cosas. En todo caso, la tentación llega como un impulso al desaliento, a perder el ánimo.

Otra forma de tentación tiene que ver con la inclinación a aferrarse a las seguridades anteriores. Puede adoptar, por ejemplo, la forma de estrecho apego a la experiencia pastoral anterior, tanto que puede debilitar o incluso bloquear un pleno traslado a un nuevo destino. También puede presentarse la tentación de no enfrentar la realidad. Evitar la problemática del cambio suele manifestarse como una renuencia a adaptarse a una nueva situación o a vérselas con realidades nuevas. Tal inclinación a la inflexibilidad es realmente una renuencia a seguir con las cosas como son, a querer crear un mundo propio.

La pérdida que acompaña al cambio puede tentar a una forma improductiva de ira. A veces esto se ve agravado por una sensación de injusticia en el proceso de cambio de colocación. Si uno se siente tratado injustamente en el proceso, en el momento de la transición pueden surgir heridas del pasado que inciten un espíritu de resentimiento.

Finalmente, una tentación muy humana y comprensible es el temor. El proceso de cambio descubre nuestra fragilidad y vulnerabilidad. Éstas, naturalmente, nos arrastran al temor, el temor que Jesús busca frecuentemente disipar en sus discípulos y apóstoles. En los Evangelios le escuchamos decir regularmente a los discípulos: “No tengan miedo”. El mismo hecho de seguir y ser enviado en misión por Jesús descubre nuestra desnuda humanidad y puede llevarnos a un terrible temor. Es una tentación que persiste.

Gracia

El proceso de cambio de destino no es simplemente una ocasión para la tentación. Es también, y más profundamente, una ocasión para la gracia, en que se hace más manifiesta la presencia de Dios y reconocemos que nos trasladamos no simplemente por nuestro propio poder sino en virtud de aquel que nos ama.

La gracia primordial del cambio de destino es la participación en el misterio pascual del Señor. El cambio que implica pérdida contiene una especie de muerte. Ofrece también una promesa e invitación a una nueva vida. De una manera a la vez notable y sumamente específica, el misterio pascual toma palpable posesión de los sacerdotes así dispuestos al proceso de cambio: Pablo lo expresa elocuentemente en la segunda carta a los Corintios, capítulo 4, que se convirtió en el leitmotif del documento *The Spiritual Renewal of the American Priesthood* (1973), que fue auspiciado por la Conferencia Episcopal de EEUU.

Otra gracia tangible en el proceso de cambio es la oportunidad de renovar el compromiso. Esta nueva ocasión de asumir de manera deliberada el ministerio y la vida llega como un gran don. Tal como las cambiantes circunstancias de un matrimonio, el primer hijo, un nuevo empleo, una muerte en la familia, el nido vacío, el proceso de envejecimiento, son motivación para renovar el compromiso de una pareja, así también los cambios de circunstancias de los presbíteros ocasionados al enviárselas a nuevos destinos se convierten en ocasión de gracia para renovar el compromiso.

Debe señalarse aquí una gracia final, aunque frecuentemente hay otras presentes en el proceso de cambio. En cuanto los sacerdotes dejan un destino y asumen otro, amplían el alcance de su misión. Los sacerdotes diocesanos no suelen considerarse como misioneros, pero sí participan, como en verdad toda la Iglesia participa, en la misión universal. Trasládase a un nuevo lugar y empezar de nuevo despierta la dimensión misionera de la vocación, del ministerio y de la vida de los sacerdotes. Se trata de una gracia o don de verdad, una participación en la misión misma de Jesucristo: “Como el Padre me envió a mí, así los envío yo también” (Jn 20, 21).

Discernimiento

La psicología ofrece ayuda humana a personas que luchan por adaptarse y ajustarse, especialmente a circunstancias nuevas y difíciles en la vida. Ofrece una esperanza para vivir la vida más eficazmente, con menos trabas debidas a la psicopatología de la vida diaria que puedan oprimirnos. Los sacerdotes en transición pueden valerse de la ayuda ofrecida por la psicología, que puede ser de provecho. Sin embargo, esta ayuda es insuficiente; los métodos psicológicos no llegan a tocar otra dimensión de la fe. En la fe, creemos que nuestras vidas son más que la suma de procesos biológicos, psicológicos y sociológicos. Son un itinerario hacia Dios. El discernimiento, la puesta a prueba de los espíritus, nos permite identificar y abrazar nuestras vidas de itinerario hacia Dios viendo los acontecimientos y movimientos a la luz de la fe.

Una primera tarea del discernimiento, que puede ocurrir en la oración personal o en el diálogo de dirección espiritual, es descubrir o develar el significado que tiene el cambio o la transición de destinos para la relación con Dios. Nuestro destino es la unión con el Dios Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Incluso ahora estamos en relación con Dios, aunque la forma y los aspectos de dicha relación no siempre son evidentes de inmediato. El discernimiento lee los acontecimientos con los ojos de la fe y descifra cómo este acontecimiento de la transición afecta nuestra relación con Dios, cómo podría acercarnos más a Dios, y qué respuesta exige de nosotros. Esta es la tarea fundamental del discernimiento para los sacerdotes en transición.

Otro proceso de discernimiento lee la situación de cambio a la luz de la fe e identifica la clase de desprendimiento apostólico a que podríamos ser llamados. Cada movimiento hacia delante en el itinerario espiritual es también una partida, un dejar ir, lo que no sucede en las generalidades sino en las particularidades de nuestro ministerio y vida. Por ello es esencial identificar, es decir, discernir el llamado preciso al desprendimiento que nos corresponde en el proceso de cambio. Cierta tipo de desprendimiento puede identificarse clara y fácilmente porque involucro realidades externas. También existe una invitación más sutil y significativa al desprendimiento interior de, por ejemplo, la renuencia, el temor o las anteriores seguridades. Este desprendimiento es apostólico porque vincula estrechamente con la misión.

El proceso de discernimiento puede aludir a materias muy prácticas. Por ejemplo, aunque uno sea llamado al desprendimiento y la partida, puede y debe quedar alguna continuidad y conexión, pero ¿en qué medida? ¿De qué manera? ¿Por cuánto tiempo? La sabiduría humana ofrece una perspectiva sobre estas cuestiones. La sagrada sabiduría de Dios ofrece otra perspectiva que nos permite identificar la voluntad y dirección de Dios. Así es como obra el discernimiento.

Si nuestro ministerio y vida no están constituidos simplemente por una cadena de acontecimientos, si en verdad están constituidos por un viaje sostenido hacia Dios, entonces debemos advertir en la fe lo que está aconteciendo. Así, cada momento, incluyendo los cambios de destino de los sacerdotes, se convierte en una ocasión para vivir una permanente conversión de la vida.

RESPUESTAS ROGRAMÁTICAS A LAS TRANSICIONES EN EL MINISTERIO SACERDOTAL

Obviamente, no se crean programas específicos para sacerdotes en transición. Alguien debe desarrollar y administrar programas que puedan ser útiles para abordar el acontecimiento, las tareas y dificultades y el discernimiento que son parte del proceso de transición. Sin embargo, los programas se desenvolverán más fluidamente si tienen los ingredientes esenciales y formativos para asistir a los presbíteros. Hay cuatro ingredientes esenciales que pueden dirigir la programación local, la cual debe respetar las necesidades particulares y los recursos disponibles.

Los ingredientes son (1) los intercambios de experiencias a fin de compartirlas, (2) la debida soledad, (3) los descansos adecuados y (4) el seguimiento.

Estos ingredientes y los programas que se desarrollan a partir de ellos deben estar siempre al servicio del tema recurrente de la formación sacerdotal permanente: la integración de lo que soy y de lo que hago por la misión. Dicho propósito es necesario para mantener debidamente alineados los programas y evitar que se salgan de curso.

Intercambios para compartir la experiencia

En gran medida, manejar el proceso de transición corresponde al individuo. Esto, sin embargo, no debe llevar a los sacerdotes al aislamiento. Por el contrario, los intercambios para compartir la experiencia ayudan a los sacerdotes a contextualizar sus propios itinerarios particulares y cobrar fuerza y recibir apoyo de los demás. Los intercambios para compartir la experiencia pueden incluir el diálogo con otros pares que experimenten, o que hayan experimentado recientemente un cambio de destino. Compartir con los pares puede constituir un consuelo y a la vez un desafío. Los intercambios para compartir la experiencia pueden producirse también en el contexto de conversaciones con un sacerdote-mentor, con un director espiritual o con amigos, sean laicos o sacerdotes, que se preocupan por el sacerdote en transición.

Debida soledad

Aunque la soledad no puede programarse, pueden arreglarse las condiciones para ella. Es un ingrediente formativo esencial en el proceso de cambio. En soledad y quietud, los sacerdotes pueden observar lo que está sucediendo en su ministerio y vida. En soledad pueden ir más allá de manejar la transición y dejarse llevar por el amor de Dios y la fe del pueblo al que sirven. En soledad pueden avenirse con el centro estable de su vida en Jesucristo, que está más allá de todo cambio.

Descansos adecuados

Vinculada con la soledad está la necesidad de descansos en el proceso de cambio, intervalos que permitan que tenga lugar el impacto formativo de la transición. En algunos casos, los períodos sabáticos son un descanso adecuado en el proceso de transición, un período extenso de estudio, oración y reposo entre destinos. A veces, un retiro crea espacio en la transición. Unas vacaciones prolongadas pueden también ser útiles. Cualquiera sea la forma, la cual variará además según las circunstancias individuales, los descansos adecuados son esenciales para abocarse al proceso formativo que está latente en las transiciones.

Seguimiento

Los sistemas de colocación se enfocan generalmente en “poner a alguien en algún lugar”. Puede o no puede haber seguimiento, pero para aprovechar las posibilidades formativas de la transición, es esencial. Una persona designada, por ejemplo, el obispo, un vicario del clero, un miembro de la junta de colocaciones, o alguien del sistema, debe acompañar a la persona en transición. La persona designada puede ofrecer aliento y plantear alguna dificultad o problema a la persona en transición. Puede también ayudar a identificar y facilitar la necesidad de reservar un tiempo para vacaciones o un retiro. Y lo más importante, la persona designada puede hacer recordar a la persona en transición que lo que está sucediendo es un momento sagrado, una parte de la misión general de la Iglesia y un ofrecimiento de gracia. Como se observó anteriormente, la rendición de cuentas ante Cristo, la Iglesia, el obispo y el pueblo al que se sirve debe marcar el proceso de crecer en el proceso de transición y a través de él.

INFORME

TEMA SACERDOTES EN LA CEA DURANTE LOS ULTIMOS 15 AÑOS

Este Informe fue preparado por la Comisión Episcopal de Ministerios (CEMIN) para ser utilizado, entre otros, como material de trabajo durante el desarrollo del tema "Presbíteros" que realizaron los obispos en la 82° Asamblea Plenaria (noviembre de 2001).

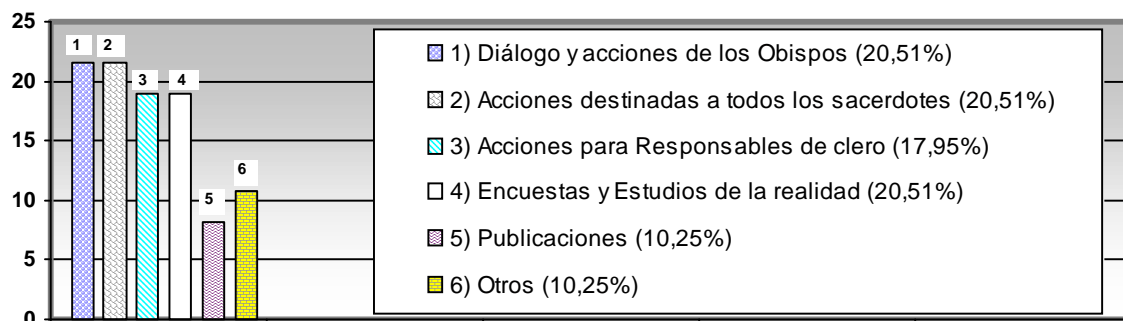
En la búsqueda de presentar distintas alternativas de Formación Permanente en Argentina publicamos este Informe que permite conocer la historia de la misma en nuestra Iglesia.

Año	Tema u ocasión		Actividad	Destinatarios
1987	Asamblea Plenaria <i>Reflexión sobre la situación del clero en el país</i>		Exposición de Mons. Casaretto y Mons. Arancibia. Diálogo entre los Obispos.	Obispos
1990	8º ASAMBLEA ORDINARIA SINODO OBISPOS <i>Formación de los sacerdotes en el mundo actual</i>	Preparación del Sínodo	59º Asamblea Plenaria (abril 1990). Diálogo entre los Obispos	Obispos
			Reunión de delegados al Sínodo con presbíteros (julio 1990) (Barzana).	Presbíteros de todas las diócesis designados por sus obispos
1991		Presentación trabajos Sínodo	Reunión con delegados diocesanos (L'Estonac).	Presbíteros de todas las diócesis designados por sus obispos
1992	1º Encuentro Nacional de Responsables de Clero Fisherton, 16-20 marzo 1992 <i>Formación permanente de los presbíteros</i>		Vida y ministerio de los presbíteros; la formación sacerdotal permanente; perfil del responsables. Intercambio de experiencias.	Responsables de Clero
1992	Asamblea Plenaria <i>Ex. ap. Pastores dabo vobis</i>		Presentación de PDV a cargo del P. Manuel Pascual y un Panel de presbíteros. Diálogo entre obispos.	Obispos
1992	Subsidio		Publicación del Subsidio "Renovación de la Parroquia", para la aplicación de las LPNE.	
1992 1993	Reorganización de la CEMIN		Aprobación del nuevo Reglamento (102º CP, marzo 1992).	
			Puesta en marcha de la Subcomisión Formación Permanente de los presbíteros.	
			Visita a grupos sacerdotales.	Diversos grupos de presbíteros
1994	2º Encuentro Nacional de Responsables de Clero La Falda, 3-7 junio 1994 <i>Perfil del responsable de la Formación permanente</i>		Perfil del Responsable de la formación permanente del clero. Necesidad de un Equipo de trabajo. Intercambio de experiencias.	Responsables de Clero
1994	1º Encuentro Nacional de Sacerdotes Cura Brochero,	Desarrollo del Encuentro	Conferencias, video c/ debate, visitas guiadas a los lugares brocheros.	Presbíteros de todo el país (cerca de 400 participantes)

1997	Se inician los Talleres para Párrocos (Nivel I)	Capacitación para párrocos en el área teológica, jurídica, administrativa y organizacional		Párrocos de todo el país
1997	Constitución del Secretariado Nacional para la FP de los Presbíteros	Dado el consentimiento para su erección por parte de la 73º AP (abril 1997) y designados sus miembros , se reúne por primera vez en junio de 1997. La 119º reunión de la Comisión Permanente aprobó su Reglamento por 5 años (marzo 1998).		Presbíteros de todo el país
1998	3º Encuentro Nacional de Responsables de Clero Cosquín, 18-22 mayo 1998 <i>Etapas de la vida ministerial. Posibles vías de atención pastoral</i>	Desarrollo del Encuentro	A cargo de Mons. Juan María Uriarte (Comisión de Clero de la Conferencia Episcopal Española). Temas: etapas de la vida ministerial y las necesidades diversas que requieren atención en cada una; panorama de los servicios ofrecidos en España.	Responsables de Clero
		Consulta formulada	Se consulta sobre las necesidades de los presbíteros, valores, crisis, papel de la comunidad en su formación permanente, propuestas para el SNFPP.	Participantes del Encuentro (respondieron 40)
1998	Estudio de la situación de los sacerdotes en nuestro país	Con la ayuda técnica de una socióloga, se analizaron los resultados de la consulta a los sacerdotes participantes del encuentro de Cosquín.		
1999	Ejercicios ignacianos para sacerdotes Villa Cura Brochero	Dos tandas de ejercicios para los sacerdotes de todo el país, a cargo de los sacerdotes jesuitas Julio Mérediz y Ernesto López Rosas.		Presbíteros de todo el país
1999	2º Encuentro Nacional de Sacerdotes Villa Cura Brochero, 6-9 septiembre de 1999 bajo el lema " <i>Sacramentos del amor del Padre</i> ".	Preparación sacerdotal a la celebración del Gran Jubileo. Temas: Testigos de la Misericordia del Padre, a través del sacramento de la reconciliación. penitencial.		Presbíteros de todo el país (cerca de 400 participantes)
1999	Lista de predicadores de retiro para sacerdotes	Cumpliendo con un pedido de los Obispos, la CEMIN realiza las consultas del caso, elabora la lista y la remite a las sedes.		Obispos residenciales

1999	Subsidio para trabajar en los presbiterios	Orientaciones para favorecer el diálogo y la reflexión de los presbiterios a partir del texto <i>Madurar espiritualmente toda de la Vida</i> , de Mons. Uriarte		Presbíteros de todo el país
2000	Carta de los Obispos argentinos a los sacerdotes al culminar el Gran Jubileo	Aprobada en la 80ª Asamblea Plenaria, Noviembre de 2000		Presbíteros de todo el país
2001	Se inician los Taller para Párrocos (Nivel II)	Profundización en aspectos particulares del ministerio del párroco		Párrocos que participaron del Taller I
2001	Presentación y VºBº de la Asamblea para continuar con el Proyecto <i>Curso de actualización para presbíteros</i>	La Asamblea concede el visto bueno para avanzar en el proyecto.		Obispos
2001	4º Encuentro Nacional de Responsables de Clero Huerta Grande, 25-29 junio 2001 <i>Acompañamiento de los sacerdotes en la dimensión humano-afectiva</i>	Consulta preparatoria	Para favorecer la reflexión previa al Encuentro y para una mayor toma de conciencia de la situación real de la dimensión humano-afectiva de nuestros presbíteros	Obispos y Responsables de Clero
		Encuentro	Exposiciones a cargo del R.P. Amedeo Cencini	Responsables de Clero
		Trabajo con los delegados	Trabajo con los delegados para compartir las experiencias diocesanas y delinear alguna acción conjunta a nivel de regiones para la Formación permanente de los presbíteros	Responsables de Clero
		Consulta formulada	Se consulta sobre la vida sacerdotal en orden al tratamiento del tema en la 82ª Asamblea Plenaria: valores apreciados, dificultades en el ejercicio del ministerio, angustias más frecuentes, propuestas para el diálogo de los Obispos	Responsables de Clero que asisten al Encuentro y Obispos de las diócesis que no participaron
2001	Publicación en Revista Pastores y Boletín OSAR (En preparación)	Exposiciones del P. Cencini en el Encuentro Nacional de Responsables de Clero (Huerta Grande, junio 2001)		

Acciones realizadas en los últimos 15 años según destinatario o tipo (Porcentajes)
Total de acciones = 39 (100%)



TEOLOGIA

LA DIMENSION MISIONERA DEL PRESBITERO DIOCESANO

*Pbro. Juan Colzani
Milán – Italia*

*En este brillante ensayo el notable teólogo milanés don Juan Colzani,
no contrapone “cuidado de almas” y “misión ad gentes”, sino que individualiza
la raíz común de las dos en la fundamental
y originaria destinación del presbítero a la misión.*

*La misión ad gentes es por lo tanto dimensión intrínseca -no agregada-
al ministerio presbiteral.*

*La tesis es sostenida e ilustrada por una rica y puntual referencia a textos magisteriales
que muestran como la promoción de una renovada imagen presbiteral,
pastoralmente más abierta,
no depende tanto de la claridad de indicaciones cuanto
del concreto emerger de nuevas figuras.*

Surge en la Iglesia Italiana una renovada conciencia misionera. Las Orientaciones Pastorales para el primer decenio del 2000 invitan con fuerza a una misión sin confines:

La misión ad gentes no es solamente el punto conclusivo del trabajo pastoral sino su constante horizonte y su paradigma por excelencia. Justamente la dedicación a esta tarea nos pide estar dispuestos también a realizar cambios, los que sean necesarios en la pastoral y en las formas de evangelización, a asumir nuevas iniciativas confiados en la palabra de Cristo: *Duc in altum*⁽¹⁾.

En este contexto es mi trabajo ilustrar y aclarar la dimensión misionera del presbítero diocesano.

Antes que nada quisiera traer a colación cómo la apertura misionera del presbítero diocesano es además una constante de las intervenciones del magisterio. Un reclamo bastante completo tendría que partir de la *Fidei Donum* de Pio XII que, ya en el 1957 enseñaba que “las perspectivas universales de la Iglesia serán las perspectivas normales de su vida cristiana; entonces las apelaciones de los romanos pontífices por las grandes tareas apostólicas en el mundo tendrán eco en su corazón plenamente católico”⁽²⁾.

Tendríamos que detenernos sobre todo en el Concilio Vaticano II y en su rica enseñanza sobre la dimensión misionera de la vida presbiteral: *presbyterorum Ordinis* 10,⁽³⁾ *Optatam Totius* 20,⁽⁴⁾ *Lumen Gentium* 28,⁽⁵⁾ *Ad gentes* 39.⁽⁶⁾ El sentido de esta enseñanza es que el presbítero participa de la misión confiada por Cristo a los apóstoles: en unidad con los Obispos, es llamado a cultivar una real solicitud hacia todas las Iglesias, a estar disponible a todo lo que ayude a su crecimiento. Después del Concilio, poniendo a los presbíteros como continuadores de la misión de Cristo, Pablo VI dirá simplemente que “como Cristo es el primer misionero así todos los sacerdotes en virtud del sacerdocio recibido deben llamarse misioneros”.⁽⁷⁾ El tema vuelve también en la enseñanza post-

conciliar; se lo encuentra, por ejemplo, en *Evangelii Nuntiandi* 68,⁽⁸⁾ *Postquam Apostoli* 5,⁽⁹⁾ *Redemptoris Missio* 67.⁽¹⁰⁾

Se dirá que estos documentos no afrontan un problema teológico, pero ilustran un dato de hecho colocado en el ámbito de la misión de Cristo y de la Iglesia. Las motivaciones doctrinales presentes son motivaciones de carácter general: la misión del Hijo y del Espíritu propias del kerygma. De este movimiento de amor tiene origen una Iglesia reunida y enviada sobre la base de la caridad de su pastor y llamada a vivir en la multiplicidad de sus carismas. La existencia cristiana incluye un irrenunciable horizonte misionero. Reconocer a la Iglesia como sacramento universal de salvación,⁽¹¹⁾ o sea como signo e instrumento de salvación, no significa sostener un privilegio sino recordar a los cristianos que ellos se salvarán solo empeñándose en la línea salvadora inaugurada por Cristo. En cada caso no debemos mirar a la Iglesia como una simple institución instrumental, como un simple contenedor que sostiene la misión privada de cada individuo; con la fuerza del Espíritu, la *Catholica* recapitula a la entera humanidad y la conduce a la plenitud de Dios.

Sobre este fondo nos preguntamos en que sentido y de que modo este horizonte misionero está activo en la vida del presbítero diocesano y como obra en su formación. No basta concluir que la misión es una dinámica transversal a toda la vida cristiana y que el presbítero está marcado por ello. Es necesario precisar la modalidad específica que le corresponde. La vida del presbítero diocesano tiene un modo original de acoger y de testimoniar la misión de Cristo y de la Iglesia; no lo toma prestado de aquellos que viven ad gentes sino que lo redescubre en el propio y particular ministerio eclesial. Es necesario por eso profundizar el ministerio presbiteral para comprender a fondo su valor apostólico y misionero.

Aunque sea difícil formular al respecto observaciones del todo compartidas, dos me parecen las dinámicas a tener en cuenta: la primera es aquella personal que ve al presbítero como una persona inteligente y libre llamada al seguimiento y por ello hay que recoger toda su vida alrededor de la obediencia y la fe; mientras la segunda observación es que el ministerio hace de la fe, de la oración y de la caridad de este discípulo, el instrumento del cual Cristo Señor se sirve para edificar una Iglesia continuadora de su amor. Ciertamente, no se trata de dos elementos yuxtapuestos: el nexo entre el momento personal y el ministerial es profundo y se da en la misma persona del ministro, entre su seguimiento bautismal y su personal descubrimiento de la vocación por la que es llamado a servir al Reino. La presencia conjunta de estas dos dinámicas por una parte nos enseña a no dar jamás por descontada la fe, la oración o la caridad del presbítero y por otra nos recuerda que la identidad del presbítero comprende el don de sí para los demás.

La imagen del pastor utilizada por las escrituras y presentada en la *Lumen Gentium* y en *Pastores dabo vobis*, es una imagen que supone una positiva relación del pastor a dos realidades que lo preceden y lo explican: Cristo y la comunidad. Si la relación a Cristo es evocada por aquellos términos que presentan al presbítero *in persona Christi*, *in persona Ecclesiae*, la relación con la comunidad aflora en los términos que lo presentan como presidente y guía de la comunidad, como aquél que tiene el carisma de la síntesis, como maestro y guía de la fe comunitaria. Ligada a Cristo y a la comunidad, la *cura animarum*

habla de aquél servicio a la comunidad que no puede de ningún modo prescindir de la misión que Cristo le ha confiado. Aunque si en el interior del único ministerio se dan formas y grados diferentes, basta aquí haber mostrado que la misión universal pertenece a la sustancia de cada forma del sacramento del orden.

Esta configuración a Cristo pastor es el centro vital al cual el presbítero debe continuamente volver: Cristo continuamente contemplado y amado y experimentado como dador de vida. Retornar continuamente a El, significa volver a un principio vital del cual fluyen luces y estímulos a partir del cual se movilizan las energías de una persona: alrededor de este fundamento crece una auténtica madurez misionera. No se trata solo y sobre todo de prepararse para las misiones, sino de cultivar la pasión por el evangelio del Reino junto a una atención al camino de los hombres y de las mujeres de hoy. Tal pasión por el Reino es verificada y puesta a prueba en un ministerio auténticamente apostólico: eso implica una búsqueda atenta y paciente que comprenda por ejemplo, el cultivar una mentalidad misionera capaz de captar los signos de Dios en la historia, el inclinarse con misericordia y con amor sobre la vida de las personas y, coherentemente el dedicar tiempo y atención también a quién no cultiva ningún lazo con la fe.

Este camino aclara una maduración misionera que a través de la vocación y el ministerio sacerdotal se desarrolla hasta la apertura al mundo entero. Sin esfuerzos y superposiciones se puede bien decir que la misión sacerdotal es misionera. “Por la misma naturaleza de su ministerio ellos (los sacerdotes) deben estar penetrados y animados por un profundo espíritu misionero.”⁽¹²⁾ La misión ad gentes no representa la eventual última etapa a la cual alguno puede llegar sino el horizonte capaz de iluminar y motivar toda la vida. La misma característica diocesana del ministerio sacerdotal es una forma particular de este compromiso: lo sirve pero no lo agota. Elegidos para estar con Jesús, para ir, predicar y luchar contra la fuerza del mal (Mc 3, 14), elegidos para compartir la misión de Jesús, los presbíteros no pueden delimitarla a su gusto. Están al servicio de todos los hombres.⁽¹³⁾

Hacia una imagen apostólica del presbítero

A partir del Vaticano II, en el Sínodo episcopal sobre el sacerdocio ministerial de 1971, se originó un largo debate sobre la figura del presbítero, el cual había tomado forma a partir de la crisis de la imagen sacra del sacerdote y de la hipótesis de una elección de la centralidad de la misión; aún aquellas indicaciones están lejos de su realización.⁽¹⁴⁾ La conciencia de tal transformación nos empuja a individualizar las razones de la resistencia.

Agotado un cierto tercermundismo típico de los años setenta, marcado por una no clara noción de la misión y por eso proclive a visiones prevalentemente sociológicas; abandonado un particularismo ligado a una exasperación de la centralidad de la Iglesia local,⁽¹⁵⁾ resulta siempre más claro que las resistencias a la comprensión misionera de la vida presbiteral provienen del interior mismo de la clarificación del sacerdocio ministerial.

La primera dificultad me parece aquella de una incompreensión de la universalidad cristiana. La afirmación de que Cristo murió por todos pierde mucho de su urgencia cuando es incluida en un modelo eclesial que separa la misión ad gentes de la cura animarum: el reconocimiento por la fe de un Jesús muerto por todos pierde así su urgencia y su fuerza

y se adapta a una tranquila repartición de deberes. La misma afirmación de la importancia de la mediación eclesial enviada a hacer posible en todo el mundo la experiencia de la nueva vida y el recurso a los medios de gracia que la sostienen, se vacía en un cuadro donde la misión no representa la sustancia de la vida de la Iglesia, sino el momento provisorio de su plantatio. En esta dirección es fácil concluir que la Iglesia no tiene necesidad de la misión; de hecho tal falta de universalismo ha originado una eclesiología sin atención por las misiones y es la raíz de una interpretación reducida del misterio presbiteral. En realidad el Cristo muerto por todos confirma la *missio Dei*, el amor universal del Padre con la catholicidad de la Iglesia; el Cristo muerto vive en el Espíritu y del Espíritu hasta hacer de la catholica una fuerza encaminada a realizarse en todas las comunidades cristianas. Sólo así la Iglesia se pone en la línea del misterio pascual y hace realmente memoria de aquel Señor que bajó del cielo *propter nos homines et nostram salutem*. La universalidad cristiana no es un concepto geográfico sino teológico y antropológico: más aún, la tensión a aceptar en Cristo la verdad última de cada persona implica una real disponibilidad a encontrar a cada persona, a ir hacia todos.

El hombre, que es el camino de la Iglesia,⁽¹⁶⁾ es sobre todo el camino de la misión del presbítero.

La segunda dificultad deriva de una concentración litúrgico-catequístico-sacramental del ministerio presbiteral, de una concesión teórico y práctica de la pastoral replegada a su interior y privada de panorama histórico. Llamado a actualizar la Pascua y a hacer de la Iglesia memoria viviente, el presbítero no puede aceptar la separación entre lo sacro y lo profano, entre lo eclesiástico y mundano que está en la raíz de este comportamiento y que contradice el comportamiento de Jesús: éste, de hecho, ha llamado a todo el hombre y a todo lo humano a rendir a Dios un culto espiritual.⁽¹⁷⁾ Tenemos así un ministerio presbiteral que si bien es enviado a los hombres está -al menos potencialmente- en conflicto con su historia. En realidad la misión deriva de una decisión por el Cristo que ha transformado la extensión anónima del tiempo en el *kairos* del encuentro con Él; la lógica de la encarnación asume totalmente la realidad humana y la renueva en profundidad⁽¹⁸⁾. De aquí deriva una viva atención a las necesidades y a las elecciones fundamentales de las personas: subrayar la no disponibilidad última de la vida nueva, encuentra su sentido más verdadero en el conocimiento de Jesucristo, camino, verdad y vida. Si bien es difícil delinear el estilo de vida de un presbítero misionero, sus rasgos se pueden encontrar en la apertura y en el paciente diálogo con los no creyentes, en la inmersión en la problemática de la vida manteniéndose unido con el Señor, en la atención a los últimos (y en particular los pobres). Estos son los criterios principales de un nuevo camino presbiteral sobre el cuál se empiezan a dar los primeros pasos.

La tercera y última dificultad es la primacía de la urgencia sobre una reflexión y una programación orgánica. La multiplicidad de las solicitudes y su urgencia, la tensión continua, producen no solo una dispersión de la vida sino también un cansancio excesivo y una absorción espiritual tal que no dejan espacio a otra cosa: la problemática local con sus exigencias es 'el todo', mientras el resto es solo agregado. De esta absorción nace el sacerdote de pueblo que se olvida de los horizontes universales de su ministerio. Se explica así la costumbre a celebrar las alabanzas de Dios en el olvido de los dramas de nuestra historia o, a lo sumo, en los recursos a algunos estereotipos; del mismo modo falta la

alegría de la búsqueda de los signos de la presencia de Dios en 'esta' historia. Los límites de tal comportamiento son evidentes: nace poco a poco un repliegue psicológico sobre lo tradicional, sobre las certezas y las seguridades de un modo de gestión, en lugar del coraje de estar al descubierto en medio de la gente, haciéndose cargo de todos sus problemas. De este modo, progresivamente se reduce el horizonte evangélico del presbítero: el misterio de Cristo celebrado en la Eucaristía y meditado en la lectio pierde así su capacidad de llamar a la conversión y es cada vez más tranquilamente adaptado a nuestra vida.

Obviamente estas dificultades no son todo. Hay dificultades que el presbítero comparte con todos los otros discípulos: desde la no evidencia de Dios en el mundo moderno que se traduce en incomprensión y descalificación de aquellos que lo hacen centro de su vida, a la crisis de la institución y de la autoridad que genera sospecha hacia personas consideradas a priori achatadas en su rol. No obstante, desde el punto de vista misionero, las dificultades principales son aquellas que surgen del interior mismo del ministerio: de su vivencia y de su tradición. Es penoso tener que reconocer como estas razones de crisis no encuentran suficiente elaboración en sus sedes naturales, es decir, en la reflexión teológica y en el diálogo eclesial, sino que son reservadas al espacio privado de las confidencias entre amigos. De esto se deduce la importancia que tiene descubrir las razones de la dimensión misionera del presbítero y transformarlas en fundamento de una nueva comprensión de su vida.

El original envió a la misión del presbítero diocesano

El fondo de la afirmación es la relación entre la *Catholica* y la pluralidad de las Iglesias⁽¹⁹⁾: la *communio ecclesiarum* es el fruto de una participación en la comunión trinitaria testimoniada por la presencia del Espíritu y hecha visible en el bautismo y en la *sinapsis eucarística*.⁽²⁰⁾ Se trata de una comunión eclesial que está al servicio de su envío a toda la humanidad; la misma solicitud por todas las Iglesias, compartida por el Sumo Pontífice y por el colegio episcopal, no es otra que la responsabilidad de una promoción y coordinación de todas las energías y los medios de la *communio* a favor de la misión. El primado del Espíritu en la misión dice como esta comunión por el reino anima a la Iglesia con una fuerza tal capaz de autodesplegarse: la misión esta siempre en acción, aún más allá de nuestra capacidad, porque "duerma o vigile de noche o de día, la semilla (del reino de Dios) germina y crece; como el mismo (sembrador), no lo sabe"⁽²¹⁾. Sobre este fondo - la misión es fidelidad a Cristo de parte de una Iglesia que lo sirve- intento ilustrar el fundamento del original y originario destino del presbítero a la misión; se trata de indicaciones coherentes con su ministerio y no agregadas a éste⁽²²⁾.

El nudo de la cuestión -como ya hemos dicho- es leer el ministerio pastoral sobre la base de la relación a Cristo y a la comunidad que lo preceden y lo explican⁽²³⁾. La primera y principal formulación bíblica de esta relación indica el deber del presbítero de edificar la Iglesia. El verbo *oikodoméo* o edificar⁽²⁴⁾ es usado por Mateo⁽²⁵⁾ para indicar el obrar de aquel Dios que se sirve de personas humanas y que tiene en Pablo un claro sabor apostólico⁽²⁶⁾: edificar la Iglesia significa construir un edificio que tiene a Cristo como fundamento o piedra angular, el Evangelio de los apóstoles como su base, y la caridad de Cristo como su vértice. El verbo *oikodoméo* indica por lo tanto una acción substancialmente misionera: dar vida a la Iglesia de Cristo llamada a seguir sus pasos; a

veces indica además el mismo primer anuncio del evangelio: “me hice un propósito de honor -escribe Pablo en Rm 15,20-, no anunciar el evangelio sino donde todavía no ha llegado el nombre de Cristo, para no construir (oikodoméo) sobre un fundamento de otro”. Edificar la Iglesia no es otra cosa que dejar desplegar la forma de aquella realidad cuyo sentido ha sido fijado con la Pascua de Cristo; el deber del presbítero entonces, no es otro que ponerse a disposición del Espíritu y de la Palabra para que el Señor dé vida a través de él a la Iglesia que ama. Edificar la Iglesia aparece de este modo como una manera sintética de expresar la actividad presbiteral en plena sintonía con la acción salvadora universal del Señor: la vida pastoral es una vida intrínsecamente misionera.

La segunda razón deriva del deber de presidencia que, según Ignacio de Antioquia, es propio del obispo y de su presbiterio⁽²⁷⁾. Presidir la comunidad significa extender un deber inicialmente litúrgico a la vida de la entera comunidad; ahora, como el culto en espíritu y verdad es irreductible a la dimensión litúrgica, así el deber de la presidencia no es reducible a la edificación de una Iglesia desatenta y desinteresada de la historia. Una presidencia similar incapaz de anunciar el evangelio, equivaldría a presidir la asamblea de manera indigna⁽²⁸⁾: equivaldría, de hecho, a vaciar el valor salvífico de la Pascua. Presidir la comunidad significa valorizar las dos dinámicas que la constituyen: la comunidad es recogida del mundo y de su historia y a ellos enviada; recogida porque es capaz de compartir el camino de hombres y mujeres para confrontarlo con el Reino sin limitarse a intereses terrenos; enviada por ser signo profético e instrumento de comunión. Como por un nuevo Pentecostés la Iglesia es guiada por su presidente hacia este singular salto de cualidad y hacia las actitudes esenciales, espirituales y culturales necesarias para vivirlo.

Se agrega además que los presbíteros son presentados por el Concilio como “unidos a ellos (a los obispos) en el honor sacerdotal” y, además como “inmediatos colaboradores del orden episcopal, su ayuda e instrumento, llamados a servir al pueblo de Dios”⁽²⁹⁾. De este modo son introducidos en aquella “solicitud por toda la Iglesia que, si bien no es ejercida mediante un acto de jurisdicción, contribuye sin embargo al bien de la Iglesia universal”⁽³⁰⁾. De este modo la diocesanidad no puede cerrarse en un horizonte particular sino que es el modo concreto y comprometido con el cuál el presbítero diocesano se apropia de la entera misión de Cristo como suya, como su servicio. La diocesanidad no equivale a negar la catolicidad sino que representa más bien una particular modalidad de servirla. Solo un espíritu católico y misionero puede, por lo tanto, vivir correctamente la diocesanidad.

En este sentido el ministerio del presbítero diocesano es misionero por sí mismo; no tiene necesidad de pedir prestado a otros las razones de los horizontes católicos de su compromiso. Sin apertura misionera el ministerio del presbítero diocesano corre el riesgo de achicarse interiormente, de presentarse como objetivamente o potencialmente en contraste con la historia y, por esto mismo, con la esencial referencia cristológica de la encarnación y de la salvación pascual. La dimensión misionera del presbítero diocesano no es otra cosa que su concentración espiritual en Cristo y su obra salvadora para encontrar en esta comunión la rica vertiente de una actitud evangélica hacia las personas y hacia la sociedad.

Un renovado servicio a la comunidad Cristiana

En cuanto servicio a la universal caridad de Dios, el ministerio presbiteral me parece marcado por objetivas e irrenunciables dinámicas; el reconocimiento de su carácter misionero implica el compromiso de dar vida mediante la caridad pastoral a un real encuentro entre la caridad pascual y la compleja realidad de una civilización tomada en su concreta dinámica. La superación de un ejercicio intimista y ahistórico del ministerio empuja a reanudar la conciencia de una unidad de destino entre la Iglesia y la gente: una vez obvia y profunda, hoy esta conciencia no es más tal. El camino de la fe o simplemente de las parroquias no equivale necesariamente al camino de las personas.

Emerge así la importancia de un ministerio atento a los sujetos más que a las instituciones, atento a las dinámicas personales, a la conciencia y a la formación de las identidades personales más que al peso social de las propias obras. La atención a las complejas relaciones entre dinámicas sociales e identidades personales debe evitar presuponer los valores o ligarlos a su proclamación: se trata en cambio de generar cultura, de favorecer la convergencia de un consenso y de comprometerse con fuerza sobre el aspecto formativo⁽³¹⁾. Sin este trabajo, la afirmación de que la Iglesia es misionera no lleva a ninguna parte. El déficit misionero de hoy no está en una falta de afirmaciones doctrinales -muchas veces solemnemente repetidas-, sino en la impostación del ministerio. Allí donde éste se expresa como una pastoral de gestión de lo existente es donde los riesgos son verdaderamente grandes.

Si bien este renovado ejercicio del ministerio está, en parte, aún por inventarse, algunas indicaciones pueden venirnos de las jóvenes Iglesias. En sus elecciones pastorales éstas han llevado adelante un cambio de actitudes atentas a sus culturas, marcadas por un vivo sentido del misterio, por un jubiloso sentido de la fiesta y por una racionalidad diversa; al mismo tiempo han subrayado una proximidad y un compromiso a favor de los últimos, con una elección de presencia evangélica en la sociedad valorando los dones del Espíritu. Nuestra búsqueda de un renovado ejercicio del ministerio presbiteral puede valerse de orientaciones similares; animado por el ágape trinitario y pascual, el rostro del ministerio que soñamos puede ser presentado como abierto y recogido sobre los más alejados y como orientado y comprometido al máximo en favor de la fraternidad. Estas dinámicas para ser realizadas no piden otra cosa que la fe: por eso, mientras se diversifican en los movimientos, están entre los frutos más altos de la fe y entre los testimonios más significativos para nuestra sociedad.

Esta perspectiva podría representar también una significativa indicación ante aquel golpe cultural al cual sobre todo los sacerdotes jóvenes⁽³²⁾ se encuentran expuestos cuando, saliendo del seminario, descubren que aquello por lo cual entienden comprometer toda su vida, carece de interés para gran parte de aquellos a los cuales son enviados. Solo una auténtica formación misionera que desde la impostación apostólica del ministerio vaya más allá de la persona que lo debe expresar, podrá esperar integrar en la propia personalidad, la dureza del contraste entre vidas con elecciones tan diversas sin dejarse desquiciar, más aún, encontrando en ello motivo para un nuevo don de sí. La misión es capaz de ayudar las personas a salir de esquemas consolidados y hacerlas acogedoras, capaces de cultivar la atención por la calidad de la vida y más sensibles para captar la actual búsqueda de sentido. Los mismos desafíos que se encuentran en la globalización y en el diálogo interreligioso, en

el encuentro con una sociedad marcada por la tecnología y el ateísmo, antes que ser problemas podrán ser considerados como las chances para construir, en torno a una profunda apertura interior y espiritual, la práctica de una renovada fraternidad. “En esto todos sabrán que son mis discípulos, si tienen amor los unos por los otros”⁽³³⁾.

NOTAS

Tomado de "La rivista del clero italiano" n. 10. Año LXXXII. Octubre 2001. (Publicación de la Universidad Católica del Sagrado Corazón. Largo A. Gemelli 1 - 20123 MILAN - ITALIA.)

NOTAS

- ¹ Conferenza Episcopale Italiana, Comunicare il vangelo in un mondo che cambia, n. 32.
- ² Fidei Donum, in Enchiridion della Chiesa Missionaria, a cura di Pontificie Opere Missionarie -Direzione Nazionale Italiana, I, Dehoniane, Bologna 1997, n. 288, pp. 329-331.
- ³ Presbyterorum Ordinis 10, in Enchiridion Vaticanum, I, Dehoniane, Bologna 1993 o. 1277, p. 1201.
- ⁴ Optatam Totius 20, in Enchiridion Vaticanum, I, cit., n. 815, p. 853.
- ⁵ Lumen Gentium 28, in Enchiridion Vaticanum, I, cit., n. 355, p. 543.
- ⁶ Ad Gentes 39, in Enchiridion Vaticanum, I, cit., n. 1227, p. 1149.
- ⁷ Graves et Increscentes (1966), in Enchiridion della Chiesa Missionaria, cit., n. 597, p. 545.
- ⁸ Evangelii Nuntiandi 68 (1975), in Enchiridion della Chiesa Missionaria, cit., nn. 1042-1044, p. 841.
- ⁹ Postquam Apostoli 5 (1980), in Enchiridion della Chiesa Missionaria, cit., n. 1125, pp. 907-909.
- ¹⁰ Redemptoris Missio 67 (1990), in Enchiridion della Chiesa Missionaria, cit., n. 1867, p. 1349.
- ¹¹ Lumen Gentium 9. 48; Ad Gentes 1; Inter mirifica 3.
- ¹² Pastores dabo vobis 18; 24. 32.
- ¹³ Diocesi di Treviso, Sinodo XIV La parrocchia Centro di vita spirituale, per la missione. Parte fondativa e Orientamenti pastorali, Grafiche Dipro, Treviso 2001, n. 653, p. 226).
- ¹⁴ Ch. Duquoc, La riforma dei chierici, in G. Alberigo, J.P. Jossua (eds.), Il Vaticano II e la Chiesa, Paideia, Brescia 1985, pp. 399-414; G. Colzani, L'immagine del sacerdote, in G. Brunetta, A. Longo (eds.), Italia Cattolica. Fede e pratica religiosa negli anni novanta, Vallecchi, Firenze 1991, pp. 240-252.
- ¹⁵ Communionis Notio (1992).
- ¹⁶ Redemptor Hominis 14.
- ¹⁷ Rm 12, 1-2; Jn 4,24.
- ¹⁸ Heb 2, 17 ; Presbyterorum Ordinis 3
- ¹⁹ E Sullivan, Noi crediamo la Chiesa, Piemme, Casale Monferrato 1990, p. 54.
- ²⁰ P. Magnani, Una dimora per tutti. Identità e missione della parrocchia oggi, IV, 3, Grafiche Dipro, Treviso 1999, pp. 64-67. 21.
- ²¹ Mc 4, 27.

²². E Brovelli, T. Citrini (eds.), *La spiritualità del Prete diocesano. Atti dei seminari e convegni 1979-1989*, Glossa, Milano 1990; G. Moiola, *Scritti sul prete*, Glossa, Milano 1990.

²³. G. Greshake, *Essere pretti. Teologia e spiritualità del ministero sacerdotale*, Queriniana, Brescia 1984, pp. 207-212. E Marinelli, *Il ministero pastorale*, Dehoniane, Bologna 1992, pp. 333-367.

²⁴. P. Vielhauer, *Oikodomé*, Kaiser, München 1979.

²⁵. Mt 16, 18.

²⁶. Rm 14, 19; 15, 2; 15, 20; 1 Cor 3, 9; 14, 12.26; 2Cor 10, 8; Ef 2, 20.21; 4, 12.16.

²⁷. Ef. cap. IV

²⁸. 1 Cor 11, 26.27.

²⁹. *Lumen Gentium* 28.

³⁰. *Lumen Gentium* 23.

³¹. Mc 6, 34-37 ; Lc. 19, 7.10

³². No quiero entrar aquí en el debate sobre los límites y los dones de los jóvenes de hoy, presentes también en los candidatos al sacerdocio. Estos límites, tantas veces recordados, no pueden sino esconder la realidad grande de que éstos son jóvenes que han elegido servir a Dios y a los hermanos: estos jóvenes son por eso un don de Dios a la Iglesia que, en ellos, debe desarrollar aquellas dimensiones objetivas del discípulo y del pastor que son católicas y misioneras. Por eso la invitación a valorizar los proyectos educativos de los seminarios pero, también y de un modo comprometido, a abrirlos ulteriormente y positivamente a la misión. Para evitar el riesgo de considerarla de modo emotivo y agregado, será necesario ayudar a vivir cotidianamente de modo apostólico para que la misión no sea una sobrecarga más; de esto se seguiría una mejor articulación de una estructura donde el “todo ya” puede mortificar tanto una capacidad de adaptación, indispensable en todo apostolado, cuanto una más precisa asunción de responsabilidad.

³³. Jn 13, 35.

**PASTORAL SACERDOTAL
LA EXPERIENCIA DE CONVERSIÓN EN EL CORAZÓN
DE NUESTRO MINISTERIO**

*Jean Francois Berjonneau
Diócesis de Evreux*

Este artículo incluye la primera parte de las reflexiones del autor a partir de las respuestas a un cuestionario que fue enviado en el contexto del año Jubilar a diferentes asociaciones sacerdotales de Francia sobre el tema de la "conversión en el corazón de nuestro ministerio".

Nuestro tema parte de la constatación de que estamos inmersos en una situación social y eclesial con cambios rápidos y globales; y en el marco de una mundialización que acelera la movilidad de la población, el carácter multicultural y plurireligioso de nuestra sociedad produciendo novedades que a menudo desconciertan. Estos cambios y transformaciones nos plantean interrogantes profundos de cara al porvenir. La carta a los católicos de Francia lo subraya: “Estamos en tren de cambiar de mundo y de sociedad. Un mundo se esfuma y otro está por emerger, sin que exista ningún modelo establecido para su construcción. Los equilibrios antiguos están desapareciendo y los equilibrios nuevos tienen dificultades para constituirse”¹

Esta dificultad de trazar los contornos de esta sociedad sometida a tantos cambios toca profundamente a la Iglesia: “La crisis que atraviesa la Iglesia hoy en día, es debida en gran medida, a la repercusión en la Iglesia misma y en la vida de sus miembros de un conjunto de mutaciones sociales y culturales rápidas, profundas y que tienen una dimensión mundial”².

Estos cambios que tocan a la Iglesia son conocidos: bajo el impacto de una secularización creciente de nuestra sociedad y la manifestación difusa y diversificada de las nuevas demandas religiosas, no podemos sino constatar la disminución creciente de los “efectivos” de nuestras comunidades, la baja en el número de sacerdotes y el envejecimiento de los efectivos, las nuevas dificultades para transmitir la fe, etc. Aunque al mismo tiempo, es bueno reconocer el camino recorrido por los catecúmenos y los que “recomienzan”; el nacimiento y la vitalidad de comunidades más pequeñas fundadas sobre la común responsabilidad de los bautizados en el testimonio de la fe y capaces de abrir caminos nuevos para una comunión fraternal que sea significativa para el conjunto de la sociedad.

Es evidente que para el ministerio que se nos ha confiado, estos cambios sociales y eclesiales deben ser vistos de frente, con lucidez y con fe. Si hablamos de conversión, es para expresar que la manera de vivir nuestro ministerio está llamada a transformarse inmersa en estas realidades en mutación. Pero es también porque nosotros creemos que hay un llamado del Espíritu en esta realidad que exige toda nuestra capacidad de discernimiento.

Como expresa justamente el editorial del último número de la Revista Christus: “Lo real, es aquello que resiste. Lo que, desde adentro, nos permite estar firmes: la roca sobre la que se construye. Sin embargo también está lo que, desde afuera, resiste a nuestros proyectos: la dura realidad de los hechos. No existe una cosa sin la otra, tanto es así, que es confrontándose con la dura realidad y aceptando nuestro límites que podemos progresar.

Tener el coraje de cambiar lo que puede ser cambiado, la paciencia para aceptar lo que no puede ser cambiado, ver la diferencia, esa es la verdadera sabiduría”

La cuestión que queremos plantearnos es entonces la siguiente: “frente a los cambios sociales y eclesiales que se nos imponen, ¿a qué conversiones el Espíritu nos llama? ¿Qué es lo que la Palabra de Cristo, el Misterio pascual y el don de su Espíritu nos dice en esta realidad en transformación que contemplamos?”

Este artículo no pretende hacer una proyección sobre una posible evolución del ministerio presbiteral; más humildemente, procura compartir, a partir de la reflexión hecha por muchos hermanos, algunas de las conversiones a las que nos sentimos llamados en la manera concreta en que asumimos el ministerio hoy.

1. Algunas reflexiones por los grupos

Las respuestas al cuestionario evocan la mirada de los sacerdotes sobre los rápidos cambios a los que está sometida nuestra sociedad y traducen tensiones interiores y contradicciones difíciles de vivir.

“Los cambios del mundo y de la iglesia nos obligan a conversiones a menudo contradictorias. Por un lado es necesario que nos modernicemos, que entremos a Internet y a las técnicas modernas... y por otro que estemos cada vez más cerca y a la escucha de los pobres que son sobrepasados por esta evolución... Por un lado el llamado a estar atentos para profundizar la Palabra y dejarnos enriquecer por la Tradición y por otro atentos para recibir al mundo en su novedad para acoger la obra de Dios”

Algunos experimentan en sí mismos la dificultad para recibir la novedad en su complejidad: investigación genética, nuevas tecnologías en la comunicación, transformación del medio urbano... Esto genera un cierto sentimiento de “despojo”: “debemos admitir que las cosas se pueden hacer sin nosotros”.

Entre las transformaciones que afectan a la sociedad, el multiculturalismo y la diversificación de pertenencias religiosas apelan a los presbíteros a situarse de otro modo: “el encuentro con religiones, razas, nos obliga a escuchar, a comprender a los que están en otra búsqueda espiritual y religiosa. Igualmente, el encuentro con los Jóvenes nos invita a recibir nuevas formas de vida, de cultura, de música. En este mundo pluricultural, estamos llamados a luchar contra las discriminaciones que afectan a ciertos grupos, contra la indiferencia, la puesta aparte, en la Iglesia o en la sociedad, de personas y grupos”.

Por otro lado, la movilidad creciente de las poblaciones invita a revisar una pastoral demasiado exclusivamente centrada en el acompañamiento a largo plazo para acceder a una pastoral “de la ocasión”. “Durante mucho tiempo hemos privilegiado la relación de Cristo con los apóstoles como modelo de pastoral... tal vez hoy debamos considerar la relación de Cristo con la multitud. Él está disponible a cada persona, está permanentemente abierto a los acontecimientos con los que se vincula y a los que aporta una luz nueva. Él aprovecha la ocasión”

Otros aportes insisten en la situación de “tormenta” en la que estamos: la gente está invadida y atormentada por novedades y exigencias cambiantes. La sociedad oscila entre sus descubrimientos y los valores que la fundan. Los grupos sociales son muy frágiles por los cambios económicos y tecnológicos. La familia en particular, ve puesta a prueba la estabilidad tradicional. Nuevas y enormes cuestiones son puestas en el terreno moral. Mucha gente es sometida a un verdadero “desparramo” de su vida. Han perdido el sentido de lo esencial. Viven en la hora del “zapping”.

Como reacción a esta situación móvil y estresante, la tentación del individualismo y el repliegue sobre uno mismo es permanente.

Uno se siente pobre y completamente sobrepasado por esta situación. Una palabra expresa bien la actitud a la que los presbíteros se sienten llamados: la “gratuidad” de la presencia, de la proximidad y de la escucha.

En un contexto así, es urgente volver a Cristo: Es la conversión permanente que debemos vivir, vivir en Cristo esta nueva pobreza que se nos pide. Entrar en un camino de confianza, sabiendo que El construye a la Iglesia y que su Espíritu trabaja en el corazón de los hombres en sus búsquedas de sentido.

Complementando esto que viene dicho en las respuestas aportadas por los grupos, yo quisiera subrayar cómo, en este contexto de identidades frágiles e individualismo, el ministerio presbiteral está llamado a reencontrar una dimensión que le es fundamental: la de ser, en Cristo, el servidor de la relación fraternal entre los hombres y mujeres de culturas y condiciones diferentes y el testigo del designio de Dios de reunir a todos los hombres en una familia humana única, respetuosa de la diversidad de los pueblos. En lugar de avanzar en consideraciones generales, me referiré a la situación concreta de la parroquia en la que vivo.

2. Las rápidas transformaciones generan fracturas

El surgimiento de la modernidad, en esta región del valle del Sena en la que vivo, ha introducido una serie de divisiones y cambios a los cuáles una parte de la población local no se ha adaptado. La causa de estos cambios que han afectado el equilibrio tradicional de vida de los habitantes de esta región ha sido la decisión de implantar la nueva ciudad de Val-de-Reuil sin ningún soporte urbano previsto. Esta decisión ha constituido un golpe de fuerza que ha puesto a las poblaciones de los pueblos cercanos frente al hecho consumado de una división intensa. Las tierras fueron confiscadas. Las excavadoras ingresaron en los campos. Los grandes obradores trajeron a muchos trabajadores inmigrantes que se instalaron alrededor del pueblo con sus familias. Finalmente esta ciudad, que no fue aceptada por las poblaciones vecinas, aparece hoy, en este paisaje Normando, como el símbolo de una modernidad sorprendente, una suerte de cuerpo extranjero (de los 14.000 habitantes que la componen muchos provienen de África, Medio oriente o Asia. El resultado, 25 años después, es una situación humana marcada por cierto número de fracturas:

Fractura cultural entre una población local ya desestabilizada por los trastornos de su entorno y que ve a la población de origen extranjero, a la cual no conoce, como un factor suplementario de inquietud.

Fractura urbana, entre los barrios en los que las personas de un mismo origen cultural tienden a reagruparse, corriendo el riesgo así de formar enclaves de resistencia a todo proceso de integración.

Fractura religiosa suscitada por un cierto miedo al Islam, orquestado por los medios y reforzado por las divisiones internas de las comunidades musulmanas.

Fractura económica entre los empleados y los técnicos de empresas de alta tecnología que se han instalado sobre la zona industrial de la ciudad nueva y las personas que han caído en la precariedad al no adaptarse suficientemente a los cambios en la región y que habitan en la periferia.

Fractura intergeneracional en el seno de las mismas familias en las que los padres, sin trabajo desde hace tiempo, no tienen la autoridad necesaria para asegurar la educación de sus hijos que, librados a sí mismos, caen rápidamente en la delincuencia.

Estas fracturas son generadoras de miedos recíprocos que conducen a repliegues que perjudican los lazos sociales. El aceleramiento de los cambios tecnológicos y sociales conduce a una mayor dispersión de las poblaciones ya marcadas por las diferencias culturales. En un contexto de crisis del militanismo y de la representación política, las mediaciones institucionales que representan la escuela, la ayuda social, las diferentes estructuras de animación cumplen más difícilmente su responsabilidad de integración.

A menudo, en el corazón de esta realidad social marcada por tantas tensiones hay signos de esperanza que se manifiestan: las asociaciones son numerosas y permiten a gente de culturas diversas conocerse y comprometerse juntas en un proyecto común. Diversas instancias de mediación se ponen en marcha con el fin de resolver los conflictos. Las escuelas llaman a los padres a comprometerse con ellas para hacer conocer las culturas de sus países de origen. Es en el corazón de esta creatividad social de base que se supera el encierro y se comienzan a poner las bases de un vivir juntos que permite que una comunidad parroquial tenga su lugar.

3. La Parroquia “lugar de mediación”

En este contexto, la comunidad parroquial, reagrupando a los cristianos de poblaciones vecinas con los de la ciudad nueva, da un signo de fraternidad posible entre poblaciones que si no se ignorarían e incluso se temerían. Los cristianos de origen inmigrante que habitan en la ciudad nueva se encuentran con los que viven en los restantes pueblos, los que están en una situación precaria con aquellos que gozan de una situación más holgada. La Parroquia brinda así el signo de una fe que congrega en el corazón mismo de una sociedad atravesada por profundos desequilibrios. Este vivir juntos en la diversidad de culturas y condiciones constituye una manera de proponer la fe como lo indica la “Carta a los católicos de Francia”. “Es en esta sociedad quebrada un llamado a guardar un germen de esperanza, al precio del coraje y de la iniciativa. Es como un llamado exigente a la practica de la solidaridad entre todos los hombres, sin distinción alguna, y al reconocimiento del valor inalienable de cada ser humano”.³

La Parroquia puede entonces, por el testimonio de esta comunión fraternal recibida de Cristo que une gente tan diversa en su condición y cultura, devenir esto que la “carta” llama “un fermento de universalidad concreta”. No tiene necesidad de reunir numerosos miembros para significar esta fraternidad posible. En el corazón de esta sociedad marcada por transformaciones tan rápidas, que pueden engendrar el terror frente al otro y la tentación del repliegue sobre lo idéntico, la parroquia esta llamada a hacer sociológicamente visible este proyecto de Dios de convocar a todos los hombres sin exclusiones a la alianza nueva sellada en la persona de Cristo.

Este signo es bien percibido ya que con la municipalidad estamos sentando las bases para una instancia de concertación en la que no sólo las asociaciones, sino también las comunidades religiosas cristianas y musulmanes reconocidas puedan concurrir en la búsqueda de contribuir al desarrollo de los vínculos sociales.

En el testimonio de fraternidad y convivencia, está la identidad misma de la parroquia como comunidad de Iglesia que está comprometida en ser: “Sacramento, es decir, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad del género humano” LG1.

Este signo de unidad dado por la parroquia se despliega en dos direcciones:

- por una parte, por la comunión fraternal de sus miembros que permite que personas de culturas y condiciones sociales diferentes se congreguen y aprendan a vivir unidas en la conciencia de pertenecer a un único pueblo;
- y por otra parte, por los compromisos que ella puede suscitar en algunos de sus miembros para contribuir a desarrollar los vínculos sociales: participación en la vida municipal, en la vida asociativa de los barrios, lucha contra la discriminación, promoción de la concertación con los musulmanes para relevar juntos las dificultades que surgen en la vida de la ciudad.

4. Implicación para el ministerio del presbítero

Más que en el pasado, frente a las numerosas fracturas que marcan la sociedad como consecuencia de estos cambios tan rápidos y que mantienen en la exclusión a tanta gente, el ministerio del presbítero está llamado a cambiar. Este cambio puede hacerse a la luz de esta nueva toma de conciencia de la sacramentalidad de la Iglesia, percibida como sacramento de unidad, en la persona de Cristo, para reunir a toda la familia humana. Antes de detenernos en cada uno de estos puntos es necesario volver a la fuente del ministerio presbiteral y contemplar a Cristo en su pasión por reunir a todos los hombres.

Contemplar a Cristo Mediador

No se comprende nada de la misión de Cristo si no se hace referencia a esa experiencia de diálogo, de la ternura filial que le une al Padre en el Espíritu. Es porque la proximidad de Dios se ha manifestado en él que Jesús puede anunciar que el Reino está próximo a todo hombre.

El Espíritu Santo suscita en Jesús esta experiencia conjunta de la paternidad de Dios y del amor del Padre por todos los hombres, llamados por ese hecho a entrar en una nueva dinámica de fraternidad universal. En él, toda persona, cualquiera sea su origen o su cultura está llamada a escuchar: “Tú eres mi hijo amado”.

La mediación de Cristo se realiza según un doble movimiento: por una parte el Espíritu lo pone incesantemente en marcha hacia los pobres, los excluidos, los pecadores, para hacerles presente el amor liberador del Padre e invitarlos a la conversión. Por otra parte, el llama a su pueblo a volver a Él, hacerle un lugar y entrar en un movimiento de conversión a la misericordia del Padre. Es sin duda el sentido de la conclusión del discurso inaugural en la sinagoga de Nazareth. Después de haber señalado como primeros destinatarios de su misión a los pobres, los cautivos, los ciegos y los oprimidos, Él anuncia a los presentes que “esta escritura se ha cumplido hoy” (Lc. 4,21). La reacción de la gente en Nazaret es dura. Ya el Misterio pascual se perfila en el horizonte. Es allí donde se consuma la mediación de Cristo.

El presbítero: servidor de la mediación de Cristo

Es en esta configuración con Cristo mediador que hunde sus raíces la conversión que nosotros debemos vivir de cara a las transformaciones de nuestro mundo y las fracturas que ella provoca. Esta conversión no es ni adaptación oportunista para dar más eficacia a nuestra acción, ni voluntad de ponernos de un modo nuevo en esta sociedad como agentes de mediación social.

Es en la contemplación del misterio de Cristo y del vínculo que une su consagración y su misión que nosotros tendremos la fuerza de conversión que se nos pide. Estas conversiones pueden ubicarse de manera práctica en nuestro ministerio en tres direcciones:

Desarrollar una pedagogía de la alteridad en nuestras comunidades.

Hay todo un trabajo pedagógico para abrir a los miembros de nuestras comunidades a esta dimensión universal del amor de Dios. Esta pedagogía no puede contentarse con exhortaciones morales a “recibir al extranjero”. Los pastores debemos suscitar y desarrollar en las comunidades esa confianza, “seguridad”, paz interior que viene de Cristo y que contribuye a construir y afirmar la identidad de toda persona. Pero, al mismo tiempo, es necesario significar de diversas maneras que una identidad no se puede desarrollar más que en la aceptación del riesgo del encuentro con el otro.

Más que nunca, en este periodo de fragilidad y cambios, el presbítero está llamado a ser, en el corazón de su comunidad, el “servidor del encuentro” y de la relación fraternal entre miembros de convicciones, condiciones y culturas diferentes.

El camino del mandamiento evangélico “ámense unos a otros” pasa por puntos de referencia bien precisos que es necesario reconocer. Esto se realiza en lo cotidiano de la vida comunitaria, en los diálogos, en la iniciación a la escucha, el servicio mutuo, en la verdad sobre los conflictos y las tentaciones de poder. La dimensión más reducida que hoy tienen las comunidades, puede constituir una oportunidad para este aprendizaje.

Poner en obra la dimensión universal del ministerio presbiteral.

En este contexto marcado por el riesgo de fragmentación de nuestras sociedades, la exhortación apostólica PDV a realizar la dimensión universal del ministerio adquiere una singular actualidad:

“Porque el presbítero es en el interior de la Iglesia, hombre de comunión, el debe ser a la mirada de todos los hombres, el hombre del diálogo y la misión.

Profundamente enraizado en la verdad y la caridad de Cristo, y animado del deseo y de la necesidad interior de anunciar a todos la salvación, está llamado a establecer con todos los hombres relaciones de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de promoción de la justicia y la paz. En primer lugar, con los hermanos de otras Iglesias y confesiones cristianas; pero también con los fieles de otras religiones y con los hombres de buena voluntad, de manera especial con los pobres y los más débiles, y con todos aquellos que buscan aún sin saberlo y decirlo, la verdad y la salvación de Cristo”. PDV 18

Esta exhortación adquiere toda su dimensión en este camino que pide al presbítero transformarse en servidor de la mediación de Cristo. En esta perspectiva, el debe ser, en el seno de la comunidad en la que es el pastor, testigo de estas solidaridades duraderas que pueden ser “anudadas” con aquellos que Cristo designa como prioritarios para la misión: los pobres, los oprimidos, los prisioneros, los ciegos, es decir, aquellos que no tienen nada en sus vidas.

Hay, hoy en día, una elección incuestionable. La universalidad del amor del Padre manifestada en Jesucristo, de la que el presbítero es el testigo y servidor, pasa también por la decisión que él asume de reencontrar a aquellos que, en los cambios que sacuden la sociedad, pierden pié, aquellos para quienes la esperanza se hace difícil o imposible. Hay aquí un centro de gravedad para el ministerio, porque Cristo mismo se asimiló a los más pequeños de sus hermanos. Es en este encuentro, en la escucha paciente, en la disponibilidad de tiempo, en la “gratuidad” de la presencia, pero también en las exigencias

de una solidaridad activa, que se verifica el “ya sí” del Reino. El presbítero puede entonces ser, en el corazón de la comunidad, reflejo de la inmensa alegría de Dios que experimenta más gozo por una sola oveja recuperada que por los noventa y nueve justos que piensan no tener necesidad de conversión.

Asumir el misterio pascual

Cristo nos ha mostrado hasta donde nos puede llevar esta pasión por la unidad entre los hombres y este servicio al encuentro. Pierre Calverie, en 1990, subrayaba ya la exigencia de este camino de mediación en una homilía pronunciada el día de una ordenación: “En el seguimiento de Jesús, somos enviados para ser servidores de la Buena Nueva de la reconciliación entre Dios y toda la humanidad. Este ministerio no nos pone como intermediarios entre Dios y la humanidad sino que hace de nosotros los mediadores, todos enteros en Dios y todos enteros en el mundo, ubicados con Jesús allí donde se juegan la historia y el Reino de Dios: y este lugar es una cruz...”⁴

Un tiempo antes de su muerte, él sitúa resueltamente al discípulo de Cristo sobre los lugares de fractura: “Jesús murió suspendido entre el cielo y la tierra, los brazos extendidos para reunir en la unidad a los hijos de Dios dispersos por el pecado que los ha separado, aislado y puesto unos contra otros y contra el mismo Dios. Él está puesto sobre las líneas de fractura nacidas de este pecado. Desequilibrios y rupturas en el cuerpo, los corazones, los espíritus; las relaciones humanas y sociales encuentran en él cura y reconciliación porque él las carga sobre sí mismo. Jesús pone a sus discípulos sobre las mismas líneas de fractura con la misma misión de sanar y reconciliar”⁵

Inevitablemente, comprometiéndose en el servicio de la mediación en el seguimiento de Cristo, el discípulo encontrará resistencia y oposición no solamente de aquellos que en la sociedad consideran esta apertura al otro como peligrosa, sino también muchas veces en el interior mismo de la comunidad de la que es miembro.

Esta herida, asumida en la humildad, en la fe y la luz del amor de Cristo puede convertirse en camino de salvación, paso, Pascua en la que cada uno es llamado a renacer a una fraternidad nueva.

Con Cristo resucitado, los discípulos están anclados en la convicción de que este es el camino a un Pueblo nuevo en el que ya no hay ni judío ni gentil y en el que “el muro ha sido derrumbado”.

NOTAS

¹ Letre aux catholiques de France, Ed du Cerf, p. 22

² Ib. p.22

³ Ib.p.23

⁴ Jean Jacques Perennes, Pierre Calverie, un Algérien par alliance, Le Cerf, p.328

⁵ ib. p. 328

TEOLOGIA

TESTIGO DE LA ESPERANZA EN LAS PUERTAS DEL TERCER MILENIO¹

Pbro. Lucio Gera
Arquidiócesis de Buenos Aires

La experiencia del tránsito desde el segundo al tercer milenio intensificó en la presente generación la conciencia del “tiempo”: por una parte, despertó la memoria del pasado, dando lugar al agradecimiento y también al pedido de perdón; por otra, suscitó el presentimiento del futuro, estimulando tanto la incertidumbre como el llamado a la esperanza. En la Carta apostólica “Novo Millenio Ineunte”, Juan Pablo II concluye la celebración jubilar y abre hacia el nuevo milenio convocando fundamentalmente a la esperanza.²

El Cardenal Eduardo Pironio no llegó a traspasar la frontera hacia el tercer Milenio; su vida aquí en la tierra se prolongó hasta comienzos del año 1998. Pero, sin llegar a atravesar esa frontera, desde joven sacerdote y a lo largo de toda su vida profesó su esperanza y convocó a ella. Fue testigo de la esperanza a las puertas del Tercer milenio del cristianismo.³

Quedó así manifiesto el rasgo profético de su personalidad, ya que anunciar futuros de esperanza es lo propio del profeta bíblico. Pironio no fue un profeta dotado de visiones simbólicas, pero sí de una firme confianza en el futuro.⁴

Este afecto esperanzado caracterizó su radical ser cristiano, que se diferencia del existir pagano precisamente por el hecho de poseer una esperanza definitiva; caracterizó su misión de dar razón de su esperanza, misión arraigada en su bautismo y calificada por su consagración episcopal. El Cardenal resumía todo esto afirmando que la esperanza es “el modo de ser cristianos”.⁵

He dividido la siguiente ponencia en dos partes: la primera, de carácter pastoral; y la segunda, de índole más bien espiritual y contemplativo.

1. El llamado a la esperanza

Durante los Ejercicios Espirituales predicados en la Curia romana en 1974, expresó el entonces Presidente del CELAM con cierto énfasis: “Siempre fue necesario hablar sobre la esperanza. Pero hoy se hace particularmente urgente”.⁶ ¿Por qué era entonces particularmente urgente? Según él, porque eran “tiempos difíciles”. Así los calificaba al año siguiente, 1975, al dejar su Sede diocesana de Mar del Plata para establecerse en Roma: “en un momento tan difícil y oscuro... es preciso seguir gritando la esperanza”⁷, decía él. Al año siguiente, ya Cardenal y Prefecto de la Congregación para los religiosos e Institutos seculares, volvió a referirse a su momento histórico diciendo: “Indudablemente vivimos tiempos difíciles... Por eso hace falta meditar otra vez sobre la esperanza”⁸ En realidad, esta calificación de “tiempos difíciles” era válida no solamente para los momentos puntuales de los años en que fue expresada, sino para las cuatro o cinco décadas a lo largo de las cuales Pironio desarrolló su actividad pastoral y se vio implicado en la dificultad de esos tiempos. Al calificarlos de este modo explicitaba el presupuesto requerido para poder introducir lógicamente un llamado a la esperanza. Precisamente lo difícil, lo arduo es el campo específico en el que opera esta virtud.

¿De qué situaciones difíciles se trataba y, en consecuencia, a qué esperanzas era necesario convocar? El cardenal nunca se propuso presentar un análisis sociológico de aquellas situaciones, tarea que dejaba a la responsabilidad de los correspondientes peritos, cuyos resultados él presuponía y asumía en alguna medida.⁹ Puesto en una perspectiva moral, tendía a captar más bien las actitudes que generaban unas u otras situaciones, que fueron resumidas por él en dos posiciones contrapuestas: por una parte la de aquellos que, por su visión teórica de las cosas o por su comportamiento, se instalaban en el tiempo: por otra la de quienes se evadían del tiempo¹⁰.

Con la primera de estas expresiones, “instalarse en el tiempo”, señalaba la actitud de aquellos que ponían sus esperanzas y sus empeños en realizaciones intratemporales de un modo tal, que excluyera o debilitara toda esperanza que trascendiera los límites de este tiempo histórico. Quien se “instala” en el tiempo lo despoja de su índole peregrina.

Dentro de esta actitud cabían diversas modalidades. El Cardenal alude al secularismo y a la incredulidad, a la crisis de fe,¹¹ también a lo que en América Latina se designó entonces como “temporalismo” o “politización de la fe y del Evangelio”¹².

Como se puede ver, esta actitud implica una oposición entre esperanzas intratemporales y esperanza trascendente, en el sentido que, la adhesión a aquellas condiciona negativamente a esta otra, la absorbe o la debilita.

Pironio sale al paso de esta actitud global de instalarse en el tiempo reafirmando, con la más viva tradición de la fe de la Iglesia, la prioridad y centralidad del llamado a una esperanza escatológica, la cual “ilumina el misterio de la cruz y de la muerte”¹³, anunciando también que, tras la venida gloriosa de Cristo Señor, con el juicio y la resurrección personal, la historia humana universal alcanzará su meta final en un cosmos transfigurado.¹⁴

Por otra parte con su crítica del temporalismo entendido como priorización de la tarea de promoción humana en la misión de la Iglesia, buscaba que esta no fuera reducida a una institución de crítica y promoción social.

La otra actitud, con que caracterizó el comportamiento de algunos hombres de Iglesia, en esos tiempos difíciles, fue expresada como “evasión del tiempo”. Con esta fórmula Pironio recogió una de las críticas fundamentales que el pensamiento marxista dirigía entonces al cristianismo, a saber, que la esperanza en un más allá del tiempo alienaba al cristiano de la responsabilidad por la construcción de este mundo y por ello de las esperanzas terrenas, penúltimas, particularmente de la esperanza de una mayor justicia social, del desarrollo y liberación de los pueblos.¹⁵ Esta crítica encontraba un flanco débil en la herencia, todavía vigente en algunos sectores cristianos, de una eclesiología y una espiritualidad en las que el tema de la promoción humana no había sido aun suficientemente integrado en la misión evangelizadora de la Iglesia. “No supimos, decía Pironio, iluminar sus esperanzas (las de los hombres) y nos desentendimos de la construcción positiva de la historia”¹⁶ y habla de “un dualismo que anuló la eficacia histórica de la fe”.¹⁷ Constatando la creciente “conciencia de marginación, subdesarrollo y dependencia injusta”¹⁸ estableció, sobre todo a partir de la Conferencia episcopal de Medellín, una clara y permanente crítica contra aquellos cristianos que “con lamentable superficialidad, acusan a la Iglesia de haberse desviado de su esencial misión evangelizadora”¹⁹ por el hecho de asumir su propia responsabilidad en la tarea de la promoción humana, responsabilidad surgida de la misma raíz evangélica. Si bien rechazaba que la Iglesia, instalándose en el tiempo, se contrajera a una mera institución de crítica social y de promoción humana, tampoco quería que la misión de la misma fuera reducida a

la proclamación de un evangelio abstracto, sin proyecciones en la vida humana, social y familiar. No podemos los cristianos, decía él, “refugiarnos cómodamente en lo invisible y eterno”.²⁰

El Cardenal abría así la esperanza cristiana y evangélica también hacia esperanzas intrahistóricas: “Pero nuestra esperanza -decía él- no es únicamente una esperanza escatológica: ... Esperamos que ya aquí, en la tierra, se realicen los cielos nuevos y la tierra nueva. Esperamos ir haciendo... una patria de hermanos, una tierra solidaria... Esperamos que haya más justicia y libertad, menos odio y menos violencia, menos destrucción y menos muerte, esperamos la reconciliación y la paz”.²¹

Como se puede observar, en el fondo de todo este debate, tanto la actitud calificada por Pironio como evasiva del tiempo, como la de instalarse en el tiempo, establecían un conflicto entre esperanzas, una incompatibilidad o una tensión irresuelta, entre esperanza escatológica y esperanzas intrahistóricas. Solo que en sentido inverso: mientras que, para aquella, el mantener esperanzas intratemporales desalojaba del corazón o debilitaba la esperanza en un más allá del tiempo, para esta otra, el alimentar una esperanza eterna desterraba del corazón o debilitaba toda esperanza intratemporal. Ahora bien, este conflicto entre esperanzas era precisamente lo que Pironio quería superar, él que, empleando una fórmula entonces corriente, gustaba de referir la esperanza y el compromiso hacia una “salvación integral” y una “liberación plena”.²² “No podemos volver a caer en un dualismo que el concilio condenó ‘como uno de los más graves errores de nuestra época’ (GS 42). Pero tampoco podemos simplemente, identificar el ‘progreso temporal’ con ‘el crecimiento del Reino’ (GS 39), aunque el primero interesa en gran medida al Reino de Dios”.²³

Por cierto, esperanza trascendente y esperanzas intrahistóricas no se superponen extrínsecamente una a otra. La esperanza en el más allá, más que debilitar ha de fortalecer la responsabilidad y compromiso en la construcción de un mundo en justicia y paz. Como enseñó el Concilio Vaticano II, “Cristo, por la fuerza de su Espíritu obra ya en los corazones de los hombres, no solo suscitando el anhelo del siglo futuro, sino, por lo mismo, animando, purificando y fortaleciendo aquellos propósitos generosos con los que la familia humana intenta hacer más humana su propia vida y someter toda la tierra a este fin”.²⁴ Entre ambas dimensiones de la esperanza existe un nexo que hay que tratar de reconocer.²⁵ Ambas dimensiones de la esperanza pertenecen al ámbito de una misma virtud teologal, ya que ambas apoyan en el mismo fundamento último, que es Dios. Esto mismo implica hacer de esta esperanza teologal una esperanza histórica, activa, creativa, esto es, entre otras cosas, inventar caminos concretos, históricamente viables hacia un mundo más humano. Precisamente en este punto tuvo que enfrentar Medellín, siendo Pironio Secretario de la II Conferencia episcopal latinoamericana, la tarea de un discernimiento de caminos eficaces hacia una mayor justicia y libertad, que no pasaran por la violencia.²⁶

2. La esperanza en el centro de una teología espiritual pascual

Nuestra esperanza, trascendente e histórica, se apoya en la ayuda de Dios. Pironio señala, a este propósito, su fundamento trinitario. Podemos esperar en Él porque somos sus hijos, no siervos ni extraños. La esperanza estriba en nuestra filiación adoptiva, es decir, en nuestra relación con Dios Padre, en nuestra relación con Cristo, de quien participamos la filiación, y con el Espíritu Santo de quien recibimos el testimonio de ser hijos (Rm 8, 16) y que gime dentro de nosotros con el gemido de la esperanza (Rm 8, 23).²⁷

Pero Pironio subraya “la relación entre la esperanza y la cruz”.²⁸ El entiende hablar de la cruz de Cristo y de la cruz -es decir el sufrimiento- de los hombres. Así inserta su visión de la esperanza en el centro mismo del misterio pascual.²⁹

Pero él quiere hablar de esta relación desde su propia experiencia de la cruz.³⁰ Encontramos en él una teología y una predicación, surgidas de su propia vivencia teológica.

¿Cuál fue su cruz? En líneas generales podemos decir que su cruz fue causada por lo que él denominaba “tiempos difíciles”, ya antes aludidos: su vivencia personal de esos tiempos, el padecimiento por los acontecimientos que entonces ocurrían en el mundo y en la Iglesia,³¹ particularmente las tensiones y divisiones que debilitaban la unidad eclesial.³² Para determinar esto algo más, sin entrar en historias concretas,³³ podemos recordar que, desde su retiro del rectorado del Seminario de Buenos Aires, en 1963, tuvo comienzo un camino de incomprendiones que se prolongó a lo largo de toda su vida y que se tradujeron entre otras cosas en trabas y aislamientos que indudablemente limitaron un mayor despliegue de sus posibilidades personales. No le resultó fácil asumir como Administrador apostólico de la Diócesis de Avellaneda en 1967. También fueron motivo de su cruz, a partir de 1968, las incomprendiones y sospechas suscitadas a raíz de las contrapuestas interpretaciones de la II Conferencia del Episcopado latinoamericano habida en Medellín, que recayeron sobre él, primero como Secretario y luego como Presidente del Celam. Conocemos también algo de sus dificultades y sufrimientos durante el desempeño de su cargo de Pro-prefecto y luego de Cardenal Prefecto de la Congregación para los religiosos e Institutos seculares, a partir de 1975.³⁴ A todo esto debemos añadir su prolongada enfermedad.

En este sufrido camino de su vida Pironio supo hacer brotar de su cruz, la esperanza. Poder vivir, durante el trance mismo del sufrimiento, la esperanza y, haciendo pié en esta, la alegría y la paz, fue un logro dominante de su experiencia espiritual y uno de los rasgos más típicos de la santidad de Pironio.

Para comunicarnos esta su experiencia espiritual, y convocarnos a reproducirla en nosotros, Pironio insistió en mostrar su fundamento bíblico, concretamente, su raíz cristológica en el misterio pascual. En efecto la cruz del sufrimiento y de la muerte de Jesús no estuvo disociada del gozo de su exaltación. Apoyándose en la teología de Lucas, de Pablo y particularmente de Juan evangelista, Pironio insiste en afirmar el nexo interno entre esos dos momentos, que configuran el misterio pascual, al reiterar que la resurrección no sucede tan solo cronológicamente a la cruz, sino también causalmente: “La exaltación de Jesús no solo viene después del sufrimiento. Como en el caso del grano de trigo (Jn 12, 24), la glorificación es fruto del anonadamiento. Por eso la kénosis (el anonadamiento) de Jesús es una forma de hablar de la esperanza, es el único camino para la esperanza cristiana (Lc. 24, 26)”³⁵. “Para San Juan la glorificación comienza con la muerte del grano de trigo (Jn 12, 23-24)”³⁶. En base al texto de Lucas 24,26 dice: “La esperanza cristiana nace de lo inevitable de la cruz”.³⁷ “La esperanza cristiana que brota de la cruz pascual”.³⁸ “La esperanza nace del corazón de la cruz pascual”.³⁹ “La Pascua arranca de la cruz; (la cruz) es el Misterio pascual en toda su fuerza de fecundidad”.⁴⁰ Jesús, “por su entrega incondicional al Padre en la cruz convierte la muerte en vida, la tristeza en alegría... la desesperación en esperanza”.⁴¹

Pironio no yuxtapone simplemente sufrimiento y exaltación. Considerados como hechos objetivos temporales tampoco los identifica. Aun considerados como vivencias subjetivas él aprecia no solo la diferencia, sino la contrariedad entre la vivencia del

sufrimiento, en la cruz, y la del gozo, en la glorificación de Jesús. Pero, si por un lado las contraponen, por otra intuye entre ellas una cierta compenetración; considera el gozo de la exaltación como un momento en parte anticipado e inherente al padecimiento de la cruz. Uno diría que el padecimiento propio de la cruz, en el mismo momento en que acaece, es mediado, sin desaparecer, hacia el gozo de la exaltación, precisamente por la esperanza. La esperanza que nace de la cruz, no elimina la cruz y el dolor, pero anticipa en el mismo momento del padecimiento, el gozo de lo esperado.⁴² En virtud de la esperanza, que brota del seno del dolor de la cruz, el dolor, sin ser eliminado, pasa ya a su contrario, el gozo, sin alcanzarlo en su plenitud, tan solo anticipándolo. En esta línea de pensamiento Pironio ofrece a veces expresiones muy intensas, como cuando afirma: "...la hora de la cruz y la esperanza. Yo diría que es la hora de la esperanza precisamente porque es la hora de la cruz"⁴³. "Sacar de ahí (de la cruz), la certeza inmovible de la Pascua"⁴⁴.

Y sobre todo la siguiente afirmación: "Para San Juan, la hora de Jesús es un instante, un momento indivisible: la muerte ya es la glorificación, la crucifixión es ya la exaltación gloriosa (Jn 2, 14; 12, 32-34)"⁴⁵ Como se ve, estamos bordeando la paradoja del misterio pascual de Jesús, "esa unidad compleja y paradójica de morir y de ser glorificado, que es su pascua"⁴⁶, la de Jesús.

Pironio presenta el misterio pascual de Jesús como "ejemplar" del cristiano. Este solo podrá superar la cruz de su padecer, configurándose por la fe con Cristo muerto y resucitado, participando así, por la esperanza que brota de su propia cruz, el momento indivisible de cruz y exaltación que constituyen el misterio de la Pascua.

En la visión de Pironio se trata particularmente de cruces que exigen una esperanza heroica. No de "tiempos fáciles" en los que es fácil o aun innecesaria la esperanza. Se trata de "tiempos difíciles" en los que no se encuentran motivos humanos para esperar y se oscurecen los divinos; los tiempos de la experiencia del abandono, como Cristo en la cruz, de la experiencia de estar encerrado en la propia cruz, sin salida, de los tiempos de particular sufrimiento.⁴⁷ De tiempos en los que la lógica misma de la situación llevaría, de sí, a la desesperación, al miedo, al pesimismo, al derrotismo o a la indiferencia, a resignar toda esperanza. Situaciones humanamente irremontables y en las que solo cabe implorar del Espíritu, surgido del costado abierto de Cristo en la cruz pascual, que nos de la fuerza interior para poder invertir la lógica del tiempo difícil, humanamente intransitable, en una lógica del Espíritu, que nos permita, en el trance de la cruz y brotando de esta, pegar el salto hacia la esperanza.⁴⁸

En la realidad de la cruz Pironio integra la pobreza, otro de sus habituales temas. La cruz de Cristo ha sido el total despojo, de quien se hizo pobre hasta la muerte. La pobreza de los hombres es también despojo, que en muchos casos linda con la frontera de la muerte. Por eso mismo él asocia la pobreza con la esperanza. Así p. ej cuando habla de América Latina como subcontinente pobre y, de allí, esperanzado.⁴⁹ Asocia la pobreza con la esperanza y, haciendo pié en esta, con la alegría y la paz. Las tres, esperanza, alegría y paz, convivieron en el corazón sufriente de Pironio, establecieron allí una convergencia de virtudes heroicas y se reflejaron habitualmente en los rasgos de su rostro.⁵⁰

Quiero concluir con una breve alusión a un punto que el Card. Pironio presenta en un escrito no publicado, firmado en Roma el 1 de julio de 1985, en el que se pone de manifiesto su alto nivel contemplativo⁵¹ y que merecería una meditada lectura que el tiempo asignado no permite realizar ahora. El punto aludido se refiere al lugar del amor en el nexo entre cruz y esperanza. Escribía el Cardenal: "Lo esencial de nuestra vida cristiana

no es la pobreza, ni la cruz, sino el amor.... La realidad de la cruz, en la vida y el ministerio de Jesús, se inserta como el único modo definitivo y concreto de amar: "nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos (Jn 15, 13).... La cruz revela el amor, el amor explica la cruz; la cruz y el amor hacen posible e indefectible nuestra esperanza"⁵²

NOTAS

¹ Sobre el tema ha escrito un amplio artículo Pablo M. Etchepareborda: Un pastor que anima la esperanza del pueblo: El Cardenal Pironio y la esperanza, Rev. Pastores n° 22, dic. 2001, 7-12.

Siglas de las obras del Card. Pironio: AES, Alegres en la esperanza, Paulinas, Madrid 1978.- ALC, La alegría del corazón, en Oss. Rom.12 sept., 1982.- ALE, La alegría de la esperanza, Oss. Rom n. 394 del 18 de julio de 1976. - ALI, América Latina, Iglesia de la Pascua, en Oss. Rom 3 sept. 1972. - ALT, América Latina. Hacia una Iglesia pascual, Oss. Rom n. 119, 11 de abril de 1971.- CEN, Cristo entre nosotros, PPC ed., Madrid 1998. - CI, Consagrados en la Iglesia, Publicaciones claretianas, 1984. - COR, La comunidad religiosa ¿signo de la esperanza de la cruz? Escrito no publicado.- IPD, Iglesia, Pueblo de Dios, Indo-American Press Service, Bogotá 1970.- INN, La Iglesia que nace entre nosotros, Indo American Press service, Bogotá 1970. -PAL, Pironio. La palabra, Mar del Plata, septiembre 1998.-PE, El Padre nos espera, Instituto teol. de vida religiosa, Publicaciones claretianas, Madrid 1985.- PP, Preparando la Pascua, ed. Patria grande, 1975. PS, Palabras sacerdotales, Ciudad nueva, 1992.-. QVJ, Queremos ver a Jesús: Retiro en el Vaticano, BAC 1980.- QREl quehacer religioso de la Iglesia en América Latina, Oss. Rom 25 de agosto de 1974.- SES, Un Sínodo de esperanza, escrito no publicado.- VES, La virtud de la esperanza, Clase magistral, no publicada- TESP, Testamento espiritual.-

² Cf Carta ap. Novo Millenio ineunte 1a-b; 3, 58. Fue además el tema fijado para la X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos celebrado en el mes de octubre del 2001. El Obispo servidor del Evangelio para la esperanza del mundo.

³ Reflexiones sobre la esperanza sacerdotal, según creo, fue su primer artículo sobre la esperanza, publicado ya antes del Concilio Vaticano II en la revista Notas de pastoral jocista, Año XII, mayo-junio, 1958, y posteriormente reeditado en el libro Palabras sacerdotales, Ciudad Nueva, 1992, p 35-43. Luego, en su último retiro predicado en 1995 en preparación de la celebración del nuevo Milenio, vale decir, en perspectiva de futuro, y por lo tanto, de esperanza, como él mismo lo expresa, propone como tema general de meditación a "Jesucristo, nuestra feliz esperanza".

⁴ "Fue el profeta de la esperanza", decía uno de sus discípulos preferidos, el P. Andrés Mangas, al día siguiente del fallecimiento del Cardenal Pironio: Diario "La Capital", Mar del Plata, del 6/2/1998. Cf. También P. Etchepareborda, l.c. 7.

⁵ QVJ 260, con apoyo en Ef 2, 12 y 1 Pe 3, 15. "Cristiano es aquel que espera y sabe dar razón de su esperanza", Rev. Criterio LXX (1998 febr.)12. "San Pablo define al cristiano como el que espera... San Pedro como el que sabe dar razón de su esperanza", INN 60-61; cf AES 207s.

⁶ QVJ 259-260.

⁷ Rev. Criterio LXX (1998 febr) 12; cf QVJ 26ss.

⁸ AES 204-205.

⁹ En AES 205 reiteraba su intención de volver a hablar sobre la esperanza, "pero muy sencillamente. Sin... pretender estudiar a fondo -histórica y sociológicamente- la raíz de los

males. Esto lo harán otros con mayor competencia; es necesario que lo hagan. No se hace aquí un estudio exhaustivo sobre la situación actual ni se analizan todos los textos de la Escritura Sagrada". A veces presenta, de forma general y resumida, algunos hechos o situaciones de la época p. ej en AES 203-204. Como se puede constatar en el texto recién transcrito, tampoco se extendía en procedimientos analíticos de temas teológicos. Con una base teológica excelente, con una gran sencillez de estilo literario, solía presentar de forma muy ordenada, sintética más que analítica, los grandes misterios de la fe y los núcleos teológicos de la moral y espiritualidad cristiana, orientando su exposición hacia la contemplación y la conversión o el crecimiento espiritual.

¹⁰ "Esta falta de esperanza se da también dolorosamente en el interior de la Iglesia: o porque nos instalamos en el tiempo, perdiendo la perspectiva de lo eterno; o porque nos evadimos del tiempo, haciendo de la esperanza una espera pasiva y ociosa, una simple resignación negativa; o porque nos dejamos invadir por el pesimismo, nos paraliza el miedo y no podemos superar el escándalo de la cruz", QVJ 260. Yo he reducido los contenidos de este texto a una contraposición entre las dos primeras actitudes señaladas, porque me parece que el pesimismo y el miedo señalados en la tercer frase se resuelven en la "pasividad" propia de la segunda: la actitud evasiva del tiempo. Por otra parte con la introducción del tema de la "cruz" comienza a bosquejar una interpretación pascual, que recogeremos en la segunda parte de esta exposición. Este esquema ya estructuraba su reflexión sobre la esperanza en 1962, cf. PS 38-39; cf también VES 1-2; IPD 83-85.

¹¹ Se refiere al "riesgo del secularismo" aun dentro de la Iglesia, AES 204; QVJ 173. Pironio fue testigo del debate sobre ateísmo e incredulidad acontecido en el Concilio que fijó su postura al respecto en GS 19-21. Posteriormente, nombrado miembro del Secretariado para los No-creyentes por Pablo VI, continuó atento al tema particularmente en lo que se refería a la presencia de la incredulidad en América Latina. También habla de una "pérdida del sentido de lo absoluto", QVJ 28 y, entre los cristianos, de una "crisis de fe", y, por consiguiente, de esperanza trascendente: "vivimos un momento difícil de oscurecimiento de la fe, un cierto vaciamiento de lo original y específico del mensaje cristiano. Se quiere secularizar el cristianismo, advirtió Pablo VI. Señalaremos enseguida algunos rasgos de esta crisis y anotaremos algunas causas", QVJ 173, cf 174-176. La alusión al vaciamiento del cristianismo se presentaba entonces como cuestionamiento o pérdida de la identidad del cristiano.

¹² Temporalismo entendido como "identificación entre fe y política, construcción del Reino de Dios e historia, evangelización y promoción humana, auténtica y plena libertad en Cristo y liberación exclusivamente temporal y política" QVJ 176, "radicalización de grupos en la Iglesia, politización de la fe y el evangelio" ib.29, cf AES 204. En relación con estos fenómenos Pironio señala también como un aspecto de la crisis de esa época en la Iglesia "la incertidumbre acerca de "la propia identidad en nuestro ministerio sacerdotal o nuestra vocación religiosa", QVJ 176, cf ALE 12, c 1.

¹³ QVJ 260; "La muerte... queda también iluminada por la esperanza"; cf ib. 261, donde se encuentra una breve reflexión sobre la muerte. También se puede ver su reflexión sobre la muerte en Los tres Testamentos de Pablo VI cuyo texto está editado en QVJ 302-303.

¹³ Cf VES 6s.

¹⁴ Cf INN, 44-45.

¹⁵ ALI 8, c 4.

¹⁶ QVJ 176.

¹⁷ QVJ 29.

¹⁸ AES 204.

¹⁹ QVJ 176.

²⁰ CEN, 38. En ALE 12, c 2-3. Señala como aspectos de la esperanza cristiana "la búsqueda de lo definitivo (tensión escatológica), pero también "el compromiso cotidiano con la historia".

²¹ QVJ 121,135, 119; INN 66.

²² QVJ 176; cf 127, 163.

²³ GS 38

²⁴ Entre las propuestas presentadas por los Obispos al finalizar la X Asamblea general ordinaria del Sínodo, se encuentra la siguiente "Propositio 3. De Episcopo et spei nuntio...Episcopi officium habent spem nuntiandi, non solum illam quae realitates respicit penultimas, sed etiam spem eschatologicam...Episcopus se ipsum obligabit ad connexionem ostendendam quae inter bona penultima intercedit quae a Deo expectamus, et bona ultima salutis aeternae..."

²⁵ Uno de los niveles en que "la crisis de fe se plantea en la Iglesia" está en la "duda o negación de la eficacia misma del Evangelio (¿pueden las bienaventuranzas transformar el mundo o hay que acudir a la violencia?) QVJ 175-176. Pironio ha excluido explícitamente el camino de la violencia, cf INN 46-47; ALI 10, c 1-2.

²⁶ Cf QVJ 261-262; en AES 213 trae un breve resumen trinitario: "la esperanza firme y creadora de los cristianos que se apoya en el amor del Padre, manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor (Rm 8, 39) y que exige en nosotros la fortaleza del Espíritu Santo".

²⁷ QVJ 262 et passim. La conjunción entre esperanza y cruz es muy frecuente en los escritos de Pironio esperanza. Cecilio de Lora, que trabajaba en el CELAM y participaba de la diaria celebración eucarística presidida por Pironio, relata que "allí, semana tras semana, nos confiaba las claves de su existencia: la cruz, la Pascua, la esperanza y María, siempre María". Boletín de la Provincia Marianista de Zaragoza, n. 248 (1998) 14.

²⁸ "Pascua, la hora de la cruz y la esperanza" QVJ 22; cf. 23. "Iglesia de la Pascua, es decir, una Iglesia en esperanza", PAL 50; cf VES 1.

²⁹ De esta esperanza teologal... quiero hablar sencilla y brevemente en estas líneas. Lo mío no nace de una profundización bíblico-teológica, sino de la providencial experiencia de una cruz personal (recibida como un don del Padre) y de la riquísima experiencia compartida... en mi humilde servicio a la vida consagrada". COR 1-2, cf p 3; ib p. 4.se refiere a "la fecundidad de mi vida providencialmente marcada por la cruz".

³⁰ Cuando pasan ciertas cosas, en la Iglesia y en el mundo, es lógico que nos preocupemos y suframos" AES 203.

³¹ Cf QVJ 41; COR. 3.

³² Algunos informes de orden general, pueden obtenerse de los testimonios de Alfonso Gil, "Una evocación de mis encuentros con el Cardenal Pironio" en Zaragoza SM. Provincia marianista de Zaragoza", n. 248 del 6 de abril de 1998, 5-8; Cecilio de Lora, "Pironio en el corazón del CELAM", ib. p. 9-15.

³³ Un hombre verdaderamente de Iglesia -decía él- sufre cuando le confían un oficio demasiado alto o lo ponen demasiado en evidencia... Pero también nos está prohibido, ... por demasiado temor humano a un fracaso,...rehusar superficialmente una tarea encomendada. Dios tiene el derecho de exigirnos hasta el final: hasta el límite del fracaso", QVJ 268-269. "El Cardenalato es una vocación al martirio...Me siento feliz de ser mártir", TESP.

³⁴ QVJ 237.

³⁵ QVJ 244.

³⁶ AES 209-210.

³⁷ Rev. Criterio LXX(1998 febr)13.

³⁸ QVJ 237.

³⁹ QVJ 20.

⁴⁰ AES 218.

⁴¹ "La esperanza es la fruición anticipada del futuro, como la eternidad será la fruición definitiva de lo esperado", AES 223.

⁴² QVJ 26.

⁴³ AES 210.

⁴⁴ QVJ 23.

⁴⁵ G.Moioli, Cristología, en Diccionario Teológico Interdisciplinar I-II, 772.

⁴⁶ "Es la hora de la gran desesperación y, por eso la hora de la máxima esperanza", VES 2 , cf 3; cf PP 45s; AES 218.

⁴⁷ "No podemos hablar de la cruz como fuente insustituible de esperanza sino desde una relación con el amor de Dios y con el Espíritu Santo que brota esencialmente del costado abierto de Cristo glorificado por la cruz (cf Jn 7,39 y 19,34), COR 1.

⁴⁸ Decía en el retiro predicado en el Vaticano ante el Papa: "La Iglesia en Latinoamérica tiene algo que decir a sus Iglesias hermanas de otros continentes: grita su pobreza y su esperanza" QVJ 273. Sobre pobreza y esperanza ver también AES 219s, SES 3.

⁴⁹ Sobre la tríada: esperanza, alegría, paz, cf QVJ 4-6; 206-210; 216-218, 235. Cf también en el apartado sobre "Alegría de la esperanza en AES 140s; cf ALC 12, c 2-3; también el capítulo XIV sobre alegría y esperanza en CI 141s, y la Meditación XIII del libro PE 203s.

⁵⁰ Cf AES 224-228. "Los tiempos difíciles tienen que ser penetrados por eso desde la profundidad de la contemplación. Nos hace ver lejos y a lo hondo", ib 225.

⁵¹ COR 1.

RECENSIONES

LAS IGLESIAS QUE LOS APÓSTOLES NOS DEJARON

Raymond E. Brown
Editorial Desclée de Brouwer
205 pags. Bilbao. 1998..

El autor es un biblista norteamericano, miembro de la Pontificia Comisión Bíblica. En este libro presenta siete comunidades del Nuevo Testamento, subrayando sus características, sus diferencias, sus diversas maneras de vincularse con la tradición de Jesús y de los apóstoles.

Detrás de todo esto descubre una pluralidad de acentos eclesiológicos en la Iglesia naciente y una gran vitalidad en el cristianismo primitivo. Así va desarrollando los matices que se destacan en cada "imagen" de Iglesia presentadas implícitamente en las primeras predicaciones cristianas. Invita a un ejercicio de leer, desde la acción pastoral, qué modelo de Iglesia se está presentando.

La importancia de la estructura eclesial, en las cartas Pastorales de Pablo; la Iglesia como Cuerpo de Cristo en Colosenses y Efesios; la animación del Espíritu en Lucas y Hechos; la imagen de Pueblo de Dios en 1 Pedro; la Iglesia como comunidad unida a Jesús en la tradición joánica; etc.

Este libro nos ayuda a descubrir cómo detrás de nuestro modo de predicar, de decidir opciones pastorales, detrás de nuestro modo personal de ser pastores, hay siempre una imagen de Iglesia que mostramos o a la que tendemos.

Esto sobre todo lo descubrimos en la dificultad para alcanzar una pastoral de conjunto, donde las diferencias de estilo sacerdotales o pastorales nos muestran distintos acentos en nuestro modo de pensar la Iglesia que a veces impiden la comunión.

Sin embargo, este libro muestra la riqueza y la complementación en la Iglesia primitiva; y la unidad en lo esencial. Su lectura permite aprender a mirar en uno mismo y en los demás qué Iglesia queremos y hacemos desde nuestro obrar pastoral, y buscar la comunión para presentar al mundo una Iglesia cordial y cercana a los hombres desde el modelo conciliar.

Después de leer este libro uno puede preguntarse: ¿mi modo de vivir el sacerdocio muestra una Iglesia, según las orientaciones del Vaticano II, adecuada para el mundo de hoy y en diálogo con él?

Pbro. Enrique Eguía Seguí
(Arquidiócesis de Buenos Aires)

RECENSIONES

SABER ESCOGER. EL ARTE DEL DISCERNIMIENTO.

Carlos Vallés, SJ
189 págs. Sal Terrae, 1986

Muchas veces en nuestra tarea como acompañantes/consejeros/directores espirituales, o en la confesión, la pregunta que nos hacen ante situaciones de vida relatadas es: ¿Qué hago, padre? También nosotros en nuestras tareas cotidianas o en decisiones pastorales, nos preguntamos lo mismo.

Elegir el mejor camino ante cada hecho de nuestra vida requiere algo más profundo que una simple técnica que resuelva las encrucijadas. El cristiano no sólo siente el desafío de elegir, sino también, el de responder a lo que el Espíritu de Dios suscita en el corazón.

En este libro se presentan de manera sencilla los elementos que forman parte del proceso de discernimiento. Para el autor, saber elegir es saber vivir.

Desde su experiencia pastoral en la India, relata muchas anécdotas y ejemplos que ayudan a comprender con facilidad las propuestas de cada capítulo. Temas como "el miedo a decidirse", "el amor y la elección", "saber lo que queremos", "el Espíritu y la elección", son algunos de los temas que analiza desde situaciones humanas y concretas.

No es un libro para analizar, en profundidad, los aspectos teológicos y espirituales del discernimiento. Ayuda a comprender cómo se desarrolla el proceso de "elegir" y anima a vivir abierto al Espíritu para discernir, desde él, los caminos a seguir.

Pbro. Enrique Eguía Seguí
(Arquidiócesis de Buenos Aires)

DOCUMENTOS

COMUNICADO DE LA COMISION PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA.

1.

En las reuniones de estos días de la Comisión Permanente del Episcopado, y fieles a la misión pastoral de acompañar y servir a nuestro pueblo, volvimos a reflexionar entre otros temas sobre la situación apremiante del país.

2.

Hemos notado un agravamiento de la realidad económico-social. Somos testigos del sufrimiento y desencanto de nuestra gente, porque los índices de pobreza, inseguridad, falta de trabajo y marginalidad han alcanzado un nivel nunca visto.

3.

Además, en las últimas semanas y por la convocatoria a elecciones, sorpresivamente adelantada, crece una campaña electoral de una frivolidad tal que muchos actores parecen no percibir la gravedad de la situación real de nuestro pueblo. Se busca un cambio de personas sin que se hubieran llevado a la práctica reformas que legitimen y hagan creíble la acción política.

4.

Este fue el objetivo y el esfuerzo de la Mesa del Diálogo Argentino, al cual nosotros hemos aportado el espacio espiritual para que los argentinos nos encontremos en vez de enfrentarnos.

Lamentamos no haber encontrado la respuesta esperada en los poderes de decisión para implementar los consensos alcanzados.

5.

Ante la gravedad de todos estos hechos y la necesidad de impulsar en el pueblo cristiano las actitudes propias de ciudadanos responsables hemos decidido, en cumplimiento de nuestra misión, convocar a una Asamblea Plenaria Extraordinaria de la Conferencia Episcopal Argentina para el próximo mes de septiembre.

6.

Encargamos, mientras tanto, al Departamento de Laicos de la respectiva Comisión Episcopal que -acompañados por un Obispo- prosiga con el trabajo de las mesas sectoriales del Diálogo Argentino que han funcionado bien, para perfeccionar y desarrollar los logros ya obtenidos.

7.

Pedimos a Jesús, Buen Pastor, nos ayude, y pedimos también a los fieles cristianos que nos acompañen con su oración, para que sepamos comprometer nuestros esfuerzos, con la certeza de que sólo con personas desinteresadas e instituciones moralmente nuevas podremos reconstruir el tejido social y mirar el futuro con esperanza. María Santísima, Nuestra Señora de Luján, acompañe este trabajo al servicio de nuestros hermanos.

*La 132ª reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Argentina
Buenos Aires, 22 de agosto de 2002 Memoria de Santa María Reina*